



Andrea  
Camilleri La joven  
del cascabel



Lectulandia

Giurlà vive cerca y dentro del mar de Vigàta, a su aire como los peces que pesca con sus propias manos. El mar es su hogar, pero la necesidad de ayudar a su familia lo lleva a aceptar un trabajo de pastor de cabras en el interior. Así, pasa de ser un hombre de mar a un hombre de montaña, aprendiendo a apreciar el aire que lo rodea, la soledad, el silencio, los lagos congelados y la explosión de colores de la primavera en los pastos. El joven pastor vivirá en esta nueva vida una apasionada y particular historia de amor. Camilleri cierra con esta novela su trilogía mítica tras El beso de la sirena y El guardabarrera. Como en las anteriores, esta historia nos lleva a recordar metamorfosis mitológicas, aquí la de Leda y el cisne o la de Pasifae, para hablarnos de algo tan universal como son los límites del amor.

**Lectulandia**

Andrea Camilleri

# **La joven del cascabel**

**Metamorfosis - 3**

ePub r1.0

FLeCos 09.01.17

Título original: *Il sonaglio*  
Andrea Camilleri, 2008  
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale

Editor digital: FLeCos  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERO

# Uno

En el primer domingo del mes de febrero del primer año en que el nuevo siglo era todavía un corderito que no conseguía mantenerse en pie, ocurrió que las dos campanas de la iglesia matriz se pusieron a sonar, desesperadas, cuando ni siquiera eran las cuatro de la mañana.

En el pueblo había burgueses que tenían relojes en casa y que, en cualquier caso, tenían sus hogares en el centro, de modo que podían oír el reloj del municipio tocando cada cuarto de hora los cojones, y luego estaban los mineros, los aldeanos, los jornaleros, los carreteros y los muertos de hambre que no tenían reloj, que casi habitaban en el campo, pero que comprendían la hora del día o de la noche igual o, es más, mejor que el reloj, por el recorrido del sol o de las estrellas.

Por eso, todos se asombraron de tanto repiqueteo: no sólo faltaban dos buenas horas para la primera misa, sino que las campanas tocaban a rebato, señal de peligro grave o de gran alegría. Dado que nunca, que se supiera, había habido en el pueblo ninguna ocasión de gran alegría ni había ninguna en perspectiva, a pesar de que se decía que aquel siglo sería el mejor de todos, no hubo persona que no pensara de inmediato que debía de haberse producido una gran desgracia en una de las cinco minas en que trabajaban, de una manera u otra, también los sábados por la noche, los habitantes de Alagona.

Mientras se vestían en la oscuridad, porque las campanas metían tanta prisa que ni siquiera les dieron tiempo de encender velas o lámparas de petróleo, todos hablaban, se preguntaban, blasfemaban y rezaban.

En media hora la iglesia se llenó que ni para la misa de Nochebuena. Pero el padre Aitano Pérsico, el cura, no aparecía. Se estaba vistiendo, porque se había puesto a tocar las campanas en camión.

—¿Dónde está el párroco? ¿Qué hace? —preguntaba la gente a Filomeno, el sacristán.

—Reza —respondía él mientras recorría la iglesia con el turífero en la mano y esparcía incienso a diestro y siniestro, porque es sabido que la gente, si se levanta por la mañana y no se lava, después de un rato apesta. Y cuanto más gente hay, más apesta. Finalmente apareció el párroco desde la sacristía.

En aquella época, el padre Aitano era casi un setentón y su cabeza parecía una calavera, de tan enjuto que era. Pero cuando predicaba, le salía una voz que despertaba a los muertos. No estaba engalanado para la misa, por eso se puso de espaldas al altar, levantó una mano temblorosa que parecía recién salida de cien años de tumba y dijo:

—No ha ocurrido nada.

Y dentro de la iglesia, la gente, que había contenido el aliento esperando la mala noticia, volvió a respirar.

—Todo está aún por ocurrir —prosiguió el párroco.

Y la gente volvió a contener el aliento.

Al padre Aitano le pasaba lo siguiente: ciertas noches soñaba cosas que tenían que ocurrir. Y no se equivocaba nunca: las cosas ocurrían. ¿No había dicho que la segunda galería de la mina Trabonella se derrumbaría sobre doce desventurados? Y la segunda galería se había derrumbado, causando doce muertos. ¿No había dicho que el verano del 95 sería tan caluroso como el infierno? ¿Y no había sucedido que el trigo había ardidado solo?

—Pero no he entendido bien qué tiene que ocurrir —continuó el párroco—. En el cielo había un enorme cometa que giraba sobre sí mismo como una serpiente y se comía a las demás estrellas pequeñas. Y todos vosotros, parroquianos míos, llorabais de dolor porque el cometa os estaba ocasionando un gran daño. No puedo deciros nada más, porque sólo he visto las lágrimas de vuestros ojos. Un río, un mar de lágrimas. Por eso, si queréis, podemos rezar desde ahora todas las mañanas a las cuatro; la iglesia estará abierta a esa hora. Quizá con nuestras plegarias el cometa cambie de camino.

Visto y considerando que en las minas no había ocurrido ninguna desgracia, la mitad de los parroquianos volvió a casa a acostarse. En el momento en que hubiera que llorar, llorarían. La otra mitad se quedó en la iglesia para la novena.

Pasó el invierno, pasó el verano, empezó el otoño y la gente comenzó a persuadirse de que esa vez el padre Aitano había fallado. En las cinco minas apenas había habido dos muertos, las estaciones habían cumplido con su deber y la tierra, en consecuencia, había dado su fruto en abundancia. Pero el día 15 del mes de octubre dos niños que trabajaban en la mina Trabonella, uno de seis y otro de diez años, murieron en una semana. Luego murieron siete de la Fiannaca; a continuación, cinco de la Mintina. Después la muerte volvió a la Trabonella y no perdonó ni a la Bozzo-Risi ni a la Terranova. En diciembre los niños muertos, de edades que iban de los seis a los trece años, fueron doscientos doce. Lo intentaron todo. Trajeron a un médico de Alemania que era especialista en enfermedades de las minas, pero dijo que no era una enfermedad que él conociera; fue en persona el obispo de Montelusa a bendecir todas las excavaciones; hicieron tres procesiones; llamaron a un cura que expulsaba a los demonios. Nada, no hubo manera.

Un médico del pueblo, el doctor Jacopino, que no creía ni en Dios ni en el diablo, decía que se trataba de una enfermedad que se llamaba gripe y que atacaba a los más débiles, como los niños, y que, por eso, era preciso detener el trabajo en las minas porque era allí donde se producía el contagio, pero a los propietarios les entraba por un oído y les salía por el otro. ¡Imagínense! ¡Cerrar las minas! Pero ¿el señor doctor Jacopino se daba cuenta de lo que significaba cerrar las minas? Todos estuvieron en contra: los propietarios, que habrían perdido sus beneficios, y los mineros, que ya no habrían tenido ni media lira para comer. En enero del año siguiente, la mortandad

acabó de improviso, tal como había empezado. Pero las cinco minas de Alagona ya no tenían niños.

Entonces el marqués de Terranova tuvo una buena idea que puso en conocimiento de los demás propietarios: ¿por qué no mandar reclutadores de niños a las zonas de la costa? ¿Acaso allí no había también gente andrajosa y muerta de hambre, dispuesta a ceder a sus hijos para mandarlos a trabajar en la mina?

Fue así que varios días después llegó a Vigàta don Filibertu Alagna, un cuarentón que parecía un barrilete, una campanilla: bajo, de cara regordeta, tripa regordeta y manitas regordetas, y siempre sonriente, alegre y amigable. En resumen, un hombre que daba confianza con solo mirarlo. Una vez que dejó la maleta en la pensión Pace, se informó de cómo se llegaba a la Vía Calibardi y fue de inmediato.

La Vía Calibardi era una callejuela estrecha que salía de detrás del ayuntamiento y subía, retorciéndose como una serpiente, hasta la colina de marga sobre la cual había varias casuchas ruinosas y el camposanto. Pero la Vía era conocida en el pueblo como la calle de la miel, porque las moscas llegaban a ella en nubes, como cuando encuentran alguna gota de miel. Aquella era la calle de las pobres gentes que vivían en cuchitriles, en bajos sin ventanas que solo recibían aire de la puerta y donde había una única cama en la cual dormían familias enteras de abuelos, hijos y nietos, mientras que algunas gallinas o un asno o una cabra se las apañaban en torno. También había casuchas de una planta, pero estaban como metidas la una dentro de la otra, y la ventana de una a veces se abría en el dormitorio de la casa de al lado.

Don Filibertu era un hombre hábil. Como cuando llegó al principio de la Vía Calibardi eran las diez de la mañana, le bastó una única mirada para comprender que en los bajos solo había mujeres, viejos y niños. Los hombres habían ido a trabajar o a buscar trabajo. Vio un bajo algo más grande que los demás: dentro había un viejo sentado en una silla, una mujer de unos treinta y cinco años que sacudía un colchón y cuatro pequeños: una niña de ni siquiera un año y tres varoncitos, uno de cuatro, uno de seis y un tercero de ocho.

—Buenos días —dijo, entrando con una sonrisa de oreja a oreja.

La mujer, al ver al forastero, se asustó.

—¿Qué quiere?

—Quisiera hablar contigo —dijo don Filibertu, sacando del bolsillo tres caramelos y dándoselos a los tres varoncitos.

—Sola con usted no hablo.

—Pero ¿no está el abuelo?

—Está chocho. No entiende nada.

—Entonces llame a alguna amiga. Mejor si está casada y tiene hijos.

Ella salió y volvió con cuatro mujeres. Al abuelo lo llevaron fuera, con silla y todo; los pequeños fueron enviados a jugar a la calle. Y don Filibertu comenzó a hablar.

—Me llamo Filibertu Alagna y vengo de un pueblo rico que se llama Alagona. ¿Lo habéis oído mencionar? Es un pueblo rico porque tiene cinco minas, que son los sitios donde, excavando, se extrae el azufre que está en vuestro puerto para ser vendido al exterior. En las minas trabajan, bien pagados, hombres mayores, niños y jóvenes. La edad de los niños va de los seis a los once años; la de los jóvenes, de los doce a los dieciocho. Por cada jornada de trabajo al niño le corresponden ochenta y cinco céntimos; al joven, en cambio, noventa. Os explico cómo funciona el asunto. Cada niño o joven es tomado a cargo por un picador, que se ocupa de darle de comer, naturalmente quedándose con algunos céntimos de la paga. Pero aquí viene lo bueno. El picador, a cambio de vuestro hijo, os da algo que se llama socorro muerto. Socorro significa ayuda, y muerto quiere decir que vosotros lo cogéis y no tenéis que devolverlo. El socorro muerto consiste en doscientas liras, repito, doscientas liras, que yo os doy en mano, y por cuenta del picador, en el momento en que me entregáis a vuestro hijo. Si me dais dos, yo os doy cuatrocientas liras, si me dais tres, os doy seiscientas liras. ¿Me entendéis? Este dinero es vuestro y podéis hacer con él lo que queráis sin deber rendir cuentas a nadie. Pensadlo bien. Un niño, hasta los diez, once años, ¿qué representa en la familia? Una carga. No trabaja y es una boca que alimentar. Dándomelo a mí, el niño trabaja y gana un sueldo, ya no es una carga sobre vuestras espaldas y vosotras os encontráis en la mano con tanto dinero que ni en sueños. Contádselo a todas las mujeres que conozcáis y habladlo con vuestros maridos. Yo estoy en la pensión Pace. Traedme a vuestros hijos y yo os los pago de inmediato. Os lo advierto: estaré en Vigàta solo tres días más. No dejéis escapar la suerte.

Dos horas después, toda Vigàta hablaba de la propuesta de don Filibertu, no solo los habitantes de Vía Calibardi. El rumor llegó incluso a Vía Cannelle, donde habitaban los pescadores que tenían las casuchas justo a la orilla del mar. La única diferencia entre los habitantes de Vía Calibardi y los habitantes de Vía Cannelle era que estos últimos apestaban menos, dado que tenían el mar a su disposición para lavarse, pero el hambre era la misma. Adelio Savatteri era un pescador que tenía una barca en asociación con su compadre Lollo Miccichè; en las mañanas en que podían salir porque no había mal tiempo, partían a las cuatro, uno remaba y el otro lanzaba la red, y regresaban al atardecer. El pescado se lo repartían y Adelio lo llevaba a don Pitirino Vadalà, su único cliente, que le pagaba lo justo para no hacer morir de hambre a su familia, compuesta por su mujer, Zina, y por dos hijos: un varón de catorce años llamado Giurlà y una niña de nueve, María.

Aquella misma tarde, cuando regresó de llevar el pescado a don Pitirino, Zina le contó a su marido el asunto del hombre que había venido a comprar chiquillos. ¿Era conveniente entregarle a Giurlà? Adelio pensó que lo mejor era ir a hablar del tema con su compadre Lollo, que también tenía un hijo varón de diez años. Cuando llegó a casa de Lollo, supo que su compadre y su mujer ya habían decidido entregar a su hijo

al hombre de Alagona. Regresó dubitativo, porque no le entusiasmaba dejar de ver a Giurlà en casa. Entonces tuvo una idea y cambió de camino.

Don Pitirino Vadalà, que se estaba sentando a la mesa para comerse el pescado, se mostró sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Necesito que me aconseje.

No bien había comenzado a contarle, don Pitirino lo interrumpió.

—Conozco la historia del hombre de Alagona. ¿Tú quieres entregarle a Giurlà?

—No sé qué hacer, don Pitri.

—¿Tú conoces el trabajo de un niño en una mina?

—No, señor.

—Entonces te lo explico yo. Los niños trabajan noche y día a trescientos o cuatrocientos metros bajo tierra, en unas galerías sin aire ni luz, tan bajas que un hombre mayor tiene que caminar agachado. Los niños cargan sobre sus espaldas capazos llenos de azufre que pesan mucho y los llevan hasta las carretillas. Todos trabajan desnudos, allá abajo hace un calor infernal. Cada tanto, algún picador coge al niño que le pertenece y se aprovecha de sus carnes. Y luego, terminada la semana, cuando le tiene que pagar, no le da ni un céntimo.

—¿Por qué?

—Porque dice que, con lo que le ha dado de comer cada día, están empatados. ¿Y sabes algo? Todos los niños que trabajan en las minas se consumen para el resto de la existencia. Se les encorvan los huesos del pecho y de los hombros. Créeme, Adé, es mucho mejor estar preso.

Pasados los tres días, don Filibertu Alagna alquiló cuatro carros con sus carreteros, hizo subir a diez niños por carro y partió. Pero entre los cuarenta niños no estaba Giurlà Savatteri.

Giurlà continuó con su vida de joven. Había estudiado en la escuela primaria y había llegado hasta tercero. Luego su padre lo había retirado del colegio porque para un hijo de pescador era inútil continuar estropeándose la vista con los libros, total, siempre sería el hijo de un pescador. Pero Giurlà nadaba como un pez y, como un pez, era capaz de permanecer bajo el agua durante tanto tiempo que los que no lo conocían pensaban, al no verlo reaparecer, que había muerto ahogado. Y Giurlà también pescaba, pero no empleaba ni cebo ni red, solo usaba su mano. Se ponía a nadar, iba tan lejos como podía y luego se sumergía en el agua. Apenas veía pasar un buen pez, saltaba como una flecha y lo atrapaba. El pez intentaba escapar, pero Giurlà lo mataba mordiéndole la cabeza y lo metía dentro de una especie de cesta que llevaba al cuello. Y aquella era la comida de la familia, de modo que Adelio podía vender toda su pesca.

El día 20 de febrero, Adelio y Lollo salieron con la barca. Pero antes de salir

dudaron bastante. No se fiaban de aquel día, hacía un viento traicionero y de poniente se acercaba un nubarrón negro.

El caso es que no les dio tiempo a regresar. El cambio fue tan repentino que, por más que remaron los dos como desesperados, no consiguieron llegar a la orilla. A medio camino, la barca, cogida de través por una oleada, volcó. Adelio y Lollo lograron agarrarse a ella durante algún tiempo, pero después la violencia de las olas los obligó a soltar la presa y a ponerse a nadar. Alcanzaron la orilla sin fuerzas para respirar, pero la barca se había perdido.

—Paciencia —dijo Lollo—. Me compraré una nueva.

—¿Y quién te dará el dinero?

—Tengo el dinero. ¿Te olvidas de que don Filibertu me dio doscientas liras?

—¡Virgen santa, es verdad! Así que podemos...

—Un momento —espetó Lollo—. Las cosas ahora han cambiado.

—¿Por qué?

—Porque compraré la barca nueva con mi dinero, mientras que la otra la habíamos comprado a medias.

—¿Y entonces?

—Perdóname, pero ¿tú cómo me pagas tu mitad?

Se pusieron de acuerdo en que cada día, en cuanto Adelio cogiera el dinero de la venta del pescado, le daría la mitad a Lollo. Y así la ganancia que obtenía Adelio ya no alcanzaba para tres personas. Comían siempre el pescado que cogía Giurlà, pero la pasta la tomaban solo hervida porque no tenían dinero para la conserva y por la tarde se quedaban a oscuras para ahorrarse el petróleo de la lámpara.

Un día Adelio se lo dijo a don Pitrino.

—Usted se equivocó en lo que me hizo hacer.

—¡¿Yo?! ¿Por qué?

Y Adelio le contó la historia de la barca.

—Y si yo le hubiera entregado a Giurlà al hombre de Alagona, ahora tendría doscientas liras y me podría comprar media barca —concluyó.

Don Pitrino no le respondió nada. Pero a la tarde siguiente le dijo:

—Mañana tráeme a tu hijo. Lo quiero conocer.

Su madre, Zina, se pasó medio día cortándole el pelo a Giurlà y arreglándole las ropas menos harapientas que tenía. Pero tuvo que ir descalzo donde don Pitrino, porque el único par de zapatos de que disponía ya no le entraba.

Don Pitrino lo miró una y otra vez y luego le hizo una extraña pregunta:

—¿Tú sabes estar mucho tiempo solo?

Giurlà se lo pensó un poco y luego respondió:

—Cuando estoy bajo el agua estoy solo. Y quisiera quedarme años.

Entonces don Pitrino le hizo su propuesta a Adelio.

## Dos

Don Pitirino Vadalà había llegado con su mujer a Vigàta seis años antes. Era, según se decía en el pueblo, inmensamente rico, pero nadie sabía qué hacía ni de dónde venía. Se había comprado la villa del barón Lumia, fuera del pueblo pero casi a la orilla del mar, y allí estaba sin salir jamás. Las dos criadas que había llevado consigo iban a comprar todo lo que necesitaba, y de la misa del domingo se ocupaba un cura, que la decía en la capilla que había en la villa. Se contaba que don Pitirino había ido a Vigàta porque los médicos le habían dicho que, para la enfermedad que tenía, necesitaba aire de mar y comer mucho pescado. Adelio lo escuchó hablar, curioso y asombrado.

—Yo —dijo don Pitirino— vengo de un pueblo que se llama Castrogiovanni. Y allí tengo muchas tierras, casas, vacas, caballos, ovejas y cabras. Como uno de mis guardias me mandó decir que necesitaba un chaval, he pensado en Giurlà.

—¿Y qué tendría que hacer mi hijo? —preguntó Adelio.

—Tendría que cuidar las cabras.

A Adelio le entró la risa.

—¡Pero Giurlà puede cuidar peces, no cabras! ¡Es un chaval de agua!

—Es muy fácil convertirse en un chaval de tierra. Aparte, reflexiona: tú se lo querías entregar al hombre de Alagona para hacerlo estar noche y día bajo tierra; en cambio, si me lo entregas a mí, estará siempre al aire libre. Además, yo le pago una lira y media al día, incluidos los domingos y fiestas de guardar. Le doy pan y queso gratis. Los domingos le corresponde un plato de habas o un plato de berenjenas y después cordero asado. Puede beber tanta leche como quiera. Piénsatelo y dame una respuesta antes del 15 de marzo, cuando venga el guardia. Si es que sí, Giurlà partirá ese mismo día.

—Pero ¿cuánto tiempo tendrá que estar lejos?

—Como mínimo, tres meses. Luego él decide si quiere regresar o quedarse. Ah, en el caso de que sea sí, proveed a Giurlà de un jersey de lana, una manta y un par de zapatos. Por allí, de noche, hace frío.

—Ahora me voy a hablar con mi mujer —respondió Adelio— y mañana mismo le damos la respuesta. Con su bendición.

Miró a su hijo, que no había abierto la boca mientras don Pitirino hacía su propuesta, y Giurlà dijo:

—Con su bendición.

Padre e hijo empezaron a salir.

—Ah —dijo don Pitirino—. Una de mis criadas vuelve al pueblo. ¿A tu mujer le agradaría venir a hacer de criada aquí?

—¡No! —espetó, resuelta, Zina—. Si yo voy a hacer de criada de don Pitirino, ¿qué necesidad hay de que Giurlà se vaya?

Era verdad. Adelio y Zina hablaron toda la noche. ¿No era mejor que Giurlà

cogiera al vuelo la ocasión? Cuando creciera, ¿qué trabajo podría encontrar en el pueblo? En cambio, cobrando los tres, la mitad de la barca la podrían pagar antes y más fácilmente. ¡Y quién sabe si Adelio conseguiría comprar una entera!

A la mañana siguiente, cuando aún estaba oscuro, Adelio despertó a Giurlà.

—Hemos decidido que partirás. Esta tarde se lo diré a don Pitrino.

—Como queráis.

Pero, entretanto, había que encontrar de inmediato el dinero para comprar lo que necesitaba Giurlà. Faltaban siete días para el 15 de marzo. Entonces Zina tuvo una buena idea: empeñó el collar y los pendientes que le había dejado su tía en herencia, y no solo consiguió comprar una manta pesada y los zapatos, sino también dos jerséis, dos calzoncillos y cuatro pares de calcetines de lana.

Giurlà les dijo que partiría a dos amigos suyos, Pippo y Fofò, que, como él, eran chavales de mar, solo que no tenían su misma habilidad para coger peces con las manos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Pippo.

—Voy a cuidar cabras.

Primero lo miraron desconcertados, luego se pusieron a reír.

—¿De qué os reís? —preguntó Giurlà.

—Fofò —dijo Pippo, comenzando a hacer teatro—, ¿no sientes un tufo extraño?

—Sí —respondió, rápido, Fofò—. ¿Qué tufo es?

—A mí me parece a cabra. Debe de haber algún cabrero en las cercanías.

Giurlà se enfadó y le dio un puñetazo en el pecho. Pippo lo aferró con las dos manos y trató de meterle la cabeza bajo el agua.

¡Virgen santa, qué hermoso era luchar en el mar!

La noche anterior al 15, la única de la familia que logró conciliar el sueño fue María. Zina se la pasó llorando; Adelio, que había decidido no ir a pescar para acompañar a su hijo, se la pasó dando vueltas en la cama; mientras que Giurlà, con los ojos de par en par, se sentía acalorado como por un golpe de fiebre e intentaba imaginar, sin conseguirlo, la vida que le esperaba. A las once, Zina cogió la manta de lana, envolvió en ella la ropa de Giurlà y la cerró en un hato. Media hora después, cuando Adelio y Giurlà estaban a punto de salir, Zina dijo:

—Esperadme, que voy también yo.

—Yo también quiero ir —dijo María.

—No —espetó Zina—. Tú te quedas. Ordena la casa y prepara la comida.

Y así María comprendió que se había hecho mayor.

En la parada del coche de línea para Montelusa ya estaban el guardia don Sisino y la criada que volvía a su pueblo y que se llamaba Zuda.

Llevaba una gran maleta. Esperaron en silencio hasta que llegó el autocar.

Adelio tendió el hato al cobrador, que lo puso en el maletero, y don Sisino hizo lo

mismo con la maleta de Zuda. Zina no conseguía soltar la mano de Giurlà, entonces Adelio los separó, besó en la cabeza a su hijo y lo empujó para hacerlo subir.

Bajaron en Montelusa, fueron a la estación y cogieron un tren para Castrogiovanni. Giurlà no había estado nunca en un tren. ¡Virgen santa, cómo corría! ¡Y qué estruendo hacía! De pronto, por la ventanilla medio abierta, vio el mar lejano. Se levantó de sopetón y se asomó.

Se quedó mirándolo, encantado. Pero ¿cómo? ¿El mar que cuando nadaba le parecía infinito ahora se había convertido en una franja que se confundía con el horizonte y, poco a poco, se hacía más estrecha, cada vez más fina? ¿Cómo era posible? Y mientras se lo preguntaba, sintió que el corazón se le había puesto a correr más que el tren.

Luego el campo borró el mar. Entonces volvió a sentarse.

—¿Qué haces, ¿lloras? —le preguntó Zuda.

—No, me entraron algunos granitos de carbón en los ojos —respondió.

Era verdad. Pero también era una media mentira. Porque había comenzado a llorar antes.

Llegaron a la estación de Castrogiovanni a la caída del sol. A Zuda había venido a buscarla su hijo, con un carro, para llevarla a un campo de las cercanías.

Fuera de la estación, don Sisino le dio el hato a Giurlà.

—Llévalo tú.

—Pero ¿dónde está el pueblo?

—Levanta la vista.

Giurlà levantó la vista, pero tuvo que levantar también la cabeza para verlo: un pueblo en la cima de una montaña tan alta que daba miedo. Sintió que le estallaba el corazón.

—¿Hay que subir hasta allá arriba?

—No te preocupes, mi casa está a mitad de la cuesta.

Después de un cuarto de hora caminando, se sintió cansado.

No era por el peso del hato, no era por el camino todo en subida, era el aire el que le producía cansancio. Era un aire que nunca había respirado, seco, fresco y ligero. Y desabrido. Al lamerse los labios, no se notaba esa pizca de salado que había en el aire de mar. Y era un aire que despertaba el apetito, se sentía hambriento como en los días que no comía.

Luego, cuando Dios quiso, llegaron. La casa de don Sisino era de una planta, limpia y ordenada. La mujer de don Sisino era una cincuentona flaquéisima que parecía una sardina salada. Se llamaba Assunta y no paraba de hablar. Mientras ponía la mesa, le contó a Giurlà que tenía cuatro hijos, dos varones y dos mujeres, todos casados, y que también tenía cuatro nietos.

—En conclusión —se lamentó—, a pesar de esta hermosa familia, yo estoy sola

porque cada uno de mis hijos tiene su casa y Sisino parte al amanecer y regresa por la noche.

Nunca había comido pasta con salsa de cerdo y le gustó mucho. ¡Por no hablar de la salchicha! Al final, don Sisino dijo:

—Ahora nos vamos a dormir porque mañana tenemos que despertarnos temprano.

—Pero ¿las cabras no están aquí? —preguntó Giurlà.

—¡Qué dices!

Giurlà se calló. Pero ¿dónde estaban esas cabras? Tenía algo más que decir, aunque le daba vergüenza, pero no podía aguantárselo demasiado tiempo.

Después de un rato se decidió y habló con una voz tan baja que Assunta no le entendió.

—Tengo que hacer mis necesidades.

—¿Eh?

—Tengo que hacer mis necesidades.

—Sal fuera y hazlas. Tienes todo el campo a tu disposición.

En cuanto estuvo fuera de la puerta, un escalofrío lo hizo temblar.

Era noche cerrada. Desde luego, no podía hacerlo delante de la casa, así que, tanteando con la mano por la pared, giró hasta la parte de atrás y se encontró en medio de la hierba. Entonces se bajó los pantalones y se agachó. ¿Y ahora? ¿Cómo hacía para limpiarse? Estaba habituado a hacerlo en el mar y se ocupaba el agua. Pero ¿aquí? Como era un chaval avezado, siguió tanteando con la mano y encontró un par de piedras ferrosas, bien planas. Se limpió con ellas. Volvió a la casa. Le habían preparado una especie de saco lleno de paja con una manta encima.

No se desvistió. Hacía demasiado frío. Pero, a pesar del enorme cansancio, no conseguía pegar ojo. Era como si le faltara algo. ¿Qué? ¿Los ronquidos de su padre? ¿La respiración ligerísima de su madre? ¿O las extrañas palabras que, a menudo, María decía en sueños? De pronto, se dio cuenta: le faltaba el rumor del mar, que era como una canción que, lentamente, lo hacía dormir. Entonces se metió una mano entre la camisa y el pecho y sacó las dos conchas que había llevado consigo. Se las puso debajo de la nariz y las olió. Sí, aún conservaban el olor a mar. Y así, finalmente, consiguió conciliar el sueño.

Cierto, también su padre se levantaba un poco antes de las cuatro de la mañana para ir a pescar. Y él lo oía caminando despacio por la habitación para no molestar a los que dormían, pero una cosa era oír a alguien que se despertaba y otra, ser despertado y tener que levantarse. Giurlà estaba completamente aturdido, ni siquiera conseguía entender dónde se encontraba. Luego vio en la habitación a la señora Assunta, que le había preparado un tazón de leche caliente, y entonces se acordó.

—¿Dónde está don Sisino?

—Esperándote fuera.

Se bebió la leche a toda prisa y salió. Y, de súbito, el aire frío de la mañana le

cortó la cara. La señora Assunta lo siguió, sosteniendo en la mano una lámpara de petróleo. En aquella trémula luz vio que en la explanada delante de la casa había un carro uncido y un hombre abrigado, que debía de ser el carretero, cargando su hato.

—Sube.

Montó en el carro y se acomodó entre el hato y dos sacos que debían de estar llenos de habas. La señora Assunta entró en la casa y cerró la puerta.

—¡Ah! —exclamó el carretero, que, entretanto, también había subido.

El animal partió.

—¿Y don Sisino?

—Se ha adelantado. Nos espera en el cruce.

—¿Y cuánto se tarda para llegar al cruce?

—Una hora.

Aún era noche cerrada y se había levantado un vientecillo feroz que parecía hecho de cien mil cuchillos que pinchaban la piel. Giurlà puso pies y piernas debajo del hato y apoyó la espalda contra un saco. Así estaba más resguardado del frío. Y, de pronto, el carretero empezó a cantar a media voz:

    Mi corazón no canta por amor,  
    canta por mi desventurada vida,  
    que es como una tierra sin rosas ni flores,  
    hecha solo de piedras y de gritos...

El carretero tenía una voz melancólica que te partía el corazón.

Oyéndolo, y sintiéndose acunado por el movimiento del carro, Giurlà se fue durmiendo lentamente.

—Jovencito, despiértate —espetó el carretero, sacudiéndole un hombro.

Giurlà abrió los ojos y, de súbito, los cerró. Un filo de sol lo había cegado.

Luego se aventuró a levantar los párpados al ralentí, pero, para mirar, tuvo que ponerse una mano a modo de visera sobre los ojos. Porque aquí también el sol era distinto, su luz era mucho más fuerte y su reverberación ofuscaba la vista.

El carretero estaba hablando con don Sisino, que iba a caballo y llevaba una escopeta de dos cañones en bandolera. El guardia vio que Giurlà estaba despierto y le dijo:

—Baja del carro y monta.

Bajó y se detuvo, desconcertado. ¿Dónde debía montar? Don Sisino entendió su duda.

—Ponte detrás de mí —dijo, sacando el pie de un estribo.

¡Por Dios! ¿Cómo se hacía para subir a un caballo? Giurlà se aferró con las dos manos a la silla e intentó meter el pie en el estribo libre, pero no consiguió levantar suficientemente la pierna.

Tuvo que ayudarlo el carretero. Pero tampoco así pudo subir. Entonces don Sisino se puso de lado, lo agarró de la chaqueta y estiró de él hacia sí.

—Cógete de mí.

Giurlà rodeó con sus brazos la cintura del guardia.

—Adiós —dijo don Sisino.

—Beso sus manos —respondió el carretero, quitándose el sombrero.

Don Sisino tiró de las bridas y el caballo echó a andar.

—¿Y mi hato? —gritó Giurlà.

¡Se lo habían olvidado en el carro!

—El carro —le explicó don Sisino— hace otro camino. Hoy, después de comer, te lo darán.

Fueron bajando y subiendo hasta que el sol estuvo en lo alto del cielo. A Giurlà le impresionaban los colores: aquí el verde era de un verde que nunca había visto antes, el rojo y amarillo de algunas flores eran de un rojo y de un amarillo que parecía que quisieran serlo con prepotencia. Le dolían las ingles. Al estar con las piernas tan abiertas, y con el movimiento del caballo, toda la parte baja de su cuerpo rozaba contra la madera de la silla y estaba dolorida. Luego llegaron al borde de un lago estrecho y alargado, con un agua que parecía un trozo de cielo. Don Sisino bajó y ayudó a Giurlà a desmontar.

—Has llegado —dijo, volviendo a subir al caballo—. Más tarde pasará a buscarte Damianu, el cabrero. Adiós.

Y partió. Giurlà se quedó mirándolo hasta que lo vio desaparecer.

Los nervios de las piernas se le debían de haber trenzado como mimbres porque, durante al menos cinco minutos después de que don Sisino se hubiera marchado, no consiguió caminar, dar medio paso. Podía mover los brazos y el busto, eso sí. Pero ¿había animales salvajes por aquellos parajes? Porque si un animal rabioso lo atacaba, él no habría podido ni siquiera escapar. Habría visto cómo se lo comía vivo. Y por primera vez desde que había partido, se asustó. No por el hecho de haberse quedado solo, a eso estaba muy habituado, sino porque no tenía manera de defenderse. Luego se bajó despacio los pantalones y, vuelto de tres cuartos, se miró el trasero.

A fuerza de rozar contra la silla, estaba enrojecido y, en algunas partes, despellejado. Quemaba como el fuego. Intentó alargar una pierna y vio que lo conseguía. Dio dos pasos. Los nervios se le habían aflojado.

Entonces se desnudó, total, por ahí no había un alma, solo algunos pajarracos negros y grandes que cada tanto descendían entre las matas de hierba silvestre, y se metió en el lago. Tuvo la impresión de que el agua le había cortado los pies, de tan fría que estaba. Es más, no, no estaba fría, era hielo líquido.

En cuanto dio un paso se encontró con el agua al cuello.

¡Aquello no era como el mar de su pueblo, que, antes de que te llegara a las axilas, tenías que dar como mínimo veinte pasos! No quedaba otra opción que ponerse a nadar, también para no morir transformado en una lastra de hielo. Tomó impulso, pero su cuerpo, en vez de permanecer a flote, se hundió.

En un santiamén, se dio cuenta de que estaba bajando hacia el fondo como si fuera de piedra. Y sus ojos comenzaron a ver que estaba a punto de ser atrapado por las ramas más altas de una especie de floresta submarina. Si entraba en ella, ya nunca saldría. Aquella era un agua que no te aguantaba, no te sostenía. Se asustó, claro, pero no perdió la cabeza porque estaba demasiado habituado al mar. Dio tres fuertes brazadas y volvió a encontrarse con la cabeza fuera. Solo que, para mantenerse a flote, era preciso nadar siempre; si no, te hundías. Sacó la lengua, se lamió los labios. Era agua dulce, donde se podía vivir.

## Tres

Estuvo un rato en remojo para limpiarse y luego volvió a la orilla.

El sol era tan caliente que en diez minutos se había secado y pudo vestirse de nuevo.

Para pasar de un lado al otro del lago, cortándolo por el medio y nadando a toda velocidad, calculó que emplearía un buen cuarto de hora, ahora que aún tenía poca práctica con el agua dulce. Se tumbó en el suelo.

Alrededor no había más que montañas. Y no se oía ni el más mínimo ruido, a excepción del graznido que hacían los pajarracos negros.

Y, de pronto, comprendió que era lo mismo que cuando se ponía a hacer el muerto en el mar, boca arriba, mirando el cielo.

Aquí se flotaba sobre la hierba en vez de sobre el agua, y en torno a él, en vez de agua, había tierra, pero el silencio era el mismo; allá eran las gaviotas las que chillaban, aquí los pajarracos negros...

Luego oyó una voz:

—¡Eh, tú, arriba!

Se volvió. Era un hombre alto y corpulento con una gran barba rojiza que, a pesar del calor, llevaba una especie de chaquetón de piel de cabra. De un hombro le colgaban dos cantimploras. Con la mano izquierda sostenía un saco sobre el otro hombro, con la mano derecha sujetaba un largo cayado cortado de una rama.

—¿Usted es Damianu?

—Sí. ¿Y tú cómo te llamas?

—Giurlà.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Tienes hambre?

—Sí, señor.

El hombre posó el saco en el suelo, cogió de él una hogaza, la cortó por el medio con un cuchillo que extrajo del bolsillo y se la tendió a Giurlà. Inmediatamente después cortó una loncha de queso de una pieza entera y se la dio.

—Come mientras caminas detrás de mí. Si tienes sed, me lo dices.

¿Era posible que en esta zona se subiera siempre?

¿No se acababan nunca las montañas? Después de media hora de marcha, había terminado de comer, y, entre el ascenso y el queso salado, a Giurlà le entró una gran sed.

—Quiero beber.

Damianu se detuvo y se volvió.

—¿Agua o vino?

—Vino.

Su padre bebía solo un vaso por la tarde, mientras comía, y a él, que lo quería probar, siempre se lo había negado.

—Aún no, tienes que crecer.

Vete a saber por qué, de pronto sintió que había crecido. Damianu le tendió la cantimplora, Giurlà se la llevó a los labios y bebió. El primer sorbo le pareció amargo y, cuando estaba a punto de escupirlo, el sabor en la boca cambió de golpe, se convirtió en algo perfumado y cálido, una caricia de terciopelo, le pareció estar bebiéndose una rosa. Le gustó mucho y tomó otros dos sorbos.

—Basta —le dijo Damianu, estirando la mano para recuperar la cantimplora.

Volvieron a caminar. Enseguida llegaron a una planicie ancha y larga, cubierta por una hierba que llegaba casi hasta la mitad de la pierna.

—Aquí estamos a tres cuartos de monte Giulfo —dijo Damianu—, que tiene una altura de setecientos sesenta metros.

Del lado izquierdo de la planicie, bien al fondo, donde empezaba la pared de una montaña, había un enorme espacio vallado con ramas de árboles entrelazadas. Una parte del recinto, que era casi tan alto como Damianu, se podía abrir y cerrar. Dentro había como mínimo trescientas cabras que montaban un follón de bee bee. Al lado de la abertura del recinto había una especie de cabaña, hecha también con ramas de árbol y totalmente cubierta de paja.

—Esas —dijo Damianu— son las cabras de las que debes ocuparte.

¿Cómo haría para ocuparse de trescientas cabras él solo?

—Y esa —continuó Damianu, indicando la choza—, de ahora en adelante es tu casa.

—Pero ¿estas cabras son todas de don Pitirino?

Damianu se puso a reír.

—Don Pitirino tiene cabras a montones, pero estas son solo la mitad. ¡Es el rebaño mediano! Y luego están las ovejas, los caballos...

—¿Y quién cuida de las otras cabras?

—Cabrereros como tú y como yo.

—¿Y usted cuántas cabras cuida?

—Yo soy el vigilante de todos los rebaños. Oye, chaval, esta tarde y esta noche me quedo aquí. Mañana por la mañana llevo las cabras a pastar y tú vienes conmigo, así aprendes el misterio.

Lo primero que vio al entrar en la cabaña fue su hato. Don Sisino había sido de palabra, alguien se lo había traído. Había, en el suelo, un saco ancho y grande lleno de paja que debía de ser su cama, el jergón, y luego, como mesita, un pedazo de tronco de árbol. También había dos bancos hechos con ramas. Encima había una lámpara de petróleo, de esas que se ponían sobre los carros. Una lata de petróleo de reserva estaba al lado de un banco. Del techo colgaban un odre vacío, un saco con

algunas cosas en su interior y una cantimplora. Otros tres sacos vacíos estaban encima del saco que hacía de cama, que tenía al lado una caja cerrada.

—Esa caja —dijo Damianu— es de Ramunnu, que la ha dejado aquí.

—¿Quién es Ramunnu?

—El cabrero que estaba antes que tú.

—¿Por qué se fue?

—Lo llamaron para el servicio militar.

—¿Y qué hay en la caja?

—No lo sé. Cosas de Ramunnu. Espera, que te doy la comida.

Extrajo de su saco tres hogazas de pan de un kilo y medio cada una, dos piezas de queso, un gran cucurucho de aceitunas e higos secos y un saquito de sal, y lo posó todo sobre el tronco.

—Cuidado con la sal. A las cabras les gusta mucho.

—¿Dónde meto todo esto?

—Tira del saco que cuelga.

Giurlà tiró del saco y este bajó. Dentro había un plato y un tazón hechos de madera y un cuchillo como el de Damianu.

—Guarda la comida.

Giurlà la metió dentro.

—Ahora tira de la cuerda que hay al lado del saco.

Giurlà tiró de ella y el saco subió.

—Después de comer, debes izar el saco, si no cualquier animal se te lo puede comer todo. Y atención siempre a la luz cuando esté encendida. Basta una nadería para que todo se prenda fuego.

Salió, dejando su saco aún medio lleno dentro de la cabaña.

Giurlà abrió el ható, extrajo la ropa pesada que le había comprado su madre y la metió en uno de los sacos vacíos. Luego extendió la manta de lana sobre el jergón. Por tanto, durante al menos tres meses, por las noches tendría que dormir allí dentro. Se sintió contento. ¡Cuántas veces habían construido cabañas de cañas con Fofò y Pippo! Solo que ahora ya no era un juego. Su padre y su madre habían tenido razón: a esta hora, si lo hubieran entregado al hombre de Alagona, estaría trabajando a cuatrocientos metros bajo tierra, ahogándose sin luz ni aire.

—¡Giurlà! ¡Ven aquí!

Salió fuera. Miró a su alrededor, pero Damianu no estaba a la vista.

—¿A qué esperas? ¡Ven aquí!

El cabrero estaba en el recinto, en medio de las cabras. Se acercó a la entrada, que estaba cerrada con un alambre.

—Entra y cierra.

Abrió, entró y puso el alambre. Comenzó a caminar entre los animales, que no solo no tenían ningún miedo de su presencia, sino que, al contrario, parecía que se ponían delante de él a propósito para no dejarlo pasar. Cuando llegó a su lado, vio

que Damianu tenía a una cabra por un cuerno, pero ella no tenía ninguna intención de quedarse quieta.

—Ponte delante de ella, agárrala por los cuernos con toda la fuerza que tengas y no la dejes caminar.

—¿Y si le hago daño?

—Si no estás atento, ella te hará daño a ti, corneándote.

No sabía que tenía tanta fuerza. El hecho es que la cabra se vio obligada a ponerse de rodillas.

—¡Bien! —le espetó Damianu.

Y comenzó a tocarle la tripa a la cabra, a abrirle la boca por la fuerza para mirar en su interior, a meterle un dedo en el culo, a ordeñarla.

—¿Qué tiene? —preguntó Giurlà.

—No me convence. Temo que esté enferma.

—¿Y si está enferma?

—De momento la llevamos fuera del recinto. Hay peligro de contagio.

La miró y la manipuló un poco más, luego la cogió por un cuerno y la arrastró fuera. Mientras Giurlà cerraba el recinto, Damianu ató la cabra con una cuerda a un palo cercano a la cabaña.

De improviso, el sol se puso detrás de una montaña y súbitamente oscureció. Damianu trajinaba detrás de la cabaña y Giurlà fue a ver qué hacía. En el suelo había un círculo de piedras que tenía a cada lado un palito corto de hierro, encima de los cuales había un espetón que se podía hacer girar. Damianu había cogido algunas ramas secas, las había puesto dentro del círculo de piedra y les había prendido fuego.

—¿Sabes hacer brasas?

—Sí, señor.

Damianu se marchó. ¡Cuántas veces había asado sardinas en la playa con Fofò y Pippo! Solo que las sardinas no se podían meter en el espetón y se asaban sobre un canalón de los que servían para cubrir los tejados de las casas. Damianu volvió con un conejo muerto a tiros, aún tenía sangre seca en el codo. La tripa estaba abierta, se ve que le habían sacado las entrañas para que no oliera mal. Llevaba una cantimplora en bandolera.

—A este le disparó al vuelo don Sisino y me lo mandó de regalo.

Sacó el cuchillo, se agachó y comenzó a despellejar el conejo. Era hábil y, al cabo de un momento, el conejo quedó tan rosado como un recién nacido. Tendió la piel a Giurlà.

—Cuélgala de una rama del recinto.

—¿Para qué sirve?

—Cuando venga el frío de verdad, te la pones sobre los zapatos y te mantiene caliente.

Ahora era casi noche cerrada. Cuando volvió, Damianu había ensartado el conejo

en el espetón y lo hacía girar lentamente sobre las brasas ardientes.

Giurlà se comió su parte con verdadero placer, el animal había sido asado al punto justo. Al final, Damianu le ofreció la cantimplora de vino y le permitió beber cinco grandes sorbos.

—Las cabras no son ovejas —dijo, de pronto, el cabrero.

«Eso lo sé también yo», pensó Giurlà.

—A las cabras les agrada estar cada una por su cuenta; las ovejas, en cambio, están siempre juntas y donde va una, van las otras. Cada cabra busca su comida, trepa por la montaña hasta que encuentra lo que le gusta. Las ovejas se asustan de los perros; las cabras no se asustan ni del hombre. Para hacerlas volver al redil, necesitas habilidad y paciencia, siempre hay alguna que se escapa y tú debes correr detrás de ella gritando y tirándole piedras. No todas las cabras tienen el mismo carácter: algunas son obedientes, otras te desesperan. Después de un tiempo con ellas, aprendes a conocerlas una a una.

Las brasas se habían apagado. Pero, por prudencia, Damianu metió un pie dentro del círculo y las redujo a cenizas. Luego se alejó para hacer sus necesidades. Regresó.

—Vamos.

Giurlà lo siguió. En cuanto entraron en la cabaña, Damianu encendió la lámpara de petróleo, cogió la manta y se la tendió a Giurlà.

—El jergón es para mí.

—¿Y yo dónde duermo?

—En el suelo —dijo el hombre, sacando de debajo del saco dos pieles de cabra.

Giurlà salió para aliviarse. Cuando volvió a entrar, Damianu estaba tumbado sobre el saco, cubierto por las pieles de cabra.

—Cuando te hayas desvestido, apaga la lámpara —dijo Damianu.

Pero Giurlà no se desvistió. Apagó la lámpara, se acostó en el suelo y se envolvió en la manta.

Después de una hora, aún no había conseguido conciliar el sueño. Damianu roncaba tan fuerte que le temblaban las orejas. Cuando ya no pudo más, salió de la cabaña y fue a acostarse a una cierta distancia de la cabra enferma. Pasados unos cinco minutos, oyó que el animal hacía, despacio:

—Bee..., bee...

¿Se estaba lamentando? ¿O lo llamaba? ¿Qué quería de él? Se dio cuenta de que la cabra, estirando al máximo la cuerda, se había acercado a él tanto como podía.

—Bee..., bee...

¿Era posible que quisiera compañía? Se levantó, fue al lado de la cabra, le acarició el cuello. El animal se dejó acariciar, mudo. Pero en cuanto él apartó la mano, empezó a hacer un bee aún más lastimero que antes.

Entonces cogió la manta y la estiró encima de él y de la cabra, que se arrodilló a

su lado y dejó de llorar.

En el sueño, sin darse cuenta, debía de haberse destapado, sacando la cabeza fuera, porque lo despertó algo húmedo que le tocaba la frente, los ojos y la nariz. ¡Un animal! Se levantó, asustado, y con la primerísima media luz del alba se percató de que era un perro que le lamía la cara. Un perro negro, con una gran cabeza y una boca abierta que dejaba ver los dientes puntiagudos. La cabra había vuelto junto al palo. Se quedó inmóvil hasta que Damianu salió de la cabaña y le dijo:

—No te asustes, es un perro de aquí, se llama *Piru*. Entra la manta. Coge el saco pequeño y echa la comida que necesites, porque aquí no volveremos hasta esta tarde.

Giurlà cortó media hogaza de pan y un trozo de queso y los metió en un saquito de tela, luego cogió la cantimplora y el cuchillo y salió.

Damianu estaba manipulando la cabra que había dormido junto a él.

—¿Cuántos años tiene esta cabra?

—Casi dos años, en octubre puede quedarse preñada.

—¿Y cuántos cabritos tendrá?

—Esta raza tiene dos. Me parece que esta cabra no tiene nada. De todos modos, por prudencia, dejémosla aún aquí.

—¿Y qué comerá?

—Aquí tiene toda la hierba que quiera.

—Pero si aquí hay hierba, ¿por qué llevamos a las cabras a otro sitio?

—Porque comen esta hierba solo por necesidad, no les gusta demasiado.

Damianu fue a abrir la empalizada y las cabras comenzaron a salir.

Cuando estuvieron todas fuera, Giurlà se dio cuenta de que detrás de la gran empalizada había otra mucho más pequeña y dentro había cuatro grandes cabras con la barba más larga que las demás, el cuerpo macizo y los cuernos en forma de sable.

—Son los chivos —le explicó el cabrero—, los machos de las cabras. No les gusta estar en el rebaño con las hembras. Si ves que los chivos se dan cornadas, déjalos. Luchan para establecer quién es el más fuerte.

Mientras, las cabras se estaban dirigiendo hacia la montaña más cercana al redil.

—¿Ves? Conocen el camino, saben dónde deben ir a pastar.

Se pusieron a caminar junto al rebaño, Damianu y *Piru* delante, Giurlà detrás.

En cuanto la cabra atada al palo comprendió que la estaban dejando sola, empezó a emitir un bee desesperado. Cuatro o cinco animales se detuvieron y le respondieron. Entonces Damianu las pinchó con el cayado y volvieron a caminar. Luego la voz de la cabra se hizo poco a poco más lejana, hasta que ya no se oyó.

A mitad de la cuesta, después de media hora subiendo por un sendero estrecho y lleno de cagadas de cabras, Giurlà oyó un ruido que le pareció de agua. En efecto, poco después, a la izquierda apareció un arroyuelo que era idéntico al del belén, con una cascada que formaba una charca en la que una decena de animales aún estaban

bebiendo.

—Cuando volvamos, acuérdate de llenar la cantimplora. Esta agua es la única potable de estos parajes. ¿Quieres lavarte?

—Sí, señor.

—Entonces, hazlo. Después basta con que vuelvas a tomar este sendero y, al cabo de media hora, llegas.

Se solazó debajo de esa agua, que era tan gélida que le parecía haberse convertido en cristal.

## Cuatro

El sitio donde pastaban las cabras, justo debajo de la cima, era un llano repleto de hierbas y flores que limitaba con un bosque, cuyos árboles llegaban hasta la mitad de la cuesta. Los animales se habían desperdigado entre el bosque y el llano, y comían a porrillo.

—Hay unas cincuenta cabras preñadas que parirán a fin de mes —dijo Damianu.

—¿Y yo qué debo hacer?

—Nada. Las cabras lo hacen todo por sí solas. Pero tienes que estar atento a algo. En cuanto una cabra pare sus dos cabritos, tú debes comprobar que los cabritos se pongan a mamar de inmediato.

—¿Por qué?, ¿no lo hacen por sí mismos?

—Como los cabritos pueden caminar apenas nacen, a veces se alejan de la madre y ella entonces ya no los reconoce. Y les niega la leche. Y se la niegan también las demás cabras. Entonces hay que matarlos. Ahora voy a lavarme yo. Vuelvo dentro de una hora.

Cuando el sol comenzó a pegar fuerte, todas las cabras que pastaban en la hierba y en las flores del llano entraron en el bosque, buscando el fresco.

—Vamos a comer —dijo Damianu, encaminándose también él hacia el bosque.

Entraron y, después de algunos pasos, se detuvieron y se sentaron con las espaldas apoyadas en un tronco. Allí dentro la luz del sol apenas llegaba, no conseguía atravesar la espesura de las hojas. De su saco, que parecía sin fondo, de tantas cosas que conseguía sacar de él, el cabrero cogió dos huevos y le tendió uno a Giurlà.

—Está duro. Lo hice anteayer.

Mientras Giurlà lo estaba pelando, Damianu, siempre del saco, extrajo un cuerno con una tapa hecha de piel, la levantó y dijo:

—Coge un poco de sal.

¿Cuántas veces en su vida había comido un huevo? Quizá nunca. Lo apoyó en el suelo, cortó una rebanada de pan, dio un mordisco al huevo y uno al pan y comenzó a masticar. Tenía un buen sabor, pero el huevo se acabó antes que el pan. Entonces se dio cuenta de que Damianu había terminado el pan y aún tenía el huevo entero en la mano. ¿Cómo era posible? ¿Acaso había cogido otro huevo? Damianu cortó otra rebanada de pan, se metió el huevo en la boca, lo mantuvo un momento dentro, lo sacó fuera entero y comió un trozo de pan. Entonces comprendió: Damianu comía pan con nada más que el sabor del huevo. En efecto, empezó a morder el huevo solo cuando el pan se estaba terminando. Era bueno saberlo, aquel era un modo de ahorrar que podía venir bien en caso de que las provisiones comenzaran a faltar.

Después Giurlà comió más pan y queso. Y al final Damianu le dejó beber cinco sorbos de vino.

Debían de ser las cuatro de la tarde cuando Damianu dijo que era hora de volver. Giurlà se había dormido y abrió los ojos. En el bosque ya no había animales.

—¿Dónde están las cabras?

—Nos esperan en el llano. Ellas saben cuándo es la hora de volver al redil.

En efecto, las cabras estaban allí. Se pusieron a caminar, llegaron a la cascada y Giurlà llenó la cantimplora de agua fresca. Damianu se había detenido a mirarlo mientras el rebaño continuaba bajando por su cuenta. Y en aquel preciso momento, saltó una liebre de detrás de una roca y se detuvo un instante, indecisa sobre cuál era el mejor camino para escapar. A la derecha no podía porque estaba la cascada, detrás tampoco porque la pared era demasiado lisa, delante tenía el arroyuelo: no le quedaba más salida que correr a la izquierda. Saltó. Y también Giurlà saltó, volando en el aire y consiguiendo atrapar, mientras caía al suelo, a la liebre por las dos patas traseras. Damianu lo miró, fascinado. Luego también él agarró a la liebre por las patas traseras, la levantó con la izquierda y con la derecha le dio un golpe seco en la parte de atrás de las orejas. El animal se quedó tieso. Damianu miró interrogativo y maravillado a Giurlà.

—¿Cómo lo hiciste?

—Estaba acostumbrado a pescar peces con la mano.

—Guárdatela —dijo Damianu, tendiéndole la liebre.

—No, señor, es como si la hubiera cogido usted.

—Gracias —dijo el cabrero, metiéndosela en el saco.

Cuando llegaron, había gente en el redil. Eran cinco mujeres y cinco mulas. Las mujeres fueron al encuentro de Giurlà.

—¿Tú eres el nuevo cabrero? —preguntó una cincuentona bigotuda y repugnante que se llamaba señora Sunta y era la jefa.

—¿Cómo te llamas? —interrogó una veinteañera, muy guapa, que tenía el nombre de Tanina.

—¿De dónde vienes? —espetó una treintañera, que dijo llamarse Gemma.

—Pero ¡qué jovencito más guapo! —exclamó otra treintañera que tenía los ojos negros como el carbón, el pelo rizado y unos pechos que parecía que quisieran romper la camiseta, y que se llamaba Rosa.

—¿Cuántos años tienes? —dijo la quinta, otra veinteañera, menos guapa que Tanina, y que tenía el nombre de Rosalía.

—Venga, id a trabajar —cortó Damianu.

Cada mujer cogió su mula y la llevó al fondo del recinto. Solo entonces Giurlà notó que allí había otras aberturas, de modo que por una se hacía salir a las cabras para ordeñarlas y por la otra se las hacía entrar. Cada mujer tenía un cubo de zinc. Cuando estaba lleno de leche, lo iba a vaciar en los dos grandes barriles que llevaba cada mula.

Damianu estaba entre las dos aberturas, con el cayado en la mano, haciendo salir

y entrar a las cabras. Giurlà se puso a su lado para aprender la técnica.

Las mujeres eran veloces, después de media hora habían ordeñado a la mitad del rebaño. Entonces Rosa, que estaba sentada sobre una piedra, como las demás, se puso de pie pasándose una mano por la cara.

—Estoy mareada —dijo.

—Ve a acostarte un poco —propuso Damianu—. Mejor te acompaño.

Dejó el cayado a Giurlà.

—Continúa tú.

Era fácil, también porque a las cabras les daba placer ser ordeñadas y no se rebelaban. De pronto, la mujer que tenía el nombre de Gemma empezó a cantar:

Hay quien trabaja y se le rompe el corazón,  
y hay quien se tumba y disfruta...

Las otras tres mujeres se pusieron a reír. Después, la veinteañera Tanina preguntó a Giurlà, con los ojos brillantes:

—¿Por qué no vas a ver cómo se siente Rosa?

—¡Chicas, cortad! —espetó la señora Sunta.

—¡No, señor, queremos saber cómo está! —dijeron casi a coro Gemma, Tanina y Rosalía.

—Ve —ordenó la señora Sunta.

Apenas llegó a los alrededores de la cabaña, oyó que Rosa estaba gimiendo. ¡Pobrecilla! ¡Entonces no se trataba de un simple mareo, sino de algo más grave! Se asomó y se quedó paralizado. Nunca había visto follar a un varón y una mujer, pero habían hablado tanto de ello con Pippo y Fofò que era como si lo hubiera visto centenares de veces. Rosa, completamente desnuda, estaba tumbada con las piernas abiertas sobre una manta que cubría el jergón, y Damianu, pegado a ella, hacía adelante y atrás con el culo, adelante y atrás, adelante y atrás. Giurlà se maravilló de la fuerza que ponía Damianu en cada empujón. ¿Quizá era por eso por lo que Rosa gemía? Pero aquel gemido no parecía de dolor, ¡al contrario! Luego el cabrero se detuvo y se desensartó, Rosa se puso de rodillas y se apoyó con las manos sobre el jergón. Detrás de ella, Damianu volvió a hacer adelante y atrás, teniendo en sus manos los pechos de la mujer, que colgaban como los de una cabra. Y los gemidos de Rosa se hicieron más fuertes.

Giurlà regresó.

—¿Cómo se siente Rosa? —le preguntó, maliciosa, Tanina.

—Mucho mejor —respondió Giurlà.

Todos rieron.

Al cabo de otra media hora, las mujeres acabaron y partieron.

—Esta leche —explicó Damianu mientras desataba a la cabra del palo y la hacía

entrar en el redil— sirve para hacer queso. Las mujeres volverán cada tarde a ordeñar. Ahora te dejo. El domingo por la mañana nos vemos en el lago. *Piru* se queda contigo. También te dejo el cayado.

—Pero ¿dónde está *Piru*, que no lo veo?

—Cuando las cabras vuelven al redil, *Piru* se marcha y luego se deja ver a la mañana siguiente, como hizo hoy. Y duerme tranquilo, porque si no te despiertas a la hora justa, te viene a despertar él.

—¿Y adonde va por la tarde?

—¡Y yo qué sé! Hace así desde siempre. Vamos dentro.

Entraron en la cabaña.

—A cambio de la liebre —dijo Damianu—, te dejo cuatro huevos duros, un trozo de salami, otro cucurucho de aceitunas, una botella de vino y una lata de jabón para lavarte la ropa.

Extrajo las cosas del saco sin fondo y las posó sobre el tronco.

—Me marchó.

Salió. Giurlà fue detrás de él. El hombre le acarició la cara.

—No te asustes cuando estés solo. Los bandoleros, que cada tanto se dejan ver por aquí, no hacen nada a los niños. Y si viene alguno que comprendes que necesita algo, dale lo que necesita y mándalo con Dios. Hasta el domingo.

La tarde cayó de golpe. Giurlà estaba muy cansado. El aire de la montaña lo hacía estar como después de aquella vez que había tenido fiebre alta y no conseguía levantarse de la cama, de tan alicaído y débil que se sentía. Decidió comer pan y salami, y luego pan y aceitunas. Cortó el pan, cogió las demás cosas y fue a comérselas fuera, con la espalda apoyada en el palo. Aquí las estrellas eran distintas de las que se veían desde la playa.

Su padre le había enseñado a mirar el cielo. Las estrellas eran más luminosas y se distinguían mejor la una de la otra. El carro, con sus ruedas y su mango, parecía dibujado con tiza sobre una pizarra. Las cabras dormían y había un silencio de miedo. Menos mal que cada tanto algún perro ladraba a lo lejos y con su ladrido le hacía compañía. ¿Acaso era *Piru*? Luego sintió frío y entró en la cabaña. Encendió la lámpara, que daba una buena luz. Dado que aquella era la primera noche que pasaba solo, destapó la botella de vino y bebió un poco. Pero no le entraba el sueño. El corazón le latía más rápido de lo habitual. Entonces cogió una piel de cabra, se la puso sobre los hombros y volvió a salir. En la oscuridad, se acercó al redil. Algo, un animal como un gato de grande que no entendió qué era, le pasó entre las piernas. ¿Qué podía ser? ¿Y si lo mordía? No, lo mejor era regresar al interior de la cabaña. Se dio la vuelta y en aquel momento oyó, suave:

—Bee...

¿Por qué esa cabra era la única que estaba despierta, cuando todas las demás dormían?

Mientras se hacía la pregunta, se dio la única respuesta posible. Pero tenía que

comprobarlo, porque no acababa de creérselo. Fue a la cabaña, cogió la lámpara y volvió a salir. ¡Estaba en lo cierto! Era la misma cabra que había dormido con él la noche anterior. Estaba cerca de la entrada y lo miraba, ahora muda.

Estaba claro que quería salir y estar con él. ¡Pero no era posible! ¿Cómo es que la cabra no lo entendía? ¡Si la dejaba salir, también sus compañeras querrían hacer lo mismo! Le dio la espalda.

—Bee bee... —espetó la cabra, lastimera.

¡Qué fastidio! Era capaz de pasarse toda la noche llorando.

Abrió despacio, la cabra salió a todo meter y desapareció. Giurlà dejó de verla. Virgen santa, ¿quería decir que se había escapado? Empezó a correr buscándola, pero no estaba cerca del palo y tampoco se la veía en las inmediaciones. ¡Vete a saber dónde había ido a parar! ¿Qué le contaría a Damianu? Volvió a la cabaña. Y dentro estaba ella, comiéndose un trozo de pan.

—¡Fuera de aquí!

La cabra no se movió. Entonces la agarró por un cuerno, la llevó fuera y la ató al palo con la cuerda. Se desvistió, se acostó y apagó la lámpara. Pero el sueño seguía sin llegar. Se había cubierto con la manta y, poco a poco, el calor aumentaba. Giurlà notaba que la manta y el jergón emanaban un olor extraño. Luego se dio cuenta: era el olor de la piel de Rosa, que se había acostado desnuda mientras follaba con Damianu. Se llevó un trozo de manta a la nariz y lo olió largamente. ¡Virgen santa, qué bueno era aquel olor a mujer! Y con ese olor se durmió. Más tarde, en medio del sueño, sintió algo a su lado. Tanteó con la mano y encontró el pelo cálido de la cabra. Parece que el animal había conseguido liberarse. Pero no tenía ganas de levantarse y llevarla fuera, así que la dejó donde estaba.

Lo despertó la nariz mojada de *Piru* en su cara. Encendió la lámpara porque aún estaba oscuro. La cabra ya no estaba. Y, de súbito, le volvió a la mente que había tenido un sueño que le había gustado mucho, pero no conseguía recordar de qué se trataba, nada. Al levantarse, notó que en el jergón había una gran mancha oscura. La tocó, estaba húmeda.

¿Era posible que se hubiera meado como un niño? Puede que sí, su padre le había dicho que había aguas que tenían la facultad de hacer mear al hombre. Quizá el agua del arroyuelo tenía esta particularidad. Se vistió, a disgusto de no poder lavarse. En Vigàta, lo primero que hacía por la mañana al levantarse era echarse al mar y solo después se vestía. De pronto, pensó que en la cabaña había un odre.

Lo cogió, lo abrió y lo olió. No olía a nada, mejor así. Una vez lleno de agua, el odre le bastaría para lavarse mañana y tarde como mínimo durante tres días. Lo llevó junto con el saco de tela de la comida y la cantimplora. Las cabras ya armaban follón porque querían salir y se habían amontonado en la entrada de la empalizada.

Apenas la abrió y los animales salieron, llegó corriendo la cabra que había dormido en la cabaña y se metió entre sus compañeras.

Después de media hora de camino, Giurlà llegó a la cascada. Dejó que las cabras continuaran subiendo y empezó a desvestirse. El perro *Piru*, que se había detenido a su lado, cuando comprendió sus intenciones, fue tras las cabras para cumplir con su deber de guardián. Él se quedó debajo de la cascada, lavándose, luego se vistió y volvió a subir.

Había dado una decena de pasos cuando vio que una cabra solitaria lo miraba venir desde el sendero. La reconoció: era la cabra de siempre, que quería estar con él. Estaba claro que, al no verlo, había vuelto atrás, curiosa por enterarse de qué estaba haciendo. No sabía que había cabras que se encariñaban como perros, Damianu no se lo había dicho; esta incluso había renunciado a comer para esperarlo.

—Bee... —exclamó la cabra.

—Aquí estoy —exclamó él en respuesta.

Tranquilizada, la cabra se dio la vuelta y volvió a subir por el sendero.

Al regreso, llenó el odre y se lo cargó a la espalda. Pero ¡cómo pesaba el agua! Dentro podía haber unos treinta litros. ¿Quieres creer que el agua pesa un kilo por litro? En el redil, ya estaban las mujeres y las mulas.

—¿Tú sabes leer y escribir como Ramunnu? —le preguntó Tanina.

—Mal. Hice hasta tercero.

—¡Lástima! Ramunnu escribía a mi novio soldado de mi parte. ¡Él era muy instruido! ¡Sabía latín!

¿Y qué podía hacer si no había estudiado? Le entraron ganas de decir, sin que él mismo se lo esperara:

—¡Basta de chácharas! Id a trabajar, no perdamos más tiempo.

Mediado el ordeño, tal como había hecho el día anterior, Rosa se levantó de la piedra y le preguntó a Giurlà:

—Por casualidad, en la cabaña ¿encontraste un pendiente?

—No.

—¿Puedo ir a ver si está?

—Está bien.

Rosa dio un paso, se detuvo y se volvió:

—¿Me ayudas a buscarlo?

Giurlà notó que, de golpe, las otras mujeres se habían detenido y lo miraban.

—No, quiero quedarme aquí.

Mientras Rosa se encaminaba a la cabaña, Gemma le cantó, mofándose:

Quien quiere coger un toro al día  
a veces coge una buena cornada.

Rosa se paró. Luego se volvió, despacio, y cantó:

Mejor coger un toro al día que estar sola y desesperada.

—¡Gemma, esta vez Rosa te cantó las cuarenta! —espetó la señora Sunta.

Gemma no, pero las otras mujeres rieron. Rosa volvió después de un momento.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Estaba sobre la caja, al lado del jergón.

Giurlà estaba más que seguro de no haberlo visto, ni cuando se había acostado, ni cuando se había levantado. Sin duda, Rosa había tenido el pendiente en el bolsillo todo el tiempo y había montado aquel jaleo para hacerlo entrar en la cabaña con ella. Como le había cantado Gemma, era una mujer que quería un hombre al día. Pero él aún no se sentía con ánimos.

## Cinco

Cuando las mujeres se fueron con el perro *Piru* detrás y llegó la oscuridad, Giurlà entró en la cabaña, cogió la comida y la llevó fuera. Notó que la cabra-perro ya estaba cerca de la salida de la empalizada. Solo después de que hubo terminado de comer, la hizo salir y ella fue corriendo dentro de la cabaña. Él perdió tiempo haciendo sus necesidades y lavándose con el agua del odre que tenía en el suelo, al aire libre. Cuando se acostó, la cabra se acurrucó a su lado. Giurlà la miró largamente a la luz de la lámpara. Era un animal gracioso, con el pelo largo, marrón y blanco, los cuernos cortos y rectos, y parecía que sonreía siempre. No olía tanto como las otras. Decidió llamarla Beba.

Los días pasaron y llegó el domingo por la mañana en el que debía ir al lago para encontrarse con Damianu. *Piru* lo despertó, como de costumbre; Giurlà se lavó y se vistió, pero no sabía qué hacer. ¿Tenía que llevar las cabras a pastar o podía dejarlas dentro del redil? Mientras estaba dudando, vio aparecer a Rosa.

—De las cabras me ocupo yo. Tú vete, pero trata de volver como máximo a las cinco de la tarde; si no, yo me voy y el rebaño se queda solo.

—Antes de las cinco estoy aquí. ¿Me recuerdas el camino para llegar al lago?

Rosa se lo recordó, era fácil.

—Llévate un saco vacío.

—¿Para qué?

—Para guardar la comida de la semana.

En el lago, cuando llegó, ya estaba Damianu con tres hombres.

—Estos son cabreros como tú. Giovanni, Mattè y Lovi.

Se dieron la mano. Mattè, el más joven, podía tener unos veinte años.

—¿Cómo se llama este lago? —preguntó Giurlà.

—Lago Villarosa.

—¿Por qué se llama así?

—No sé. Quizá porque, a cierta distancia de aquí, hay un gran pueblo que se llama así.

—¿Hay peces?

—Parece que sí.

—¿Tengo tiempo de darme un baño?

—¿En el lago? —preguntó Damianu, maravillado.

—¡Estate atento, que es hondo! —dijo Mattè.

—¡Y el agua está muy fría! —espetó Lovi.

Pero Giurlà ya estaba en calzoncillos. Entró y, de inmediato, se sumergió. El agua estaba helada y él, nadando, agitó los brazos y las piernas para mantener la sangre en

circulación. En cuanto estuvo a la altura de las plantas, que se movían como si quisieran agarrarlo, empezó a nadar despacio. Y vio el primer pez. ¡Virgen santa, qué grande era! El pez, en cuanto notó su presencia, se detuvo, desconcertado. No estaba acostumbrado al hombre. Giurlà saltó, lo agarró, lo mató mordiéndole la cabeza, volvió a la superficie, tiró el pescado a los pies de los cuatro hombres, que lo miraban fascinados, y volvió a sumergirse. Cuando se marcharon del lago, Giurlà había cogido un pescado por cabeza.

En casa de Damianu, que se encontraba a unos doscientos metros del lago, Giurlà limpió el pescado y lo enharinó, Lovi encendió el fuego y, cuando estuvo bien caliente, Damianu cogió una sartén y le echó bastante aceite.

—Pero yo no los sé freír —dijo.

—Yo sí —espetó Giurlà.

El pescado estaba bueno, por más que a Giurlà, que nunca había comido peces de agua dulce, le pareció un poco soso. Los otros se chuparon los dedos.

Luego Damianu puso en la mesa una garrafa de vino y cinco vasos y comenzó a preguntar a cada uno si había habido novedades con el rebaño.

Solo Lovi dijo que había perdido dos cabras.

—¿Cómo ocurrió?

—Estaban comiendo tranquilamente al borde de un precipicio. De pronto, la tierra se desmoronó y a ellas no les dio tiempo de echarse atrás.

—¿Las recuperaste?

—No. La bajada era demasiado difícil.

Damianu lo miró, abrió la boca como para decir algo, pero no dijo nada. Luego dio a cada uno las provisiones de la semana y también el dinero que le correspondía.

—Tú, quédate —dijo Damianu a Giurlà mientras los demás se despedían y regresaban a sus rebaños.

Giurlà estaba tan contento que casi sentía vértigo. El dinero que tenía en el bolsillo se le subía a la cabeza más que el vino que había bebido. La paga corría de domingo a sábado, siete días, que significaban diez liras y media. ¡Su primer sueldo!

—¿Cómo te has encontrado con las cabras?

—Bien.

—¿Hubo alguna dificultad?

—No, señor.

—¿Te sientes con ánimos para continuar?

—Sí, señor.

—Espera un momento —dijo levantándose y yendo al cuarto de atrás, que debía de ser el dormitorio.

La casa era como un dado cortado en dos y en la parte de delante estaban la mesa, las sillas y una cocina de mampostería con dos hornillos de leña. Damianu volvió trayendo una especie de capa con capucha.

—Cógela, no deja pasar el agua.

—¿Qué debo hacer con el rebaño si llueve fuerte?

—Si llueve fuerte, no las llesves a pastar. Abre el redil y hazlas salir, pero no las dejes coger el sendero. Si tienen hambre, se comen la hierba que tienen alrededor.

—¿Me hace un favor? —preguntó, de pronto, Giurlà.

—Habla.

—¿Me puede guardar el dinero?

—Claro. ¿Tienes miedo de que te lo roben?

—Sí, señor.

Además, ¿de qué le servía el dinero en aquellas montañas perdidas?

En el redil, Rosa estaba acabando de hacer entrar a las cabras en el recinto.

Él fue a la cabaña y comenzó a guardar la comida.

—¿Me puedo lavar un poco con el agua del odre? —preguntó Rosa desde fuera.

—Está bien.

Rosa, delante de la puerta de la cabaña, se desembarazó en un santiamén de la camiseta, se bajó los tirantes del vestido, se quitó el sujetador.

¡Virgen santa, qué tetas más grandes tenía! ¿Y cómo hacían para quedarse tiasas a pesar del peso? Luego se agachó, se levantó la falda y las enaguas, se las enrolló en la cintura y empezó a lavarse entre las piernas. No llevaba bragas. Cuando acabó, entró tal como estaba.

—¿Tienes algo para secarme? —preguntó, sentándose en el jergón.

Giurlà solo encontró su camisa, que había lavado algunos días antes, y se la dio. Rosa se tumbó, apoyándose con un brazo en la caja, y empezó a secarse el pecho. Giurlà no conseguía apartar la vista de sus partes bajas, que, en aquella posición, estaban totalmente a la vista. ¡Cuánto pelo tenía! ¡Más que una cabra!

—¿Por qué me miras así? —preguntó Rosa—. ¿Nunca has visto a una mujer desnuda?

—No.

—¿¡De veras!?! Entonces aprovecha y mírame bien.

Tiró la camisa, se levantó aún más falda y enaguas y se apoyó con los dos brazos en la caja de modo que él pudiera verla mejor. De golpe, mientras se empapaba de sudor, Giurlà sintió que, dentro de los pantalones, se le empalmaban los bajos. Le sucedía desde hacía algunos meses, pero nunca como ahora. Rosa se rió despacio, se levantó a medias, cogió una mano de Giurlà, se la hizo poner sobre el pecho y volvió a tumbarse. Eran duros, pero al tocarlos parecían hechos de terciopelo. De pronto, Rosa le llevó la mano hacia abajo, guió dos de sus dedos dentro de ella. Luego dijo:

—Detente.

Avergonzado, sudando, Giurlà se levantó. Rosa se alzó a medias, le bajó los pantalones, lo tiró encima de ella, lo guió. Cuando acababan de terminar y estaban jadeantes, acostados uno al lado del otro, Rosa dijo:

—¿Qué le pasa a esa cabra?

Giurlà aguzó las orejas. Era verdad. Había una cabra que gemía, desesperada. Quizá se había hecho daño.

—Voy a ver.

Salió, se acercó al redil. Era Beba, que pegaba saltos y daba cornadas al recinto. Giurlà pensó que liberarla no era oportuno, habría ido corriendo a la cabaña y él habría tenido que responder a las preguntas de Rosa.

Volvió pensando que se encontraría a la mujer ya vestida. En cambio, Rosa se había puesto boca abajo, completamente desnuda. Para Giurlà fue como si aún no hubiera follado. Apenas le estuvo encima, ella adoptó la misma posición de cuando estaba con Damianu. Pero, mientras la primera vez había estado en silencio, esta comenzó a gemir. Y a Giurlà le gustó mucho. Hasta el punto de que también él empezó a hacer ah ah en cada embestida.

Cuando Rosa se fue, Giurlà se quedó todavía un rato acostado. No le parecía cierto. En un solo día había conseguido su primer sueldo y su primera mujer. Más tarde, mientras se estaba lavando, se dio cuenta, al pasarse las manos por la cara, de que le estaban saliendo los primeros pelos de la barba, aún tan tiernos que se arrancaban con la punta de los dedos.

Se había convertido en un hombre. Cogió las cosas, salió fuera y comió, apoyado en el palo. Cuando acabó, fue al redil. Beba estaba cerca de la entrada, inmóvil, ni siquiera hacía bee. Le abrió. La cabra salió, pero no fue, como era habitual, a meterse en la cabaña. Se detuvo delante de la puerta. Y tampoco entró cuando Giurlà se desvistió y se acostó.

—¿Qué te ocurre? ¡Ven aquí!

Nada, no se movía. Entonces tuvo una idea. Se levantó, bajó el saco de la comida, se puso un poco de sal en la mano y se sentó sobre la cama, con el brazo tendido. Beba, que estaba mirándolo desde fuera de la puerta, se decidió a entrar, se acercó despacio y empezó a lamerle la sal.

—¿En paz? —le preguntó al fin Giurlà.

—Bee —espetó Beba.

No conseguía conciliar el sueño. El olor de Rosa había impregnado el jergón y, a medida que la manta se calentaba, el olor aumentaba.

Se encontró con que estaba de nuevo empalmado. Entendió que, si quería dormirse, solo había una cosa que podía hacer. Y comenzó a hacerlo, mientras con la otra mano acariciaba, en la oscuridad, el pelo de Beba, acurrucada a su lado.

## SEGUNDO

## Uno

Un domingo después de almorzar, cuando él acababa de volver al redil de la reunión con Damianu, las cabras preñadas comenzaron a parir. Por suerte aún estaba Rosa, que se había quedado a esperarlo para su habitual hora de jodienda, si no seguro que Giurlà habría perdido la cabeza al ver a una decena de cabras echadas en el suelo, quejándose con un lamento corto y repetido.

—Esta mañana dejé a estas cabras preñadas en el redil, no las llevé a pastar; se veía que les faltaba poco para parir —dijo Rosa entrando en el recinto.

Giurlà fue detrás de ella para ver qué hacía. A veces el parto era fácil porque se trataba de animales que ya habían procreado; en cambio, a menudo, para las cabras que era la primera vez, el asunto era más difícil. En tres casos, Rosa tuvo que agacharse y, con las dos manos, ayudar al cabrito a nacer. Apenas fuera, la cría intentaba alzarse sobre las cuatro patas, pero, de súbito, alguna pata no aguantaba, se doblaba y el animal se caía. Enseguida volvía a erguirse y lo intentaba de nuevo, y así una y otra vez hasta que las cuatro patas lo mantenían firme.

Entonces, aunque no siempre, el cabrito que nacía primero se colocaba al lado de la madre para esperar el nacimiento del segundo cabrito y, en cuanto el otro también estaba fuera, se precipitaba a chupar la leche de la madre, que se había puesto en pie. Pero, a veces, el cabrito nacido primero, contento de saberse sostenido por las cuatro patas, intentaba echar a correr y acababa alejándose de la madre. Aquel era un momento delicado, porque si el segundo cabrito se ponía a chupar mientras el primero aún estaba lejos, este último ya no sería reconocido por la madre. Por eso era preciso coger a los cabritos que se habían alejado y devolverlos a sus respectivas madres. En cuanto se pegaban a la teta, ya no había peligro.

—Antes de marcharme —dijo Rosa, a la que se le había hecho tarde y no podía quedarse mucho más tiempo—, ¿me dejas hacer como los cabritos?

—¿Qué quieres hacer?

—Ahora te lo enseño —espetó Rosa, arrodillándose y bajándole los pantalones.

Una tarde de viernes, cuando acababa de entrar a las cabras en el recinto, vio llegar a un hombre a caballo con una escopeta al hombro.

—Buenas tardes —dijo el hombre, llevándose dos dedos al sombrero.

—Buenas tardes —respondió Giurlà.

Era un cincuentón vestido de fustán marrón, chaqueta, chaleco y pantalones. También las botas eran marrones. Tenía la cara afilada como un cuchillo, no tenía ojos, sino dos fisuras. Y no solo eso: al hablar, no miraba a quien tenía delante.

—Me llamo Totò Randazzo —dijo el hombre, apeándose y tendiéndole la mano.

—Yo, Giurlà.

—Soy amigo de Lovi Burruano.

—¿Lo manda él?

—No me manda nadie. Pasaba por aquí.

—¿Quiere un sorbo de vino?

—No, gracias. Solo quería conocerte. Lovi me dijo que eres un muchacho despierto y rápido, que llegas a coger los peces con la mano.

¿Qué quería de él? Aquel hombre no le acababa de gustar.

—¿Cuántas cabras tienes?

—Trescientas.

—¿Has perdido alguna?

—Hasta ahora, no.

—¿Piensas que podría ocurrirte?

—¿Qué?

—Perder alguna.

¿Estaba loco aquel hombre? ¿De qué hablaba?

—Si me ocurre, quiere decir que me tenía que ocurrir.

—¿Y cómo llamas tú a la pérdida de una cabra?

Seguro que estaba loco.

—No sé, una desgracia.

—Puede tener otro nombre.

—¿Cuál?

—Suerte.

¿Bromeaba? ¿Cómo se atrevía a decir que la pérdida de una cabra podía ser una suerte?

El hombre lo miró largamente y en silencio, como si esperase una respuesta que no obtuvo. Entonces le dio la espalda y subió al caballo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Al domingo siguiente, en vez de Rosa, apareció Gemma para cuidar de las cabras.

—¿Y Rosa?

—¿Le habías cogido el gusto a Rosa? Lo siento, pero ya no la verás, tampoco vendrá a ordeñar.

—¿Por qué?

—Porque don Tichino la ha puesto a hacer requesón.

—¿Y quién es don Tichino?

—El que dirige la quesería. Dos veces por semana don Tichino hacía que Rosa le hiciera el requesón en privado, dentro de su habitación. Así que ahora Rosa gana más haciendo requesón para don Tichino todos los días, en público y en privado.

Lo miró maliciosa.

—También tú sabes lo buena que es Rosa haciendo requesón, ¿no? Lo siento por ti, pero yo no lo sé hacer.

Giurlà no le respondió. Pero ¿qué haría ahora sin Rosa? Porque se había dado cuenta de que, cuanto más veía a aquella mujer, más le aumentaban las ganas de verla.

Ahora ya se había convertido en una costumbre que los domingos, cuando se encontraban en el lago, Giurlà cogiera pescados para todos.

Después de acabar de comer y de que Damianu fuera al cuarto de atrás para coger el dinero de la paga, Lovi, que estaba cerca de Giurlà, le dijo en voz baja:

—¿Totò Randazzo te ha venido a ver?

—Sí.

—Piénsatelo bien.

Giurlà lo miró, extrañado. ¿Qué significaba? ¿En qué debía pensar? No tuvo tiempo de pedirle una explicación porque volvió Damianu, quien, al final, le dijo que se quedara un momento.

—¿Hay novedades?

Giurlà se lo pensó. ¿Debía contarle o no la visita que había recibido dos días antes? Decidió que sí.

—Anteayer vino a verme un amigo de Lovi.

De inmediato, Damianu aguzó las orejas.

—¿Cómo se llama?

—Totò Randazzo.

Damianu torció la boca y blasfemó.

—¿Qué ocurre?

—El año pasado —dijo Damianu, en vez de responder a su pregunta—, Lovi perdió cinco cabras. Este año, y tú estabas presente cuando me lo dijo, ya ha perdido dos. Los otros no han perdido ni una. ¿Tú cómo te lo explicas?

—Quizá Lovi no preste la atención que debería.

—Don Sisino me dijo que, también en los tres rebaños de ovejas, hay un pastor que perdió cinco. Y tanto el pastor como Lovi son amigos de Totò Randazzo.

Giurlà seguía sin entender nada.

—Y te digo una última cosa: de las siete cabras muertas entre el año pasado y ahora, no ha sido posible recuperar ni siquiera una.

Giurlà se sentía aturrullado.

—¿Y por qué hay que recuperarlas cuando están muertas?

—Como mínimo, por tres motivos. El primero es que, si ha muerto por enfermedad, se puede tratar de entender de qué enfermedad ha muerto. El segundo es que, si ha muerto por un accidente, uno se la come. El tercero es para demostrar que la cabra está verdaderamente muerta.

Giurlà se quedó estupefacto.

—¿Y qué quiere decir que uno cuente que una cabra está muerta cuando, en cambio, está viva?

—Quiere decir que la cabra ha sido vendida, por decir un nombre, a Totò

Randazzo. ¿Me entiendes, ahora?

Giurlà sintió un sudor frío.

—Y si Randazzo vuelve y me pide que haga el mismo embrollo que hace con Lovi, ¿qué debo responderle? ¿Si le digo que no, es capaz de dispararme!

—Tú dile que sí. Hemos quedado con don Sisino que, si Randazzo pasaba, se ocuparía él. Haz así: si Randazzo te habla claro, tú le dices que estás de acuerdo. Y luego dile a la señora Sunta que me lo refiera a mí.

Giurlà se sintió un poco más tranquilo. Sacó del bolsillo el dinero de la paga y se lo tendió a Damianu.

—Póngamelo con el resto.

Y luego preguntó:

—¿Me puede dar un cucurucho de sal? El que tenía se me cayó al suelo.

Era una mentira, se lo había dado a Beba.

—Si quieres te puedo comprar una bolsa de tres kilos...

—Sí, señor. Y páguelo con el dinero que tiene en depósito.

Llegó cuando Gemma había hecho entrar a las cabras y se estaba yendo. Se saludaron con frialdad, con Gemma no simpatizaban. Dado que no estaba Rosa, fue de inmediato a liberar a Beba. El animal lo siguió al interior de la cabaña. Luego salió fuera con la comida y Beba fue con él. Cada tanto cortaba un trozo de pan para ella. Si lo tiraba al suelo, Beba lo dejaba donde estaba. Tenía que ser él quien se agachara a cogerlo, entonces la cabra abría la boca y se dejaba alimentar. Cuanto más tiempo pasaba, más caprichosa se volvía. Cuando subían para ir al bosque donde pastaba el rebaño, Beba estaba siempre junto a él y no lo abandonaba. Y se quedaba esperándolo cada vez que él se detenía en la cascada para lavarse o para llenar el odre. Se alejaba solo cuando llegaban al llano, pero poco antes del regreso aparecía y se ponía a su lado. Aquella tarde, cuando acababa de acostarse, le entró un enorme deseo de tener a Rosa a mano. Y cuanto más pensaba en ella, más le parecía notar su olor en el jergón. Las ansias lo hacían dar vueltas de un lado a otro. Luego se le ocurrió un remedio: levantó la manta y obligó a Beba a tumbarse con él. Así, con la nariz metida entre su pelaje, ya no sintió el olor de Rosa, sino el de la cabra, y pudo finalmente dormirse.

Totò Randazzo se presentó de nuevo tres días después, el miércoles al anochecer.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Estaba vestido tal como la otra vez.

—¿Sabes de dónde vengo?

—No, señor.

—He recorrido el sendero que haces tú cuando llevas las cabras a pastar.

—¿Por qué?

No respondió, sino que hizo otra pregunta.

—¿Las cabras abrevan en la cascada que está a mitad de camino?

—Sí, señor.

—Al lado de la cascada hay un barranco de al menos cincuenta metros. ¿Ninguna cabra se ha caído nunca por él?

—No, señor.

—Me parece un buen sitio.

—¿Bueno para qué?

—Para decir que se cayeron tres cabras.

—¿Y por qué debería decir eso?

—Para meterte en el bolsillo quince liras, cinco por cabra.

Giurlà sintió que el corazón le latía a más no poder. Damianu estaba en lo cierto. Pero si decía enseguida que sí, quizá el otro sospechara.

—¿Y cómo?

—Tú me das las cabras, le dices a Damianu que se han caído por el barranco y te metes el dinero en el bolsillo.

Se fingió asustado.

—¿Bromea? ¿Y si Damianu lo descubre?

—No te asustes, haz lo que te digo y todo irá bien.

Después de media hora, Giurlà se mostró convencido.

Establecieron que Randazzo iría a buscar las cabras el viernes por la mañana al redil, antes de que los animales fueran a pastar.

Y Giurlà, como había acordado con Damianu, se lo refirió todo a la señora Sunta.

En la noche entre el jueves y el viernes consiguió dormir apenas tres horas.

Estaba demasiado nervioso. Al no saber a qué hora exacta se presentaría Randazzo, no había liberado a Beba; tenía miedo de que este llegara y lo encontrara acostado con la cabra. Y durante toda la noche Beba había armado un jaleo de bee desesperados, de cornadas a la empalizada y de saltos, al no comprender por qué Giurlà no la había querido.

Randazzo llegó al alba, cuando aún había una luz violeta. Antes de nada, dio quince liras a Giurlà, que se las metió al bolsillo.

—Voy a coger las cabras.

—No, las elijo yo.

La primera cabra que señaló fue Beba.

—¡No, esa no!

—Amigo, yo no quiero cabras viejas.

—¡Hay muchas otras jóvenes!

Elegió tres, las ató a una cuerda, se encaminó hacia el caballo, ligó la cuerda a la silla, montó y partió.

Después de media hora, Giurlà hizo salir a las cabras y las llevó a pastar.

Beba estaba ofendida. Estaba cerca de él, pero a algunos pasos de distancia. En la

cascada, estaban esperándolo don Sisino, a caballo, y Damianu con las tres cabras. A Randazzo no se le veía. Quizá le habían dado una buena paliza y habían recuperado a los animales.

Las tres cabras se metieron de inmediato entre sus compañeras.

—¿Dónde está Randazzo?

—Míralo —dijo don Sisino, señalando con la cabeza hacia la cascada—. Pero estate atento, que resbala.

Al fondo del barranco, donde debería haber dicho que se habían caído las cabras, ahora se entreveía, en medio de las piedras y las matas de hierbas silvestres, un caballo muerto patas arriba, y debajo de él, las piernas de un cadáver.

Volvió atrás, desconcertado.

—Randazzo cometió la imprudencia de ir a la cascada a caballo. El animal resbaló y los dos se mataron —dijo don Sisino mirándolo a los ojos.

—Me había dado quince liras —dijo Giurlà, sacándose el dinero del bolsillo y poniéndose de puntillas para dárselo.

Don Sisino se echó hacia delante en el caballo, no para coger los billetes, sino para acariciar el pelo de Giurlà.

—Quédatelos tú. Eres un buen muchacho.

Tiró de las bridas y el caballo comenzó el descenso. Damianu, en cambio, se quedó.

—Si, por casualidad, viene alguien a preguntarte por Randazzo, tú nunca lo has visto ni conocido.

—De acuerdo. Pero Lovi sabe que vino a hablar conmigo.

—No te preocupes por Lovi.

—¿Me puede guardar estas quince liras?

—Está bien. Nos vemos el domingo.

Hubo dos cambios. El primero fue que, al domingo siguiente, en la cita en el lago no estaba Lovi, sino un treintañero flaquísimo que Damianu le presentó como Turiddru.

—Turiddru ocupará el puesto de Lovi.

—¿Y Lovi?

—Se marchó. Dice que esta vida no era para él.

No le creyó. Quizá no lo habían matado, como a Randazzo, pero seguro que, antes de echarlo, le habían hecho ver las estrellas.

El segundo cambio fue que, en lugar de Rosa, fue a ordeñar las vacas una mujer cuarentona, madre de dos hijos, que se llamaba Ernesta, a las que sus compañeras llamaban la maestra, no porque llevara gafas, sino porque era muy instruida.

Sabía una gran cantidad de historias y a veces, mientras estaban ordeñando, contaba alguna a sus compañeras, que la escuchaban arrobadas. A Giurlà le cayó simpática de inmediato. Ernesta contaba cosas pasadas en la antigüedad, de cuando

los dioses podían transformarse y transformar a voluntad a las personas en árboles y animales, y explicaba cómo una guapa joven se convirtió en laurel y cómo otra mujer se convirtió en tarántula.

## Dos

—¿Y los antiguos creían en esas tonterías? —le preguntó una vez Gemma.

—Sin duda, más que nosotros —respondió Ernesta—. Además, ¿quién te dice que son tonterías?

—¡No me hagas reír!

—¿Sabes que hay quien dice que también nosotros éramos animales que nos fuimos transformando lentamente en hombres y mujeres?

—¿De veras? ¿Y qué animales éramos?

—Monos.

Todas se quedaron pasmadas. Y todas tuvieron el mismo pensamiento: mirándolo bien, don Tichino, ¿no era más mono que hombre? ¿Acaso Rosa no decía que, cuando estaba desnudo, era como un mono? ¿Entonces? Quizá ese científico tenía razón y para don Tichino el cambio había sido más lento.

Una tarde Ernesta contó aquella historia de Júpiter, que se transformó en cisne para follar con una guapa mujer llamada Leda.

—¿Con Júpiter, no, y con un cisne, sí? —comentó Gemma.

—¿Y cómo se puso Leda? ¿A cuatro patas? —preguntó Rosalía.

Y todas rieron.

—Los artistas que se han imaginado esta escena siempre la han pintado con Leda tumbada, con las piernas abiertas, y el cisne en medio —respondió Ernesta.

Otra vez contó la de una reina que se llamaba Pasifae, a la cual los hombres no satisfacían, de forma que se hizo montar por un toro y quedó preñada, pariendo una criatura que era mitad hombre y mitad toro.

—Y esa vez tuvo que ponerse a la fuerza a cuatro patas —dijo Gemma.

—Sí —confirmó Ernesta—. Además, se había cubierto con una piel de vaca para que el toro no se diera cuenta del engaño.

—Pero un animal no puede embarazar a una mujer —replicó la señora Sunta.

—Y tampoco nuestros hombres pueden embarazar a los animales —dijo Gemma, riendo—. Si no, ¿sabes cuántos animales mitad cabra y mitad hombre habría?

Y luego, mirando sin vergüenza a Giurlà, continuó:

—Giurlà, si echas demasiado en falta a Rosa, puedes apañártelas con alguna cabra sin miedo a dejarla preñada.

Giurlà se sonrojó y las mujeres se pusieron a reír.

Por la noche, cuando ya estaba acostado, estas historias le volvían a la mente y las repasaba manteniéndose abrazado a Beba, y a cada repaso se detenía en un detalle, en un pormenor de la escena. Al imaginarse a Pasifae a cuatro patas, bajo las potentes embestidas de un toro, la mitad de su sangre se le subía al cerebro y la otra mitad le bajaba a la entrepierna, poniéndole la parte de abajo tan dura que a menudo se tenía

que encoger por el fuerte dolor que le producía. Entonces era inútil apañárselas solo. Al cabo de media hora, el asunto se ponía peor que antes. Y más inútil aún era salir fuera a tomar el aire y a lavarse la cara. Porque era casi finales de abril y las flores estaban exuberantes y aquel olor que se respiraba en el aire producía desvaríos, hacía más efecto que un trago de vino. Se emborrachaba hasta tal punto que, una noche, Giurlà se encontró corriendo desnudo por el llano, gritando a la luna:

—¡Rosa! ¡Rosa!

Y otra noche, para distraerse, al no saber qué hacer, se le ocurrió pasar el tiempo abriendo la caja de Ramunnu y ver qué había dentro. Dos libros, tres cuadernos completamente escritos, un cuaderno sin estrenar, una pluma, un tintero, una carta comenzada y no terminada, cinco bolsitas de sal de tres kilos cada una, un puñal, enseres para coser la ropa, como hilo, botones y alfileres, y un sobre lleno, pero cerrado.

Decidió sacar solo un libro, todo lo demás lo metió dentro y devolvió la caja a su sitio. Cuando se acostó con Beba acurrucada a su lado, empezó a leerlo, abriéndolo al azar. El libro estaba impreso de una manera extraña. La página de la izquierda estaba escrita de un modo que no se entendía una palabra, en cambio, la página de la derecha estaba en italiano. En un primer momento se le hizo muy dificultoso, porque después de la escuela solo había leído cada tanto alguna cosa escrita en los periódicos. Poco a poco, tras casi media hora, consiguió leer algunas líneas que decían así:

Y cuando se abre toda la gracia de la primavera y un  
viento ligero corre oloroso entre las ramas y las hojas,  
los primeros en saludarla son los pájaros con sus cantos...

¡Era verdad! ¡Así hacían los pájaros cuando llegaba la primavera y el aire se volvía perfumado! Hojeó algunas páginas, siguió leyendo:

Si la persona amada está lejos, continúan presentes,  
no obstante, sus imágenes y su nombre tienes  
siempre en los labios.

¡Joder, también eso era verdad!

¿No se había puesto a correr desnudo por el campo, como si se hubiera vuelto loco, llamando a Rosa? ¿Y cuántas veces la veía gimiendo debajo de él? ¿Y la cara que ponía cuando abría las piernas o un momento antes de ponerse boca abajo?

Escondió el libro debajo del jergón, apagó la lámpara, se abrazó a Beba y empezó a acariciarle los pechos, como hacía con Rosa.

Habían pasado dos meses exactos desde que había comenzado a trabajar, cuando

un domingo Damianu le tendió una carta.

—Es de tu padre, me la dio don Sisino y a él se la entregó don Pitirino.

Su padre y su madre no sabían leer ni escribir. María no había ido a la escuela. La carta se la habría escrito algún vecino. Se la metió en un bolsillo.

—¿No la lees?

—Cuando vuelva al redil.

—Léela ahora, quizá necesitan algo a lo que tengas que dar una respuesta rápida y no dentro de una semana.

La carta decía:

Querido hijo:

Nosotros todos bien y tú también. Te escribo porque se me presenta la ocasión de comprar una barca yo solo, pero hay que pagar un adelanto. Don Pitirino hizo un anticipo de tres meses a tu madre, tú mándame todo el dinero que tengas. Te saluda, tu padre.

—¿Usted cuánto dinero mío tiene?

—De momento, noventa y nueve liras, contando también las quince liras que te ganaste aparte.

—¿Me puede adelantar una lira?

—Claro.

—Entonces mande esas cien liras a mi padre.

—Esta misma tarde se las doy a don Sisino. Rehízo la bajada hacia el redil cantando y silbando. Estaba orgulloso de haber mandado el dinero a su padre; esto lo hacía sentirse un verdadero hombre, más que las jodiendas con Rosa.

Aquella tarde, al no tener a quien relatar su alegría, se la contó a Beba, que estaba acurrucada a su lado. Tenía mucho calor y se quitó la manta de encima, quedándose desnudo. Luego se le ocurrió hacer un juegucito con Beba. Cogió un saquito de sal, se tumbó nuevamente y se esparció la sal sobre la cara, el pecho, la tripa, los bajos y las piernas. Beba comenzó a lamerle.

Dos domingos después, recibió otra carta.

Querido hijo:

Al fin me compré la barca, que ahora es solamente nuestra y, por tanto, el pescado es todo nuestro y no hay que compartirlo con nadie. Puesto que dentro de tres semanas vence el pacto con don Pitirino por el trabajo que le haces, yo no lo renovaré, dado que si vuelves puedes trabajar conmigo, que te necesito. Te saluda, tu padre.

Le leyó la carta a Damianu.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. Quizá vuelva.

—Házmelo saber en cuanto lo decidas, así me da tiempo a buscar a algún otro para tu puesto.

Por la tarde, cuando Beba se puso a su lado, le informó de que quizá regresaría a Vigàta.

—Bee.

¿Qué quería decir? ¿Que había entendido?

—Haré esta última semana, y luego puede avisar a don Sisino de que el lunes por la mañana regresaré a casa.

—¿Está decidido?

—Sí, señor.

—Quiero decirte algo. Si cambias de opinión, puedes volver en cualquier momento.

—Gracias.

—Pero debo pedirte un favor.

—Dígame.

—¿Puedes quedarte hasta el miércoles? La persona que ocupará tu puesto no puede venir antes.

—Sí, señor.

—Entonces nos vemos el domingo. Luego, el miércoles por la mañana, te vengo a buscar con el caballo.

Leía a menudo el libro y, cuanto más lo leía, más fácil le resultaba. Una noche, el último sábado que pasaría en el redil, le cayeron bajo los ojos tres líneas:

Pero es mejor dejar correr el recuerdo de la amada, volver a otra parte los pensamientos y buscar un cuerpo cualquiera en el que verter el humor acumulado, ya incontenible.

—Oye esto —le dijo a Beba.

Y le leyó con la voz las tres líneas que había leído con los ojos.

—¿Me quieres ayudar? —le preguntó al fin.

—Bee —espetó Beba.

Entonces cogió la sal y esta vez se la puso solamente en los bajos.

Pero Beba no se movió. Estaba de pie, quieta a su lado, y parecía que lo miraba a los ojos. Entonces él estiró una mano, la agarró por un cuerno y trató de hacerle bajar la cabeza hacia él. Pero Beba se echó hacia atrás.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no te gusta la sal?

—Bee.

La volvió a aferrar por el cuerno. Esta vez Beba la vio y le dio un rápido lametón que lo hizo gemir de placer. Pero inmediatamente después se echó de nuevo hacia atrás y ya no hubo manera de hacerle bajar la cabeza. Entonces, enfadado, se puso de pie, la sal se deslizó sobre el jergón. Cuando Beba lo vio erguido, hizo una cosa extraña: se dio la vuelta, con la cabeza hacia la puerta.

Y comenzó a hacer bee bee, como si lo llamara.

Giurlà bajó del jergón y se le puso detrás. Beba volvió la cabeza y lo miró.

—Bee —dijo.

Entonces él entendió lo que Beba le estaba diciendo que hiciera. Y lo hizo.

Y volvió a hacerlo a la mañana siguiente antes de levantarse. Y luego otras dos veces, cuando por la noche se fueron a acostar. Cuando ella se alejaba para ir a pastar, cada tanto se volvía a mirarlo. Y él no la perdía un momento de vista. ¡Virgen santa, que hermosa era cuando saltaba! ¡Parecía una bailarina! Y las tetitas le temblaban tan ligeras que a él le entraban unas súbitas ganas de correr a besárselas. Y menos mal que Damianu vendría a buscarlo el miércoles por la mañana, así tenía algunas noches más para estar con Beba. Porque enseguida, inmediatamente después de estar la primera vez con ella, había sentido arder en su interior un fuego intenso que no había experimentado ni de lejos con Rosa. Unas ansias que le duraban todo el día y que no se le pasaban nunca, ni siquiera después de estar juntos. Y lo bueno era que no siempre era él quien buscaba a Beba, sino que era Beba la que, apenas entraba en la cabaña, se mostraba dispuesta. Y una noche Beba remató su obra: después de hacer el amor, se levantó sobre las patas traseras y las de delante las apoyó en el pecho de Giurlà. Él la abrazó. Y entonces ella, que tenía la cabeza casi a la altura de la de Giurlà, sacó la lengua y le lamió los labios.

La última noche que pasó en el redil antes de conciliar el sueño pensó que era mejor devolver a Beba al recinto antes de que llegara Damianu, pero ella reaccionó como si hubiera comprendido. Con las patas clavadas en el suelo, no hubo manera de hacerla salir de la cabaña. No se lamentaba, no decía nada, lo miraba con ojos desesperados. Giurlà, llorando, tuvo que ir a coger un trozo de cuerda, atársela al cuello y arrastrarla con todas sus fuerzas hasta el interior del recinto. Sin embargo, una vez que entró, no se calmó y comenzó a hacer el habitual jaleo de saltos y cornadas. Giurlà, tapándose las orejas para no oírla así, se marchó. Fue a la cabaña, se lavó la cara para no dejar ver que había llorado. Damianu, recién llegado, se dio cuenta del malestar de Beba.

—¿Qué tiene esta cabra?

—Nada. Es la que me tiene más cariño y quizá se haya dado cuenta de que me marchó.

Damianu lo dejó en el lago, donde estaba esperándolo don Sisino. Don Sisino lo acompañó a la estación y le regaló dos piezas de queso.

—Vuelve cuando quieras. Eres un buen muchacho. Y aquí siempre habrá sitio para ti, recuérdalo.

Lo más terrible fue el ruido del tren. Ahora se había acostumbrado al enorme silencio de la montaña y aquel estruendo de chatarra le producía dolor de oídos. En la estación de Alagona vendían unas empanadillas de hojaldre. Tenía hambre, compró tres y se las zampó.

En Montelusa cogió el coche de línea para Vigàta. No conocía a nadie de los que viajaban en él. En Vigàta, con el hato a la espalda, entró en el café Castiglione y compró una bandeja de ocho rollitos de requesón, dos por cabeza.

Así podían festejar su vuelta. Además, era el día en que cumplía quince años. Pero cuando llegó a casa se encontró solo a su hermana María, que, al verlo, comenzó a vociferar y le saltó al cuello.

—¡Qué bien que hayas vuelto! ¡Qué bien!

Le pareció que había crecido como si hubieran pasado años.

—Ahora de la casa me ocupo yo —le dijo, orgullosa— porque mamá sale a las siete para ir a casa de don Pitirino y vuelve a las seis de la tarde. Dentro de una hora estará aquí.

Y luego:

—¡Tienes que ver qué barca más bonita se compró papá! Después de un momento, bajando la voz:

—Has vuelto para siempre, ¿verdad?

Lo abrazó con fuerza. De pronto, se puso a reír.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes que apestas a cabra? ¿Por qué no te vas al mar?

Era una buena idea. Se dio un chapuzón interminable.

En tres meses, las cosas en la familia habían cambiado: habían mejorado mucho y se veía, para empezar, por la comida. Ahora, por ejemplo, su hermana María cocinaba carne o salchicha una vez por semana y ya no había necesidad de ahorrar aceite. Y también se podían tener las lámparas encendidas hasta tarde, porque no faltaba petróleo. Al segundo día después de su regreso, su padre lo despertó a las cuatro de la mañana para llevárselo a pescar con la barca nueva. Ahora ya estaba acostumbrado a levantarse a esa hora y no le molestó. Dado que no tenía práctica en el manejo de la red, en cuanto subió a la barca cogió los remos.

Más de tres meses antes, justo cuando faltaban diez días para su partida, Lollo, el compañero de Adelio, había tenido fiebre y no había podido ir a trabajar. Por obligación, Giurlà había debido salir en su puesto. Aquella jornada que pasó remando le había destrozado la espalda: mediado el trabajo, cuando se habían detenido a comer, había pensado que ya no podría continuar y, por la tarde, había vuelto a casa tan cansado y con los huesos tan rotos que ni siquiera podía moverse. Ahora, mediado ese primer día de remar continuamente, aún no sentía ni el más mínimo

cansancio; estaba fresco y lleno de fuerza. Adelio, mientras habían suspendido la pesca para comer, le sonrió:

—El aire de montaña te ha hecho bien, Giurlà, te ha fortificado.

Cuando volvieron a la orilla, Adelio dividió el pescado en dos partes, una para don Pitirino y otra para sí mismo. Ahora en casa podían permitirse comer buen pescado cuando querían. En cambio, si no les apetecía, Adelio lo iba a vender por las calles.

—Acompáñame donde don Pitirino, así le das las gracias y lo saludas.

—Es un placer volver a verte —le dijo don Pitirino, tendiéndole la mano como a un hombre.

Lo miró a los ojos y continuó:

—Don Sisino me refirió que en cierta ocasión demostraste que eres un muchacho que sabe arreglárselas. Bravo.

Giurlà no supo qué responder.

—Cuando quieras volver, la puerta estará siempre abierta para ti.

Apenas estuvieron en la calle, Adelio le preguntó:

—¿Cuál fue esa ocasión de la que hablaba don Pitirino?

Vete a saber por qué, decidió de inmediato que no le contaría el asunto de Randazzo.

—Nada, una tontería. Había dos cabreros que se estaban peleando y yo les obligué a hacer las paces.

## Tres

Por supuesto, el mar abierto tenía su perfume especial, a veces más fuerte, a veces más suave. Un olor a algas y aire salobre que en las primeras horas de la mañana, cuando el sol estaba aún bajo, era tan punzante que hacía hormiguear la nariz. Pero, dale que te dale, era siempre el mismo. Y el color del mar cambiaba, claro, pero variaba siempre entre el celeste del sereno y el gris de la borrasca. En cambio, el campo tenía cien perfumes que se mezclaban el uno con el otro y se convertían en mil, dos mil, la genciana, la menta, el cebollino, el clavel, la salvia, la albahaca... ¿Y los colores? ¡Virgen santa, cuántos colores! Dejemos correr el verde a porrillo y en todos los matices posibles, pero ¿el rojo y el amarillo? ¿Y el azul y el violeta?

—¿En qué piensas, Giurlà?

—En nada, papá.

De pronto, cuando ni siquiera había pasado una semana, Giurlà comenzó a aburrirse del mar. Y no solo eso: el rumor del mar, que antes de partir lo había acompañado en el sueño, ahora le molestaba, lo ponía nervioso, no le dejaba pegar ojo hasta varias horas después de haberse acostado.

Y una noche de estas, cuando después de agitarse en la cama acababa de conciliar el sueño, se le apareció Beba.

Se encontraba en el llano adonde llevaba las cabras a pastar, sentado sobre la piedra habitual, vigilando el rebaño. Los chivos se iban siempre a pastar en la cima de la montaña, a media altura de la cual estaba el bosque. Levantando la vista, veía que los chivos esta vez no estaban y que en su lugar se encontraba Beba. Estaba inmóvil y lo miraba.

Parecía un dibujo, recortada contra el celeste del cielo sin una nube. La impresión fue tan fuerte que se despertó.

Y luego había otra cosa que no aguantaba y que le daba mucha vergüenza. Cuando estaba en el mar con su padre, que era de pocas palabras, la situación era soportable, pero por la tarde, cuando estaban sentados a la mesa para comer, la cháchara de su madre y de su hermana lo aturcía, por momentos le producía dolor de cabeza. Durante tres meses había estado siempre solo comiendo cuando oscurecía y aquel silencio le faltaba. Pero ¿podría decirles a las dos mujeres que se callaran? Habrían pensado que se había vuelto loco. Quizá tendría que tener más paciencia. Seguro que, poco a poco, las viejas costumbres tomarían la delantera. Pero cada noche, sin falta, Beba volvía en sueños, firme, en la cima de la montaña.

La primera vez que se volvió a ver con Pippo y Fofò fue unos diez días después de su regreso. Los domingos Adelio salía a pescar solo de mañana y, por eso, por la

tarde, Giurlà se encontró con sus amigos. Quedaron en verse de nuevo por la noche, a las nueve. Dado que Giurlà tenía el dinero de la última semana que había trabajado, compró una garrafa de vino y se la fueron a beber a la playa.

De inmediato, Pippo y Fofò le confiaron un secreto.

—¡Fofò y yo tenemos una mujer! —espetó Pippo, triunfante.

—¿Y dónde las habéis encontrado?

—Tenemos una entre los dos —precisó Fofò.

—¿La misma? —se asombró Giurlà.

—La misma.

—¿Y cómo hacéis?

—Primero uno y después el otro —aclaró Pippo, riendo.

—Contádmelo mejor.

—¿Te acuerdas de Mela Ragusa? —preguntó Fofò.

No la recordaba.

—Esa veinteañera, rubia pálida, que está con su padre en la última casa de Cannelle, la de después del puente de hierro y que...

De pronto, se acordó.

—¡Pero es una pobre retrasada!

—¿Y qué importa? Lo esencial es que le gusta follar —dijo Pippo.

Y le contó el asunto. Según lo que se murmuraba en el pueblo, el padre de Mela, que se había quedado viudo cuando su hija tenía siete años, desde siempre había cubierto sus necesidades con la pequeña. Pero desde hacía un año había encontrado una amante con la cual pasaba la noche de los domingos.

Y así Pippo, un domingo por la tarde, se había apostado allí y, media hora después de ver a su padre salir de casa, se había armado de valor y había ido a llamar a la puerta. Mela había abierto. Iba vestida solo con un vestido, sin nada debajo.

—¿Qué quieres?

—¿Te lo puedo explicar dentro?

Esperaba que ella, como mínimo, le diera un portazo en la cara. En cambio, se apartó un poco de la puerta y dijo:

—Entra.

La casucha tenía una sola planta: delante el comedor, detrás el dormitorio. Apenas entrar, sin ni siquiera abrir la boca, Pippo la había abrazado y, visto que ella no solo no se alejaba, sino que se le colgaba con todo el cuerpo, le había quitado el vestido, la había tumbado sobre la mesa, había comenzado a hacer adelante y atrás, y la chica no lo había soltado. Al contrario. En un momento dado había empezado a hacer muu muu, como una vaca y, apretando a Pippo, no quería que se acabase. Antes de marcharse, él le había dicho:

—El domingo traigo a un amigo.

La chica lo había mirado con ojos saltones y no había dicho ni sí ni no.

Y así también Fofò había entrado en el juego. Solo que ahora, mientras Mela

estaba en el dormitorio con uno de los dos, el otro esperaba en el comedor.

—¿Y sabes una cosa? —dijo Fofò—. ¡Hace dos meses que vamos a su casa y aún no conoce ni siquiera nuestros nombres, porque nunca nos los ha preguntado!

—¿Y tú cómo andas de mujeres? —le preguntó Pippo.

No tenía intención de contarle a nadie el asunto de Rosa. Miró a sus amigos y se encogió de hombros.

—Durante estos tres meses he visto solo cabras.

—Bien, dicen que los cabreros se lo hacen con las cabras cuando no tienen a nadie —espetó Fofò.

—Tonterías que se cuentan.

—Oye, ¿quieres venir tú también a casa de Mela? —le preguntó, de improviso, Pippo.

Respondió que sí, aunque no tenía muchas ganas. Pero no quería parecer menos que sus amigos.

—Esta tarde se lo preguntamos y, si acepta, el domingo vienes con nosotros.

—Pero hay algo.

—Dilo.

—No puedo volver tarde. A la mañana siguiente tengo que levantarme a las cuatro.

—Eso quiere decir que tú vas primero. Mañana por la tarde te digo si está de acuerdo o no.

A la tarde siguiente, en cuanto hubo acabado de comer, oyó que Pippo le silbaba desde la calle.

—Salgo una hora.

—No vuelvas tarde —le dijo su padre.

Con Pippo estaba también Fofò.

—Mela ha dicho que sí —espetó Pippo.

—Pero ¿siempre dice que sí? —preguntó Giurlà.

—En verdad, no responde ni sí ni no.

—¿Y entonces qué hace?

—Nada. Me ha mirado con los ojos saltones. Por eso, dado que no ha dicho que no, quiere decir que sí.

—Tengo una idea —soltó Fofò.

—¿Cuál?

—Si Mela no dice nunca que no, la cosa se podría volver a nuestro favor.

—¿Más a favor que ahora? —preguntó Giurlà.

—Sí.

—¿Cómo?

—Supón que yo un domingo no voy y en mi puesto mando a otra persona; Mela, sin duda, ni se da cuenta de que no soy yo.

—¿Y qué ganas?

—¿No lo entiendes? Gano que a esta persona le hago pagar para follar con Mela.

—¡Joder! —exclamó Pippo.

—¡Es una idea genial! Nosotros vamos dos veces al mes y dejamos nuestro puesto a otros dos. ¡Yo digo que unas diez liras por persona nos dan seguro! ¡Diez liras como mínimo! ¡O sea, que ganamos veinte por cabeza!

—Y no quiere decir —se animó Fofò— que Mela no pueda seguir trabajando hasta después de medianoche. Total, su padre no regresa antes de las cinco de la mañana.

—Espera, que hago la cuenta —dijo Pippo. Y después de un rato, con los ojos desorbitados, exclamó—: ¿Quieres ver cómo Mela se convierte en nuestra mina de oro?

Giurlà se quedó mudo. No le gustaba el camino que querían tomar sus amigos.

Aquella noche, antes de dormirse, se preguntó por qué nunca tenía ganas de hablar con nadie de los meses pasados fuera. Su madre, en los primeros días después de su regreso, le había preguntado cómo lo había pasado, si había tenido frío, qué le daban de comer, si le pesaba estar siempre solo, también si había visto lobos, y él le había respondido con medias palabras, hasta el punto de que ella, medio ofendida, no le había preguntado nada más. A su padre no había querido contarle el asunto de Randazzo. A sus amigos no había querido decirles que ya había tenido tratos con una mujer. ¿Y por qué no se le había pasado ni por la antecámara del cerebro confiar a Fofò y a Pippo el asunto de Beba? ¿Por vergüenza? No, sin duda, no, entre ellos tenían demasiada confianza. ¿Cuántas veces, desnudos en la playa, se la habían medido y comparado para ver quién la tenía más larga y más gorda? ¿Y Pippo no había hablado de aquella vez que había intentado metérsela a una especie de pez que tenía una forma idéntica a la naturaleza femenina? ¿Y Fofò no había hecho lo mismo con una gallina?

No, no era vergüenza, era discreción.

Esta fue la palabra que asomó a su mente. Discreción. Y le extrañó. Una palabra que le pareció la más justa hacia Beba y, al mismo tiempo, la menos adecuada. En conclusión, comprendió que su existencia se había partido en dos. Pero con una diferencia: que, apenas se había encontrado en la montaña, ya no había pensado en el mar, mientras que ahora no conseguía sacarse de la cabeza los días pasados con las cabras. Y esto quería significar una sola cosa: que aquellos meses de lejanía habían tomado ventaja sobre cualquier otra cosa.

Al domingo siguiente, Pippo y Fofò lo acompañaron a casa de Mela. Y cuando ella fue a abrir con el vestido y sin nada debajo, Pippo dijo:

—Como para ti es la primera vez, te dejamos solo. Regresamos dentro de media hora.

Entró, cerró la puerta y, cuando se dio la vuelta, Mela se había ido al dormitorio. La encontró desnuda al lado de la cama, mirándolo con ojos saltones. Parecía ciega, en su mirada no había ninguna expresión.

Tenía unas grandes tetas que le caían sobre el pecho, el pelo de la entrepierna era tan rubio que a la luz de la lámpara de petróleo parecía blanco. No lo había saludado, no había dicho una palabra. Una especie de muñeca hecha carne que esperaba a ser usada. Si Giurlà había tenido un mínimo de ganas, se le pasó de golpe. Ella lo miraba y no decía nada. Luego, visto que él no se movía, Mela se tumbó encima de la cama, se llevó la mano a la entrepierna y empezó a acariciarse. Giurlà volvió al comedor. Pasada la media hora, oyó tocar a la puerta.

Pensó un momento. ¿Qué les contaría a sus amigos? Pero no le había dado tiempo a levantarse cuando ya Mela, con el vestido puesto, había ido a abrir.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Pippo entrando con Fofò.

—De maravilla —respondió mientras salía.

Aquella noche, como hacía tiempo que le ocurría, Beba se le apareció en sueños. Pero esta vez estaban los dos en la cabaña. Él estaba desnudo, medio doblado encima de ella, y lo estaban haciendo. Sí, porque también Beba respondía a sus ah ah haciendo bee bee en cada embestida y cada tanto se volvía a mirarlo, y tenía los ojos brillantes de amor por él.

No fue más a ver a Mela, a pesar de que Fofò y Pippo lo invitaban cada domingo. Gratis, naturalmente, por amistad. Porque habían hecho lo que Fofò había pensado y a los demás les hacían pagar. Ahora tenían dinero en el bolsillo y siempre querían invitar a Giurlà a algo, un café, un vaso de vino, pero Giurlà se negaba y acabó por verlos menos para no ofenderlos al decir cada vez que no.

El día 10 del mes de agosto, mientras estaban pescando, comunicó a su padre su intención de volver a trabajar para don Pitirino. Adelio no opuso resistencia; haciendo bien las cuentas, Giurlà ganaba más como cabrero. Para que lo ayudasen a pescar, podría llamar a cualquiera pagándole algunos céntimos.

El día 30 del mismo mes, su madre, su padre y su hermana lo acompañaron al coche de línea. Giurlà ya no llevaba un hato, sino una gran maleta.

—¿Vuelves para Navidad? —le preguntó su madre, llorando.

—Sí.

Pero no estaba seguro.

Hizo el mismo recorrido que la primera vez, pero ahora viajaba solo y no se quedó asomado a la ventanilla para ver el mar convertirse en una línea que ya no se distinguía del horizonte y luego desaparecía, cubierta de árboles y tierra. En la estación de Castrogiovanni fue a buscarlo don Sisino, que se mostró, a su manera, contento de volver a verlo. Hombre más taciturno que su padre, le sonrió y le dijo:

—Te veo bien.

Y esto fue todo. No lo llevó a pasar la noche a su casa, sino que lo acompañó directamente al lago. Giurlà se alegró: así podría ver aquella misma tarde a Beba. En cambio, Damianu, que ya estaba esperándolo, le dijo, después de haberlo abrazado:

—Esta noche duermes en mi casa, está demasiado oscuro para caminar. Mañana temprano vas al redil.

—Y mientras, ¿quién se ocupa de las cabras?

—No te preocupes, en el redil está aún Filippo. Luego, mañana, cuando llegues tú, él se marcha.

Se quedó desilusionado. Pero paciencia, ahora ya era cuestión de horas. Comió y se fue a dormir al jergón que Damianu le había preparado en la primera habitación, la de comer, donde los cabreros se reunían los domingos.

Al día siguiente, por la mañana, Damianu cogió dos mulos del establo que estaba detrás de la casa y partieron cuando el sol ya estaba alto, el cabrero delante y él detrás, con la maletaza de través contra su barriga.

No se veía si la jornada era hermosa o no, había demasiada niebla. Pero cuando llegaron al redil, el sol iluminaba cada cosa. Todo le pareció igual a como lo había dejado. Las cabras no estaban, a aquella hora hacía rato que las habían llevado a pastar.

—Me marchó —dijo Damianu—. Después de que acomodes tus cosas, ve a buscar a Filippo, así te entrega el rebaño y puede regresar temprano. Nos vemos el domingo.

Dentro de la cabaña no había cambiado nada. O mejor, había algunas cosas que antes no estaban. En efecto, Filippo había comprado una olla, un tenedor, una cuchara y un plato. Sacó las cosas de la maleta y las puso en su sitio. Por último, extrajo una piedra de sal de cuatro kilos que había cogido del depósito del puerto y la puso en el suelo. Era el regalo que le había traído a Beba, así, cuando entrase en la cabaña, podía darle un buen lametón. Salió fuera, se dio cuenta de que el odre estaba vacío y que al lado había una azada. Parecía que a Filippo le gustaba trabajar la tierra. En efecto, detrás de la cabaña, más allá del círculo de piedras que hacía de hornillo, había un claro que había sido sembrado. Y se veían algunas plantitas de albahaca y muchas otras matas de hierbas que él ni siquiera conocía. Se echó el odre al hombro y tomó la subida hacia el llano. A mitad de camino, se detuvo en la cascada y bebió un poco de agua. Se recreó, se sintió reforzado como si se hubiera bebido un vaso de buen vino. ¿Cómo es que el agua de Vigàta no le producía el mismo efecto? Apenas estuvo en el llano, levantó la vista hacia la cima de la montaña. Estaban pastando los chivos. Beba no, no estaba. ¡Qué tonto eres!, se dijo. Tú la veías de ese modo, erguida en la cima, porque era un sueño, no algo real. Seguro que Beba se encontraba con las demás cabras en el bosque. Se había imaginado que Beba, en cuanto él llegara al llano, habría corrido a su encuentro, contenta como un perro que vuelve a ver después de un tiempo a su amo. Pero no ocurrió.

## Cuatro

En vez de Beba, fue a su encuentro Filippo, un cuarentón bajo y robusto con el cabello pegado a los ojos y dos orejas tan grandes y largas que parecían las de un asno.

—Qué bien que hayas venido aquí —le dijo a Giurlà—. Así me puedo marchar enseguida, tengo un largo camino para volver a casa.

—¿Novedades?

—¿Qué novedades quieres? Por la mañana sale el sol y por la tarde se pone. Oye, cavé un poco de terreno.

—Ya lo vi.

—Sembré perejil, albahaca, zanahorias, espinacas, rabanitos y calabacines. Quiero decir, que te los puedes comer. Si te hace gracia, a mediados de este mes puedes sembrar nabos y habas. Las semillas están en un cucurucho en la cabaña.

—Oye, la olla, los cubiertos y la azada, ¿te los llevas?

—Si tú los quieres, te los dejo. Ya no los necesito.

—Gracias —espetó Giurlà, tendiéndole la mano.

—Antes debo hacer algo —dijo Filippo, encaminándose hacia el bosque.

Giurlà lo vio regresar poco después con una cabra en torno al cuello. De lejos, le pareció que estuviese muerta, porque colgaba por todas partes y Filippo tenía que sostenerla con las dos manos. De pronto, mientras el corazón se le caía al suelo, sin sabérselo explicar, sintió que aquella cabra era Beba, a pesar de que no se le veía la cabeza porque pendía a la espalda de Filippo. Tuvo ganas de ponerse a correr hacia el cabrero, pero no consiguió moverse, paralizado, empapado en un sudor frío.

—Ahora me despido —dijo Filippo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió abrir la boca.

—¿Por qué te llevas esa cabra?

—Ya no sirve, se está muriendo.

—¿Está enferma?

—Damianu dice que no. Solo que ya no quiere comer. Entonces me la llevo y me la como yo.

—¿Le dijiste a Damianu que te la llevabas tú?

—No.

—Entonces no te la llevas. Es una cabra del rebaño. Si falta, tendré que rendir cuentas a Damianu. Déjala en el suelo.

Debió de haberlo dicho en un tono tan firme y resuelto que Filippo, después de pensarse un momento si era oportuno armar bronca o no, decidió obedecer.

—Está bien, está bien, no te enfades. Oye, si no me dejas llevarme la cabra, ¿me das algo por el huerto, la azada y la olla?

Giurlà le dio tres liras, más de lo que valían los objetos, pero deseaba que aquel

tipo se quitara de en medio lo antes posible, cosa que Filippo hizo en cuanto tuvo el dinero.

Beba estaba tumbada en el suelo de costado, tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad, el aliento se le quedaba a medias. ¡Virgen santa, cómo había enflaquecido! Le miró el pelo, la nariz, la tripa, le abrió la boca. No tenía signos de enfermedad, seguro que no comía porque ya no tenía ganas de comer. Con los ojos llenos de lágrimas, se echó en el suelo también él boca abajo y comenzó a hablarle al oído:

—Aquí estoy, Beba. ¿Me reconoces? Soy yo, Giurlà. He vuelto, ¿me oyes? ¡Beba, por Dios, abre los ojos! ¡Beba!

Pero ella no lo oía.

Volvió al redil una hora antes de lo habitual, cargando a Beba a su espalda, aunque haciéndolo de manera que la cabeza no le colgara. Dejó el odre en la cascada, pero no se detuvo a llenarlo, no quería perder tiempo. Hizo entrar al rebaño en la empalizada, corrió a la cabaña, acostó a Beba sobre el jergón y la cubrió con la manta. Luego salió, subió hasta la cascada, llenó el odre y volvió a la cabaña. Se vertió un poco de agua en la mano y la pasó en torno a la boca de Beba y luego repitió el gesto otras dos veces.

—¡No me hagas esto, Beba! ¡Ahora he vuelto y ya no me iré!

Tuvo que dejarla porque las mujeres acababan de llegar. La tropa no había cambiado y todas lo abrazaron, contentas de que hubiera vuelto.

—Rosa me dijo que te saludara —exclamó Tanina.

—¿Cómo está?

—Como una papisa. Se deja ver cada día en la quesería, pero ya no trabaja haciendo requesón —dijo Gemma.

—¿Por qué?

—Porque don Tichino se la ha metido en casa. Ahora hace de patrona. Ella, como está preñada de dos meses, le hizo creer que él era el padre. Y ese cornudo reblandecido se lo ha creído.

—También me dijo que te avisara de que quizá mañana o pasado vendrá a verte —espetó Tanina.

Y Gemma, maliciosa, dijo:

El camino ya recorrido no es nuevo,  
pero volver a hacerlo da aún más placer.

—¡Basta! ¡Vamos a trabajar! —dijo Giurlà, imperativo.

Finalmente, las mujeres se fueron y él pudo regresar a la cabaña.

Encendió la luz. La respiración de Beba había mejorado, ya no jadeaba.

Nuevamente le mojó el hocico, luego cogió un puñado de sal y se lo esparció sobre la boca. Salió fuera y fue al huertecillo. Había una plantita olorosa que las cabras se peleaban por comer, aunque no sabía cómo se llamaba; la cortó y volvió a entrar. Beba estaba haciendo algo que hizo que renacieran sus esperanzas. Lentamente, como si tuviera un enorme cansancio, se lamía la sal de la boca. Se quedó quieto, temiendo que cualquier movimiento pudiera perturbarla. Cuando ella terminó, él posó despacio la hierba al lado del jergón, cogió su comida y fue a sentarse fuera, con la espalda apoyada en el palo.

Comenzó a pensar que al día siguiente no llevaría a Beba con las demás cabras, no podía caminar. No le quedaría más remedio que dejarla en la cabaña. Pero no tenía puerta. Y si entraba algún animal grande, Beba no estaba en condiciones de defenderse. Recordó que cerca del huertecillo había un montón de ramas, lo había hecho Filippo para tener a mano leña para quemar. Cuando terminó de comer, volvió a la cabaña. Beba estaba quieta, aún con los ojos cerrados. Se sentó en el jergón, a su lado, cogió la planta olorosa y se la puso bajo la nariz.

—¡Mira qué te he traído! ¡Cómetela!

La nariz de Beba, después de un rato, vibró ligeramente. ¡Había notado el olor! Luego Beba abrió la boca y Giurlà comprendió que debía alimentarla, como se hace con los niños y con los enfermos. Consiguió hacérsela comer entera, una brizna por vez. Luego cogió hilo, cuerda y luces y salió fuera para fabricar la puerta con las ramas y las dos pieles de cabra. Trabajó toda la noche.

Tres días después, Beba consiguió ponerse de pie. Giurlà la llevó al huertecillo y la dejó comerse todas las hierbas que quiso.

Ella se solazó. Al día siguiente, Giurlà la hizo ir a pastar con el rebaño. Beba, durante todo el camino, estuvo tan pegada a él que, a menudo, le impedía el paso. Cuando llegaron, Beba se quedó comiendo la hierba y las flores del llano, no fue al bosque con las demás.

El sol de aquella mañana le recordó el sol de Vigàta. Las jornadas septembrinas por aquellos lares no eran las mismas que a la orilla del mar. En septiembre en Vigàta se hacían los mejores baños, porque el agua no estaba tan caliente que después no te quedaban fuerzas de dar un paso ni el sol era tan fuerte que, apenas te secabas, te achicharrabas. En resumen, mientras que en Vigàta el mes de septiembre era el fin del verano, aquí era el principio del otoño. Pero aquella mañana le pareció estar en la playa de Vigàta. Y sintió unas ganas enormes de darse un baño. Decidió ponerse bajo la cascada; total, de las cabras ya se ocuparía *Piru*. Apenas se levantó de la piedra, Beba alzó la cabeza para mirarlo, alarmada.

—Enseguida vuelvo —le dijo.

En cuanto llegó a la cascada, se desnudó y se metió en el agua.

Estaba tan fría que cortaba el aliento, pero después de un rato uno se acostumbraba. Hacía cinco minutos que estaba así, con los ojos cerrados, cuando algo

le rozó la piel, descendiendo del pecho a los bajos. ¡Seguro que era una serpiente! Pegó un salto hacia atrás, resbaló, cayó boca arriba. Había abierto los ojos, pero tuvo que cerrarlos de inmediato porque, en aquella posición, la fuerza del agua le habría hecho saltar las órbitas de los ojos. Pero el instante en que miró había sido suficiente para hacerlo caer en un espanto nunca experimentado. Lo que lo había rozado no era una serpiente, sino un animal grande, una gran masa confusa. Y de pronto, esa masa le cayó encima, lo aplastó bajo su peso. Se sintió perdido. Abrió la boca para pedir ayuda, pero el agua lo ahogaba por momentos. Y luego comprendió que se encontraba debajo de un cuerpo de mujer: reconoció la forma de las tetas contra su pecho, sintió la ternura y la dulzura de los brazos que lo rodeaban, la delicada fuerza de los muslos que estrechaban los suyos. Se rebeló, trató de quitársela de encima, pero lo había inmovilizado. Tenía que hacer a la fuerza lo que ella quería. Sí, estaba inmovilizado, como una vez había visto hacer a una serpiente con una cabra. Había comenzado a oír una cabra que, desde dentro del bosque, daba voces desesperadas. Debía de haberle ocurrido algo, estaba claro que se encontraba en dificultades. Se había levantado, había corrido al bosque guiado por su voz y la había encontrado. Se había imaginado cualquier cosa, menos lo que vio. La cabra estaba tumbada en el suelo, de costado. Una enorme serpiente se había enrollado en torno a sus patas, haciéndola caer e impidiéndole cualquier movimiento. Y ahora estaba con la boca pegada a una de las tetas y chupaba la leche. Por un momento se había quedado mirando, asombrado; luego, con el cayado, le había pegado un gran golpe a la serpiente que, de inmediato, había soltado a la presa y había corrido hacia las matas. La cabra, que solo estaba asustada, se había levantado y había seguido comiendo.

—No podía perderme esta ocasión —exclamó Rosa, riendo y abrazándolo después de que habían vuelto a verse—. Apenas te reconocí, no perdí el tiempo, me desvestí y me metí en el agua.

Giurlà no dijo nada y se liberó de su abrazo.

—¡Venga! ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿No te gusta?

—No.

—¿Por qué?

—No me gusta así, a traición.

—¿Ah, sí? ¿Vosotros los hombres podéis cogernos a traición y nosotras las mujeres, no?

—¿A qué has venido?

—A lo que hemos hecho.

—Está bien, entonces, dado que has tenido lo que querías, me despido.

—Mira, pequeño, ¡no te hagas el inocente! —exclamó Rosa, picada.

—¡No tenía la intención de hacerlo! —rebató Giurlà.

—Pero una parte tuya tenía la intención, ¡vaya si la tenía!

—¡Qué tiene que ver, es la naturaleza!

Rosa le dio la espalda y empezó a irse. Él esperó a que la mujer desapareciera, luego se desvistió de nuevo y volvió a lavarse. No quería que Beba pudiera sentir el olor de Rosa en su piel.

Tres noches después sintió un gran deseo de Beba. Ella estaba de pie al lado del jergón y él extendió una mano, le alisó el pelo y después empezó a acariciarle despacio las tetas. No era porque tuviera ganas de Rosa o de cualquier otra mujer, no, la quería precisamente a ella, era ella la que le faltaba, la que lo ponía ansioso. Pero Beba no se movió. Parecía que aún no estaba preparada, no había recuperado por completo su salud. Había que tener paciencia y esperar.

El último domingo de septiembre, fue como de costumbre al lago y luego, con los demás, a casa de Damianu. Comieron y bebieron, Damianu les pagó la semana y después se quedó solo con Giurlà.

—Estate atento, que ahora comienza la época del apareamiento.

—¿Qué debo hacer?

—No te impresiones si los chivos empiezan a luchar a cornadas.

—¿Se hacen sangre?

—No, pero con los cuernos se dan grandes cornadas, o se ponen cuerno contra cuerno y hacen fuerza hasta que el más débil comienza a ir para atrás. Pero a veces luchan por una hembra. En ese caso son más peligrosos.

—¿Por qué?

—Porque si intentas separarlos, puede que los dos te den cornadas a ti. Pero si te parece que existe el peligro de que se hagan daño y es necesario que los separes, recuerda que no debes acercarte demasiado; debes tener siempre a mano un cayado largo y usarlo. Pégalos con fuerza, en caso contrario ni te notan.

Llegó el otoño de verdad.

En Vigàta la estación se mostraba tal cual era solo porque cielo y mar se confundían en una única grisura que encogía el corazón y, a menudo, el lebeche empujaba el mar hasta comerse la playa, dejando en cada bocado una especie de baba amarillenta. Aquí, en cambio, el otoño hacía cambiar los colores, el verde cedía el paso al amarillo y al marrón, los tallos de las plantas comenzaban a encorvarse, las hojas se desprendían de las ramas, y también cambiaban los olores, se hacían más intensos, como si en la cercanía del final quisieran estampar su recuerdo en la cabeza del hombre. El bosque, por ejemplo, bañado por las primeras aguas del cielo, ahora soltaba un olor más punzante y resinoso. Parecía un verdadero perfume, por momentos igual al que desprendían las señoras que iban a la iglesia los domingos. Pero mientras en Vigàta el cambio, como máximo, te hacía ponerte una chaqueta, aquí tenías que abrigarte bien, incluso con alguna piel de cabra, porque el otoño de

aquí correspondía al invierno más duro de Vigàta.

A principios de noviembre parecía que las cabras comenzasen a volverse locas. Cuando Giurlà las llevaba a pastar, veía que ninguna entraba en el bosque, sino que se quedaban en el llano, a la vista. Giurlà las miraba, encantado. Ya no hacían el habitual beeee apagado, sino que emitían un be..., be..., be corto y continuo, como si pidieran algo a toda prisa. Las colas se movían continuamente, temblaban como por las tercianas. Algunas, en cambio, abarquillaban las orejas. También era posible que dos o tres se pusieran a correr en círculos, con *Piru*, que iba tras ellas ladrando, desesperado. En resumen, durante algunos días Giurlà se pasó más tiempo de pie persiguiendo a las cabras que sentado en la piedra. Pero lo que verdaderamente le extrañó fue el comportamiento de los chivos. Para empezar, no subieron a la montaña, como hacían siempre, sino que se pusieron en grupo cerca del rebaño. Giurlà había notado que, desde hacía algunos días, habían empezado a apestar tanto que, cuando se encontraba a sotavento, le entraban ganas de vomitar. Pasaban la mitad del tiempo dándose cornadas. Luego, un día, se pusieron en medio del rebaño y comenzaron a mear. ¡Virgen santa, menudo olor se expandió por el aire! Después se revolcaron sobre el terreno mojado por su líquido y corrían a diestro y siniestro detrás de cada cabra, que empezaba también ella a mear, colocándose de modo que el chorro femenino les diese en la cabeza.

Por la tarde, de vuelta en el redil, gastó toda el agua del odre en lavar a Beba, que también se había puesto a hacer lo que hacían las demás cabras. En un primer momento, se había quedado bastante desconcertado y desilusionado. Al verla meando sobre la cabeza de un chivo y cuánto placer experimentaba, se había sentido asqueado y traicionado. Luego había pensado que Beba no hacía más que seguir su naturaleza. ¿Acaso él mismo no había respondido así a Rosa? Pero cuando se acabó el agua, Beba aún apestaba. Entonces cogió la lámpara y empezó a subir hacia la cascada, seguido por el animal. Tuvo que obligarla, cogiéndola por los cuernos, a meterse debajo del agua. Para no mojarse la ropa, se había desnudado. Luego la hizo salir y la secó con una camisa vieja. Por último, llenó el odre. Pero ya habían emprendido el descenso para volver al redil cuando Beba se le puso delante, sin que hubiera manera de hacerla caminar. Entonces comprendió lo que quería Beba de él.

También al día siguiente por la mañana, apenas llegaron al llano, las cabras hicieron como el día anterior, no entraron en el bosque. Los chivos no se pusieron a darse cornadas, sino que se metieron dentro del rebaño, apestando a la vieja y a la nueva mugre incrustada en su pelaje. Pero esta vez comenzaron a montar a las hembras.

## Cinco

Aquella mañana Beba se había quedado a su lado, a pesar de que aún estaba nerviosa. A veces, como obedeciendo a una llamada silenciosa, empezaba a correr hacia el rebaño, donde los chivos continuaban con su obra, y se veía claramente que también ella tenía ganas de ser montada, pero luego se detenía y volvía atrás. De pronto, Giurlà se dio cuenta de que dos chivos habían comenzado a darse cornadas, no para demostrar su fuerza, sino porque verdaderamente tenían intención de hacerse daño. Seguro que se debía a una cabra que estaba mirándolos y ponía cara de decir: acabad pronto con la lucha, porque a mí solo me interesa ser montada y no me importa cuál de vosotros dos lo haga. Recordando lo que le había aconsejado Damianu, corrió hacia ellos con el cayado en alto y asestó dos grandes golpes sobre el lomo de los chivos. Pero ellos continuaron. Entonces agarró el cayado con las dos manos y lo abatió con todas sus fuerzas sobre uno de los dos. Esta vez el golpe surtió efecto. Un chivo se echó atrás. El otro aprovechó enseguida para atacarlo de nuevo, pero lo detuvo un gran golpe de Giurlà. El chivo que se había ido primero no perdió más tiempo y montó a la cabra. El segundo chivo fue a buscarse una cabra disponible. Giurlà se dio la vuelta para regresar a su piedra y se quedó él mismo de piedra ante la escena que vio. Beba estaba pegando saltos y dando voces desesperadas para liberarse de un chivo que intentaba montarla, puesto encima de ella con las dos patas delanteras y procurando mantenerla quieta con el peso de su cuerpo. Cada vez que Beba conseguía moverse hacia delante, el chivo no aflojaba y estiraba de ella hacia atrás. Gritando como un loco, Giurlà atravesó el denso rebaño y, cuando tuvo a tiro al chivo, le dio un bastonazo como para romperle el lomo. El animal se olvidó por un momento de Beba, que se escapó lejos, y luego, de improviso, saltó hacia delante y le dio una potente cornada en el estómago. El golpe lo dejó sin aliento y tuvo que encogerse de dolor. El chivo se lanzó nuevamente contra él como una bala de cañón, lo cogió en pleno pecho, lo levantó en el aire y lo tiró al suelo. Esperaba otro golpe que, sin embargo, no llegó. ¿Adonde había ido el animal? Estaba sin aliento, se apoyó sobre un brazo para mirar. El chivo iba corriendo hacia Beba, que permanecía quieta y asustada.

El animal sabía que la cabra ahora le correspondía a él, dado que había abatido al adversario. En un santiamén, Giurlà se puso de pie y empezó a correr detrás del chivo. Había sacado el cuchillo y lo tenía abierto en la mano. Llegó cuando el chivo ya había puesto las dos patas delanteras sobre Beba. Dio un gran salto sobre el lomo del animal, bajó el brazo, la posición del macho le era favorable, le clavó el cuchillo en la tripa y, tirando el arma hacia arriba, se la abrió. Beba, sintiendo que se aflojaba la presa, escapó de nuevo. El chivo se arrodilló despacio mientras las entrañas comenzaban a salirle de la herida. Giurlà, de pie, lo observó morir. Luego se oyó un gran silencio. Todo el rebaño estaba quieto y lo miraba a él y al chivo muerto. Por un

momento, pensó que los demás chivos lo atacarían para vengar la muerte de su compañero. En cambio, después de un rato, la monta continuó. Solo que, durante todo el día, ningún chivo volvió a acercarse a Beba. Habían entendido que le pertenecía.

—Perdí un chivo —le dijo a Damianu cuando los otros cabreros se fueron.

—¿Cómo ocurrió?

—Estaba en la cascada, la emprendió a cornadas con otro chivo, resbaló y se cayó por el barranco.

Como se cayó Randazzo, le dieron ganas de decir, pero se quedó con la boca cerrada.

—¿Has conseguido recuperarlo?

—Sí, señor. Lo he descuartizado para sacarle las entrañas y lo tengo colgado de un árbol. Cuando usted suba, se lo muestro.

—No es necesario, entiérralo. Oye, don Sisino ha decidido que este año el rebaño baje el 5 de diciembre.

—¿Y adonde va?

—Al otro lado del lago, a los rediles cubiertos. En invierno hace mucho frío.

—¿Y las cabras qué comen?

—Heno y salvado, después te lo explico todo.

—¿Hasta cuándo se quedan en el redil cubierto?

—Hasta el primero de marzo, si el tiempo es bueno; si no, si aún hace frío, es preciso esperar a que las cabras paran.

Volvió pensativo por la novedad que le había contado Damianu. ¿Podría seguir llevándose a Beba al lugar donde iría a vivir? ¿Estaría solo o en compañía? Era cierto que no conseguiría compartir habitación, o lo que fuera, con otra persona. Y sin Beba no resistiría demasiado. La única posibilidad era esperar y ver cómo iban las cosas una vez en el sitio. Pero, entretanto, la idea de que en breve todo cambiaría lo amargó.

El día antes de bajar al lago con el rebaño, hizo la maleta con todas sus cosas. El redil quedaría abandonado durante meses y meses, y quizá algún vagabundo entrara en la cabaña y se llevara lo que encontrase. En ese lugar había estado a gusto y le contrariaba dejarlo. Damianu se presentó con las primeras luces sobre una mula, llevando detrás otra para Giurlà. Partieron, a la cabeza Damianu, después venía el rebaño con *Piru*, por último Giurlà. Beba, en cambio, se había mezclado con sus compañeras. Giurlà había notado que, cuando había en las inmediaciones personas extrañas, se mantenía alejada de él. Al arribar al lago, Damianu dijo que aún quedaba una hora de marcha. Rodearon el lago hasta que llegaron a un camino que no se veía dónde terminaba. Luego, tras una curva, Giurlà vio las construcciones. Desde lejos, contó tres, dos grandes y una pequeña.

Entonces acercó su mula a la de Damianu.

—La construcción de la izquierda es el redil —le explicó el cabrero—. La que está pegada es donde se guarda el heno y la más pequeña es la casa.

—¿Estaré solo?

—¿Por qué? ¿Hasta ahora no te las has apañado solo?

Se alegró. La situación era la misma que en la montaña, solo que aquí todo estaba hecho de mampostería. No habría problemas para seguir estando con Beba.

El redil tenía una pared de dos metros de alto que formaba un enorme rectángulo. Un techo lo cubría por completo y estaba apoyado sobre unos palos de un metro de altura que salían de la pared, de modo que el aire podía circular sin problemas. La entrada del redil era una ancha cancela de madera. La construcción de al lado era más alta que el redil, una especie de torre tan llena de fardos de heno que aturdió. También había una treintena de sacos que no entendió qué contenían. Cerca de la puerta, había un carro sin bueyes con los varales al aire. Su casa estaba constituida por una sola habitación. Pero tenía una puerta de verdad y una ventana. Dentro había un jergón limpio, una mesa con la habitual lámpara de carretero de petróleo encima, dos sillas, un hornillo con la leña ya lista, apilada en el suelo, y todo lo que necesitaba para cocinar y comer colgado de la pared. ¡Hasta había media botella de aceite! Entre dos rincones, un alambre servía para colgar camisas y pantalones. Fuera, al lado de la puerta, justo debajo de un tubo que sobresalía del techo, había una jarra llena de agua para lavarse.

Era agua del cielo, en aquella zona debía de llover a menudo.

Mientras comían, Damianu le explicó lo que tenía que hacer.

—Cada mañana, antes de nada, sacas a las cabras. Luego coges cinco fardos de heno y los llevas al redil con el carro.

—¿Y el carro quién lo tira?

—Tú. Cuando estés dentro, deshaces los fardos y esparces el heno por el suelo con el horcón. Luego haces entrar al rebaño. Cada mañana debes hacer lo mismo. En torno a la pared, dentro del redil, hay diez tinas vacías de zinc. Cada sábado por la mañana, en vez del heno, coges dos sacos de cascabillo del depósito.

—¿Y qué es el cascabillo?

—Espera, cómo se llama, ah, sí, cascarilla. La repartes en las diez tinas, las llenas de agua y las revuelves con un trozo de madera. Eso es el salvado.

—¿El agua de dónde la saco?

—Detrás del redil hay un pozo de agua amarga.

—Pero ¿cuándo beben las cabras?

—Cada dos días, hacia las cuatro de la tarde, las llevas al lago.

—¿Las mujeres cuándo vienen a ordeñar?

—Antes de que oscurezca, como de costumbre. Ah, te quería decir que, desde hoy y mientras estés aquí, la paga cambia. En vez de una lira y media, dos liras.

—¿Por qué?

—Porque aquí trabajas más.

Visto y considerando cómo se habían puesto las cosas, ya no era necesario que Beba estuviera todo el día en el redil con el rebaño. La llevó a su casa y cada mañana le daba el heno, apoyándolo en el muro de fuera si no llovía, o poniéndolo sobre el pavimento si caía agua. Total, Beba no dejaba ni una brizna. El salvado, en cambio, se lo preparaba en un viejo cubo que había encontrado en las cercanías del pozo. La puerta la tenía siempre abierta, así ella podía estar dentro o fuera a placer. Cada tanto le daba un puñado de sal: en la torre del heno había dos sacos.

En Navidad, mandó a decir a su familia con don Sisino que tenía demasiado que hacer y que no podía regresar algunos días, como habría querido.

Era mitad verdadero y mitad falso. Damianu le había dicho que, si quería volver durante una semana al pueblo, habrían tenido dificultades para encontrar a otra persona y él había respondido que se quedaría. Pero a su padre le mandó toda la paga, no faltaba ni un céntimo.

Una tarde, cuando eran los últimos días de febrero y las mujeres se estaban marchando, la señora Sunta vio a Beba cerca de la casa. Se le acercó y la miró.

—¿Cómo es que esta cabra no está preñada?

—¿Y usted cómo hace para saber que no está preñada?

—De la monta a la parición pasan ciento cuarenta días. Han pasado ciento treinta y esta ni siquiera tiene las tetas hinchadas, no tiene leche. Señal de que no está preñada. Y una cabra que no pare ni tiene leche no sirve para nada.

Quizá lo mejor era contarle de la misa la mitad.

—Me hace compañía.

—Ah —espetó la señora Sunta, mirándolo largamente.

Después sacudió la cabeza, le dio la espalda y se marchó con las demás mujeres.

# TERCERO

## Uno

Uno no se da cuenta de cómo pasa el tiempo. Y qué es, ¿un relámpago? ¿La llamarada de una escopeta? Tan pronto eres tan pequeño que no puedes tenerte en pie, como estás hecho todo un hombre. Quizá porque haciendo siempre lo mismo, mañana y tarde, sin equivocarse nunca, un día se confunde tanto con el anterior y con el de después que tres días te parecen uno solo. Así, de pronto, Giurlà se encontró con que tenía dieciocho años, y solo porque un domingo por la mañana Damianu le tendió una postal que le había dado don Sisino, al cual se la había entregado don Pitrino, que la había recibido de su padre. La leyó, dado que ahora, a fuerza de leer y releer el libro de Lucrecio hallado en la caja, había cogido confianza con la lectura y la escritura, y entendió que lo llamaban para la visita de reclutamiento. Debía presentarse el viernes de la siguiente semana, a las ocho de la mañana, en la capitanía de Vigàta.

—Y después de la visita, ¿qué me sucederá? —preguntó a Damianu.

—Que si los doctores te consideran apto, vas a hacer de marinero; en caso contrario, no vas.

—Pero yo no quiero hacer de soldado, ni de mar ni de tierra, ¡no me presento!

—Entonces te envían a los carabineros y te arrestan, te llevan a la cárcel y te mandan igualmente a hacer de soldado.

—En ese caso, cuando vengan los carabineros, no dejes que me encuentren.

—¡Espera, antes de decir y hacer tonterías! ¿Sabes algo? Don Sisino no quiere perderte.

—¿Y qué puede hacer por mí?

—Dijo que hoy mismo iba a hablar con el marqués de Santa Brígida.

Giurlà no había oído nombrar nunca a este marqués. Damianu lo comprendió por su cara y se lo explicó.

—El marqués es el dueño de todo, de los rebaños, del bosque, del lago, de toda la tierra donde tenemos ovejas, cabras y vacas.

—¿Y don Pitrino?

—Don Pitrino tiene una parte, pero administra todo por cuenta del marqués.

—¿Dónde vive?

—En Castrogiovanni, en su palacio.

Cuando regresaba al redil, tenía el corazón tan encogido que le parecía que se había vuelto pequeño como un hueso de níspero. No era tanto porque no quisiera hacer de soldado, sino porque su partida, sin duda, significaría la muerte segura de Beba. Esta, o se dejaba morir de hambre, como ya había intentado hacer, o la habrían sacrificado, puesto que no paría ni daba leche. Y él, de todos modos, ¿habría conseguido estar más de un año lejos de ella? Tenía la certeza de que no, no habría podido. Y tenía la prueba. En todo este tiempo había vuelto a Vigàta solo dos veces y

las dos veces se había quedado tres días. Al segundo ya comenzaba a sentirse ansioso por la falta de Beba.

Al día siguiente, lunes, tras llevar al rebaño a pastar al llano, vio llegar a Damianu.

—Me manda don Sisino. Dice que mañana por la mañana, después de que hayas traído aquí el rebaño, te vistas bien y bajas al lago. Te espera don Sisino. El marqués le dijo que, antes de recomendarte, quiere conocerte.

Le entró miedo. Le asustó el pensamiento de tener que hablar con un marqués. ¿Entendería algo de lo que le decía el marqués con su habla de la nobleza? Intentó encontrar una excusa.

—¿Y quién cuidará de esto?

—Te dará tiempo de volver por la tarde.

Pasó una noche intranquila, abrazado a Beba:

—¿Tú qué dices? ¿El marqués conseguirá no hacerme soldado?

Nunca había visto un palacio tan descomunal como el del marqués.

Daba miedo solo con entrar. Había habitación están grandes que tenían eco, como cuando uno se ponía a dar voces desde la cima de la montaña donde llevaba a pastar a las cabras.

—Pero ¿cuánta gente vive aquí?

—Él solo. Su mujer, la marquesa, murió hace muchos años.

—¿Y nadie más?!

—En verano viene su hija, que estudia en Suiza.

¿Pero no se perdía ahí dentro una sola persona?

Un tipo todo vestido de oro reluciente hizo que lo siguieran. Subieron escalinatas de mármol, pasaron a través de salones que, en ocasiones, eran tan grandes como el redil donde estaban las cabras, todos llenos de cuadros y de estatuas.

—¿Es el marqués? —preguntó Giurlà, en voz baja.

—Es un criado.

¡Joder! Si un miserable criado se vestía de oro, ¿de qué se vestía el marqués? Por otra parte, te volvieras hacia donde te volvieras, todo era de oro, los espejos, los sillones, los divanes y los muebles. El criado tocó a una puerta con dibujos de oro y una voz dijo:

—¡Adelante!

Entraron. El corazón de Giurlà corría como un tren. El marqués era un cincuentón vestido normalmente, de oro solo llevaba las gafas. Era enjuto, alto y rubión, con una barbita de cabra. Estaba de pie junto a una gran ventana y miraba una mariposa muerta con una lupa. Toda la habitación estaba llena de cuadros colgados de las paredes, pero en estos cuadros había mariposas a montones. Pero lo que extrañó a Giurlà fue una fotografía de tamaño natural de una joven guapa como el sol que

estaba enmarcada sobre una base de madera, junto al escritorio del marqués. El cual, volviéndose, vio a Giurlà, fascinado.

—Es mi hija Anita a los dieciséis años. Ahora tiene dieciocho.

Miró largamente a Giurlà, que, bajo aquella mirada, comenzó a sentir que sudaba. Luego el marqués se decidió a hablarle.

—Me dicen que no quieres hacer de soldado, ¿es verdad?

¡Menos mal! Hablaba italiano, pero se entendía.

—Es verdad.

—¿Por qué no quieres hacerlo? Mira que es una buena ocasión para conocer gente distinta, países nuevos.

—No me interesan.

—¿Y qué te interesa?

—Lo que hago.

—¿Te gusta estar con las cabras?

—Sí, señor.

—¿Y cómo pasas el tiempo? ¿Al menos sabes leer?

—Sí, señor.

—¿Y qué lees?

—Estoy leyendo a uno que se llama Lucrecio.

El marqués se extrañó.

—¿Lees a Lucrecio en latín?!

—No, señor, en italiano.

No debió de creerle, porque le preguntó:

—¿Recuerdas algún verso?

Giurlà atacó:

Es preciso saber que no debe temerse a la muerte porque quien no existe no puede ser infeliz...

—Es suficiente —dijo el marqués.

Y volvió a mirarlo. Después exclamó:

—¡Vaya problema!

—¿Por qué, excelencia? —preguntó don Sisino.

—¿No lo ves tú mismo? Es un mocetón alto, guapo, robusto y lleno de vida. Será difícil que no lo declaren apto. De todos modos, lo intentaré. Don Pitirino tiene todos los datos y yo le he dicho con quién debe ir a hablar en mi nombre. De todos modos, tú, jovencito, preséntate con puntualidad a la visita. Haz todo lo que te digan y esperemos que todo salga bien.

Volvió a la ventana para mirar la mariposa. Don Sisino propinó un ligero empujón a Giurlà, señal de que debían marcharse.

—Beso sus manos, excelencia —espetaron a coro, saliendo de la habitación.

Más de cincuenta muchachos como él, todos en fila, completamente desnudos, con un folio de papel en la mano que les habían dado a la entrada y en el cual estaban escritos su nombre y apellido, fecha de nacimiento y dirección. Con esa hoja, todos se tapaban las vergüenzas. Se les pesaba, se les medía de altura y pecho, luego un médico los visitaba. Todo lo que resultaba lo escribían en el papel que, al final, un marinero entregaba a uno de los tres oficiales de marina que estaban sentados detrás de una mesa. Cuando llegó su turno, el médico con bata blanca, después de haberlo visitado, le dijo:

—Camina hasta el fondo de la habitación y luego vuelve.

Giurlà lo hizo, el médico escribió algo y pasó a otro. Cuando Giurlà fue llamado a la mesa, el oficial que estaba en medio dijo:

—¡Lástima! Habrías sido un buen marinero. Por desgracia, no eres apto. Tienes los pies planos.

¿Qué eran esos pies planos? Desde luego que no debía de ser una enfermedad grave, dado que él se sentía bien. Pero, en todo caso, le importaba un pimiento, lo principal era que el marqués lo había conseguido.

Los suyos habían cambiado de casa, habían alquilado una más grande, ahora se lo podían permitir. Dos dormitorios, el más pequeño para María, y un comedor. Para él dispusieron una cama provisional precisamente en el comedor, señal de que ahora su padre y su madre ya no lo consideraban estable en la familia. El último de los tres días que estuvo en Vigàta, por la tarde, mientras estaban comiendo, su padre le dijo:

—¿Sabes lo de Pippo y Fofò?

—No. ¿Quién me lo podría haber contado?

—Están en chirona.

—¿Por qué?

—Violencia carnal continuada y explotación de la prostitución, así dice la condena. Habían cogido a una pobre muchacha, medio retrasada, y no solo se estaban aprovechando de ella, sino que la vendían a quien la quería.

Sabía que acabarían así.

Un domingo por la mañana, bajando al lago, en vez de encontrarse a Damianu se encontró a don Sisino.

—Anteayer —explicó don Sisino a Giurlà y a los otros cabreros— la mula de Damianu tropezó y él se cayó al suelo. En la caída, primero se golpeó fuerte la cabeza contra una piedra y se la rompió, luego resbaló veinte metros por un barranco. Lo han llevado al hospital de Castrogiovanni. Provisionalmente, ocuparé su puesto.

Los cabreros no abrieron la boca, ni para lamentarse por la desgracia. Era sabido que ante don Sisino solo se estaba para escuchar en silencio lo que decía, y basta.

—¿Y ahora cómo está? —preguntó, en cambio, Giurlà, que sentía afecto por Damianu.

—Los doctores tienen esperanzas. Y ahora vamos a casa de Damianu, que os

pagaré la semana y os daré la comida.

Damianu murió dos días después.

Cuando se enteró por la señora Sunta, Giurlà pasó la noche abrazado a Beba y cada tanto le asomaban las lágrimas. En el fondo, era el primer amigo que perdía.

Al domingo siguiente, don Sisino, después de haber dado la paga a todos, le dijo a Giurlà que se quedara. Le ofreció un vaso de vino y se sirvió otro para él.

Bebieron en silencio. Giurlà tenía curiosidad por saber qué quería don Sisino de él, pero no le tocaba a él tomar la palabra.

—Hablé con el marqués y con don Pitirino y están de acuerdo conmigo —dijo, de pronto, el guardia.

—¿En qué?

—Tú ocuparás el puesto de Damianu.

Giurlà se sintió azorado. Había oído claro, pero aun así pensaba que no había entendido bien.

—¿Qué dice?

—Dije que, de ahora en adelante, tú ocuparás el puesto de Damianu.

No podía creerlo. No podía ser verdad, don Sisino estaba bromeando. Y le entró la duda de si, en caso de ser cierto, él sería capaz de hacerlo.

—¡Pero los demás cabreros son todos mayores que yo!

—¿Y qué importancia tiene? Tú eres el más inteligente de todos y sabes cómo hacerte valer. Sabes leer y escribir. Te manejas bien con los números. En tu lugar, vuelve Filippo. Tú vienes a vivir aquí. Cada día vas a visitar uno de los cuatro rebaños, los sábados vienes a mi casa en Castrogiovanni y yo te doy la paga y la comida para todos. Tu paga será de cuatro liras diarias.

¿Y Beba? ¿Tendría que abandonarla? No, ni aunque le pagaran cien liras al día. Lo mejor era decirle a don Sisino una media verdad.

—A mí me gusta estar con las cabras —espetó, resuelto.

Don Sisino replicó de inmediato.

—Si te gusta la leche fresca, te coges dos o tres cabras y te las traes aquí. El martes por la mañana, apenas llegue Filippo, tú bajas al lago y yo te acompaño para ver los otros tres rebaños.

Al volver, hizo la subida casi corriendo. Quería contarle enseguida la buena nueva a Beba.

El martes por la mañana don Sisino lo acompañó a caballo al rebaño de Turiddru, cuatrocientas cincuenta cabras a dos horas de camino en un sitio llamado montes Capra, a seiscientos cincuenta metros de altura.

—Giurlà ocupará el puesto de Damianu.

—Enhorabuena —exclamó Turiddru.

Después de comer lo llevó, en cambio, al rebaño de Giovanni, a más de una hora

de camino, doscientas cabras, a media altura de una montaña de setecientos cincuenta metros llamada Dainu.

—Giurlà ocupará el puesto de Damianu.

—Felicitaciones —exclamó Giuvanni.

Por la tarde, muerto de cansancio, fue a dormir por primera vez en la casa que había sido de Damianu. A pesar de tener los huesos destrozados, sintió la falta de Beba. ¿Qué haría? Sin duda, Filippo la habría metido en el redil. ¿Y ella habría entendido que volvería pronto?

Al día siguiente fueron al último rebaño, el de Mattè, doscientas cuarenta cabras, a una hora y media de camino, situadas en un llano a cuatrocientos metros de altura sobre una aldea llamada Villapriolo.

—Giurlà ocupará el puesto de Damianu.

Mattè abrió los brazos y no dijo nada.

Aquella misma tarde subió con la mula al redil, cogió sus cosas y el libro de Lucrecio, lo metió todo en la maleta y esperó a que volviera el rebaño. Enseguida vio a Beba y se le pasó la ansiedad.

Fue a cogerla, sujetándola por un cuerno.

—Esta me la llevo conmigo.

—Está bien —dijo Filippo sin pedir explicaciones, dado que ahora Giurlà se había convertido en su jefe. Lo había sabido por las mujeres que venían a ordeñar.

Giurlà partió con la maleta contra la barriga y con Beba caminando detrás.

—Aquí estaremos muy bien —le dijo apenas entraron en la casa de Damianu, agachándose para abrazarle el cuello. Ella giró la cabeza y le lamió la cara. Detrás de la casa había un establo donde estaban una mula y un caballo, un almacén con sacos de cascarilla y de harina, barriles de higos secos, aceitunas y sardinas saladas, estantes de madera con piezas de queso y muchas otras cosas de comer, y luego también un horno enorme, un pozo y un gran huerto. Cada sábado por la mañana llegaba doña Mariana, amasaba la harina, calentaba el horno y hacía el pan fresco de la semana para Giurlà y los otros cabreros. Pero, cuando llegaba la hora de comer, Giurlà no se quedaba en la casa: salía fuera con el pan y el condumio en una mano, y en la otra, el cubo con el salvado para Beba, y se iba a sentar en el suelo con la espalda apoyada contra un árbol. ¡Beba se ponía a su lado y los dos comían juntos bajo el cielo estrellado! ¡El aire fresco que entraba en la boca entre un mordisco y otro era el mejor condimento de toda la creación!

Cuando él iba a los rediles, solía coger la mula. Se sentía más seguro porque el caballo era un animal muy nervioso que se asustaba por nada. Era capaz de hacerle acabar como Damianu. Una tarde, de regreso, bajó de la mula, que corrió de inmediato, sola, al establo, y notó que Beba no había venido a su encuentro, como era costumbre. En la casa no estaba. Se preocupó y se puso a buscarla por el campo, la

llamó largamente, cada vez más asustado y afanoso, pero no obtuvo respuesta. Dado que ya oscurecía, volvió a casa para coger una lámpara y continuar la búsqueda. Pero recordó que no había desensillado a la mula y entró en el establo. Beba estaba allí dentro y se divertía jugando con el caballo. Saltaba a su alrededor y, cada tanto, le daba alguna cornada; el caballo respondía con una ligera hocihada. Giurlà se alegró. Beba, cuando él no estuviera, tendría buena compañía.

## Dos

Una tarde del primer día de julio, que era un viernes, mientras volvía a la casa, tras coger una curva a media altura detrás de la cual se veía todo el lago, se dio cuenta de que en la orilla había tres carros de los cuales varios hombres descargaban cosas que no comprendió de qué se trataba.

Él tenía que ocuparse solo de las cabras, era el supervisor de los rebaños y, por eso, no era su deber ir a ver qué hacía aquella gente; acaso el asunto correspondía a don Sisino, el guardia. Pero tal vez don Sisino no sabía nada. De pronto, le vino a la cabeza que en aquel lago abrevaba un rebaño y que si esos hombres hacían algo que enturbiara el agua la cosa le concernía directamente. Por eso, tras saludar a Beba y dejar la mula, bajó a pie hacia el lago. Los hombres estaban descargando de dos carros palos de madera y grandes trozos de tela verde y amarilla. Sobre el tercer carro había, en cambio, un bote elegante, de madera clara, tan pequeño que parecía de juguete.

Un hombre alto y enjuto daba órdenes, y a Giurlà le pareció que ya lo había visto antes.

Estaba a punto de abrir la boca para pedirle explicaciones de todo aquel trajín, pero el otro habló antes:

—¿Usted es Giurlà?

—Sí.

—Esto es para usted —dijo el hombre, tendiéndole un sobre. Fue entonces cuando Giurlà lo reconoció. Era el criado totalmente vestido de oro al que había tomado por el marqués. Abrió el sobre, sacó la hoja:

Querido amigo:

Mi hija ha vuelto de Suiza, donde se ha acostumbrado a pasar el verano en los lagos. Le agradan los sitios solitarios y, por tanto, el lago de Pergusa está excluido por la presencia de demasiados campesinos y cazadores. El lago de Villarosa me parece el más adecuado, dado que durante la estación estival no sirve ni siquiera como abrevadero para las cabras. Don Sisino me ha dicho que es tradición que los cabreros se encuentren en el lago los domingos por la mañana. Haz de manera que esto ya no ocurra durante todo el período estival. Ponte a la completa disposición de mi hija en caso de necesidad.

No había ni la firma.

—Está bien —dijo.

Se dio la vuelta y regresó a su casa.

Al día siguiente, cuando fue a buscar el dinero y la comida, don Sisino le explicó

mejor el asunto.

—Desde el lunes que viene, todos los días, incluidos los domingos, la marquesita Anita, hacia las diez de la mañana, se presentará en el lago.

—¿Cómo llegará?

—En un carruaje. Pero el carruaje se marchará de inmediato y volverá a buscarla hacia las seis de la tarde.

—¿Y se quedará sola?

—No, con la criada.

—Y para comer, ¿qué harán?

—Lo traerán todo consigo. Estate atento, Giurlà, que el marqués me dijo que su hija es un poco maniática.

—¿Con qué?

—Cuando se mete en el agua no quiere que nadie la vea. Si no, armará un follón. Tú no te dejes ver. Pero si te llaman, corre.

Cuando el domingo llegaron los cabreros, Giurlà les explicó que durante todo el verano debían ir directamente a su casa, sin pasar por el lago, donde ya todo estaba dispuesto para la llegada de la marquesita. En la orilla había una gran tienda circular y otra más pequeña. Las dos tenían una especie de puerta de tela que se cerraba y abría con una hilera de cinco grandes botones. La barquita, sin remos, estaba justo en la ribera, bastaba un empujón para hacerla bajar al agua. Esa misma tarde, cuando acababa de salir para comer, vio que Beba pegaba un salto hacia delante y cogía con los dientes algo que estaba entre la hierba, en el lugar donde él se sentaba bajo el árbol. Beba levantó la cabeza, sujetando aún en la boca lo que había mordido, y Giurlà comprendió que se trataba de una víbora. Era la segunda o tercera que veía, pero siempre en el lugar donde llevaba las cabras a pastar. Esto significaba que las había también por aquella zona. Se agachó, cogió la víbora ya muerta y la tiró lejos.

Cuando terminó de comer, tuvo una idea. Dudó un poco, pero luego se decidió. Entró en la casa, arrancó una hoja de un cuaderno, cogió el lápiz y escribió:

Mirad bien cuando entráis en las tiendas si hay víboras.

Lo releyó, no le sonaba bien, seguro que había algún error gramatical. No quería hacer un papelón con Anita. Cogió el libro de Lucrecio y se puso a mirarlo. Cada vez que encontraba las palabras correctas, las escribía aparte.

La nueva nota, escrita en noche cerrada, quedó así:

Mirad bien cuando entréis en las tiendas porque hay víboras.

Bajó al lago, metió la nota entre dos botones y se fue a dormir.

Al día siguiente, por la tarde, encontró colgada con un alfiler en la puerta de su casa la misma hoja que había empleado. En la cara blanca ahora estaba escrito: «Gracias».

Una semana después encontró otra hojita:

¿Puedo llevarme conmigo a su bella y simpática cabrita cuando voy en barca?

Al principio, le dieron ganas de decir que no. No sabía cómo se habría tomado Beba la cosa, nunca había estado en una barca sobre el agua, quizá le daba miedo. Pero reflexionó que no habría podido excusarse, no se podía negar un placer a la hija del marqués, que podía tomárselo a mal. Además, estaba seguro de que Anita estaría atenta a Beba. Por eso dio vuelta a la hoja, escribió «Sí» y fue a dejarla donde había puesto la primera.

Cuando a la tarde siguiente abrazó a Beba, sintió que su pelo tenía una fragancia extraña. ¿Qué era? La olió centímetro a centímetro para entenderlo. Y, de pronto, se dio cuenta. Solo podía ser el perfume de Anita; se ve que había mantenido estrechada a Beba mucho tiempo.

Fue precisamente este perfume que cada noche sentía en Beba el que le hizo entrar una enorme curiosidad por ver cómo era en persona la hija del marqués, dado que solo la había visto una vez en una fotografía. ¿Qué mal había? La miraría de lejos.

Un día se levantó a las cuatro de la mañana, fue al rebaño de Giovanni, que era el más cercano y volvió cuando eran las nueve. El carruaje aún no había llegado. Beba lo miró extrañada, no estaba acostumbrada a verlo a esa hora de la mañana.

—Bee.

—Nada, nada. Quédate aquí.

Pero cuando Giurlà empezó a bajar hacia el lago, ella comenzó a seguirlo. No, no podía estar con él, lo descubrirían. Su intención era ocultarse detrás de alguna mata de hierba silvestre y ver a Anita cuando llegase. Pero tenía que librarse de Beba como fuera. Entonces se dirigió al establo y le dijo:

—Quédate aquí y juega con el caballo.

—Bee.

¿Estaba de acuerdo o no? En cuanto Giurlà salió, ella hizo lo mismo. No estaba de acuerdo. ¿Por qué no quería jugar? ¿Acaso había comprendido sus intenciones y estaba celosa?

—Te dije que jugaras con el caballo.

—Bee.

Había dicho que no. En efecto, se quedó quieta, mirándolo.

Entonces se acercó para cogerla por un cuerno, pero ella, que estaba atenta a cualquier mínimo movimiento suyo, primero pegó un salto hacia atrás y luego se alejó unos pasos.

—¡Ven aquí!

—Bee.

Y no se movió. Tendría que recurrir al engaño, no había otro camino. Giurlà le dio la espalda y fingió marcharse, pero cuando oyó que Beba estaba detrás de él, se volvió de golpe para cogerla. Ella fue más rápida, se asustó y comenzó a correr, perseguida por Giurlà. No hubo manera de agarrarla. En un momento dado, sin aliento, tuvo que sentarse en el suelo. Desde allí vio que el carruaje había llegado. Seguro que ahora la criada iría a recoger a Beba. No quería dejarse ver.

Corrió a la casa y cerró la puerta. Al cabo de un rato, oyó que una persona caminaba cerca, iba al establo y daba la vuelta a la casa, y luego aún a una mujer que gritaba:

—¡No encuentro a la cabra! ¡No está!

Desde el lago, llegó otra voz femenina, de una joven:

—Tranquila. Olvídalo.

Dejó pasar un poco de tiempo, luego abrió despacio la puerta. Lo primero que vio fue a Beba, que lo miraba. Le pareció que sonreía, burlándose de él.

—Está bien, ganas tú, no bajo al lago —dijo.

Beba se acercó y le lamió una mano.

—¿En paz?

—Bee.

Aquella noche Beba volvió a tener su olor de siempre. Y Giurlà no sabía si debía disgustarse por ello o no.

El último día de julio, que era un miércoles, estaba yendo del rebaño de Turiddru al de Giuvanni, eran casi las diez de la mañana, cuando el tiempo, que era bueno y cálido, de pronto, en un santiamén, cambió y se puso malo. El cielo, un momento antes claro, sereno y limpio, se cubrió a traición de nubes bajas, pesadas y negras, parecía que hubiera caído la oscuridad de la noche, y se levantó un viento frío y furioso, tan fuerte que doblaba las ramas de los árboles. Tres años antes había habido un temporal así, un domingo que él estaba en el lago con Damianu y los otros cabreros, y había visto que las aguas se agitaban peligrosamente, pero no como ocurría con el mar: aquí toda la superficie del lago era atravesada por corrientes que venían de direcciones contrarias y chocaban con fuerza. De inmediato pensó en Anita en la barquita con Beba y entonces espoleó a la mula para que se pusiera a correr como una desesperada, aunque el animal estaba un poco asustado por lo que estaba ocurriendo. Cuando, tres cuartos de hora después, llegó a la curva desde la que se veía el lago, se le encogió el corazón. La barquita bailaba, vacía, en medio de las

aguas enfurecidas. De un momento a otro, se hundiría. La tienda ya no estaba, el viento se la había llevado vete a saber dónde. Ahora la tempestad arreciaba, llovía fuerte, los relámpagos deslumbraban, los truenos eran cañonazos y el viento contrarrestaba la carrera de la mula, era como la invisible mano de un gigante que la empujase hacia atrás; en cualquier caso, la mula lo consiguió. Él se bajó delante de la puerta del establo para correr al lago, pero se quedó paralizado. Dentro estaban Anita, Beba y una mujer cuarentona, las tres empapadas y despavoridas.

La única que habló fue Beba.

—Bee.

Giurlà tomó una decisión rápida.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Fue al almacén, agarró tres hules, se precipitó en la casa, cogió todas sus camisas, envolviéndolas en los hules para que no se mojaran, y volvió al establo. Le dio todo a la cuarentona:

—Secaos con estas camisas limpias. Luego cubríos con los hules y venid a casa.

Encendió la chimenea, vació media botella de vino dentro de una olla, le añadió un puñado de especia de clavo y una corteza de naranja, y lo puso a calentar sobre el fuego.

—¡Qué bien huele! —exclamó Anita, entrando después de un rato y quitándose el hule.

Detrás de ella, venían Beba y la cuarentona. Las dos mujeres cogieron las sillas y se sentaron junto a la chimenea para secarse las ropas.

Giurlà vertió el vino cocido en dos vasos.

—¡Qué bueno! —exclamó Anita después de haber saboreado el primer trago—. Me calienta.

Beba se había pegado a las piernas de Giurlà y, en cuanto él daba un paso, ella también lo hacía.

—¿Puedo beber más? —preguntó Anita, tendiendo el vaso.

—Cuidado que vuestra merced se emborrachará —dijo la criada.

Anita se ríe. Su risa era idéntica a las monedas de plata que caían al suelo. Después de media hora, cuando el temporal estaba amainando, llegó un carruaje enviado por don Sisino.

—Gracias por todo —dijo Anita, levantándose y encaminándose hacia fuera.

Mirándola de espaldas, Giurlà se dio cuenta de que tenía una ligera cojera. ¿Se había hecho daño o era así de nacimiento?

Aquella fue la única vez que la miró durante todo el tiempo que estuvieron en casa. Antes no lo había hecho, bien porque le asustaba encontrarse con sus ojos, bien porque estaba seguro de que, si lo hacía, Beba lo habría corneado.

La tarde del día siguiente encontró que la tienda pequeña ya había sido arreglada

y puesta en pie, y que todo estaba en su sitio, también la barquita, que debía de ser más resistente de lo que parecía. Y la noche del día siguiente, mientras abrazaba a Beba, sintió de nuevo el olor de Anita.

El primer domingo de agosto, antes de que llegara Anita, bajó al lago y se echó al agua para pescar con la mano. Tampoco ahora, que tenía diecinueve años, había perdido la habilidad de la niñez. Lo había hecho otras veces, a los cabreros les gustaban los peces del lago. Pasada media hora se puso a nadar para regresar a la orilla, con cinco grandes pescados metidos en la red que llevaba colgada al cuello, y precisamente cuando estaba a medio camino se dio cuenta de que estaba llegando el carruaje. Se vio perdido. No podía salir del agua, llevaba unos calzoncillos ligeros que, cuando estaban mojados, no solo se volvían transparentes, sino que se le pegaban tanto que las vergüenzas parecían desnudas. No, aun a costa de morir ahogado no iría a la orilla mientras Anita estuviera a la vista. Se quedó de tal modo que asomaba solo la cabeza, esperando que ella la tomara por un trozo de madera. ¿Qué le había dicho don Sisino? Que nadie debía verla cuando se bañaba. Si Anita se percataba de su presencia, se lo contaba a su padre y este se lo decía a don Sisino, sin duda perdería el trabajo. Del carruaje bajó primero la criada, luego Anita. El cochero posó en el suelo, cerca de la tienda grande, una cesta que debía de contener la comida, saludó con una inclinación y se llevó el carruaje. La criada entró en la tienda, pero Anita se quedó fuera. Vio que miraba hacia su casa y, en efecto, Beba bajaba corriendo. Cuando la tuvo al lado, Anita se agachó para acariciarla, pero Beba continuó su carrera. Se detuvo cuando el agua le llegaba a la mitad de las patas.

—Bee —espetó, mirando hacia Giurlà.

—Pero ¿adonde quieres ir? ¿Qué pasa? —preguntó Anita.

Se puso una mano a modo de visera sobre los ojos para protegerlos del sol, miró y lo vio. Le hizo hola hola con la mano y entró en la tienda, cerrándola.

Nadando con todas sus fuerzas, en un abrir y cerrar de ojos Giurlà tocó la orilla y corrió hacia la casa.

Esa misma tarde estaba acompañando a la puerta a los cabreros cuando vio que Anita subía hacia la casa, con Beba detrás.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué quería de él? Sobre la mesa aún estaban los platos con las raspas de pescado, los vasos sucios de vino, trozos de pan, un asco. Afanándose, todo sudado, logró llevarlo todo a la otra habitación, pero no le dio tiempo de sacar de la chimenea la sartén con un pescado frito dentro. Ella entró, sonriendo. Y Giurlà, esta vez, se vio obligado a mirarla a la cara. Era tan bella que, por un momento, se quedó sin aliento.

—Perdóneme —dijo ella—, pero su cabrita, de repente, ha empezado a cojear. Se la he traído porque no quisiera que, caminando así, se hiciera más daño. ¿Cómo la llama?

—¿A quién? —preguntó Giurlà, con los ojos vidriosos.

—A ella —dijo Anita, señalando con la cabeza hacia Beba.

—Beba.

Era verdad. Beba tenía algo que la hacía cojear en la pata izquierda delantera. Giurlà ahora sabía que la zona más delicada de la cabra era la parte interna de la pezuña, que, al ser blanda, a menudo era pinchada por las espinas. En efecto, agachándose y manteniendo la pata entre sus manos, notó de inmediato que una gran espina le había entrado dentro. La cogió por la punta, que asomaba un poco, y la sacó con el pulgar y el índice. Inmediatamente después, Beba se alejó de él con las orejas hacia atrás; se veía que estaba nerviosa, seguro que por la presencia de Anita en su casa.

## Tres

La tal Anita, también ella cojeando, entretanto se había acercado a la chimenea y miraba el pescado frito en la sartén.

—Pero ¿quién le ha dado este pescado?

Giurlà, antes de responder, tragó. Tenía la garganta seca.

—Nadie. Lo pesqué yo.

—¿Dónde?

—En el lago.

—¿Hay peces?

—Sí, señora.

—¿Y cómo los pesca? ¿Con sedal?

—No, señora. Con las manos.

—¡¿Con las manos?!  
Estaba asombrada. Lo miraba con los ojos verdes, que eran dos lagos, desorbitados. No podía creerlo.

—Me gustaría verle pescar. Si mañana vengo un poco antes... —dijo Anita.

—Como quiera vuestra merced.

Era la patrona, no podía discutir; eso quería decir que no iría a ver ningún rebaño.

—¿Y luego me invita a comer con Sidonia?

Le salió del alma, no pudo contenerse.

—¡Sería un placer!

Se arrepintió de inmediato.

—Pero no tengo mantel...

—No se preocupe, lo traeremos nosotras. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ven, Beba —dijo.

Y salió, diciéndole adiós con la mano. La cornada de Beba fue tan imprevista como letal. Cogido de lleno en los cojones, cayó al suelo por el tremendo dolor.

—Bee —espetó ella, saliendo detrás de Anita.

Pasó una noche de perros. Ni pensar en ponerse para pescar los calzoncillos ligeros, aunque el problema era el mismo si se ponía unos gruesos de lana.

¿Podía dejarse ver en calzoncillos por Anita? ¿Una joven? ¿Una joven marquesa? ¿Una joven marquesa hija de su patrón? Aparte de que, marquesa o no, de todos modos, le daba vergüenza presentarse en calzoncillos. Era mejor ir a pescar antes de que ella llegara. Pero Anita había sido clara: quería verlo mientras pescaba. ¿Cómo hacía para salir de aquella maldita situación? La solución al problema se le ocurrió hacia las tres de la mañana. Se levantó, cogió un par de pantalones de verano y los cortó con el cuchillo hasta la mitad de la pierna. Se los probó: le quedaban bastante

anchos, no le molestarían al moverse. Pero inmediatamente después tuvo otra preocupación. Nunca había comido pescado con el tenedor, siempre con la mano. También el que había quedado en la sartén se lo había zampado así. Si lo hubiera pensado antes, habría podido hacer una prueba con el tenedor. Lo mejor era ver cómo se manejaba Anita y luego copiar lo que hacía ella. Pero lo mejor de todo quizá era esperar que se desencadenara otro temporal y así no tener problemas.

El carruaje llegó a las nueve. En cuanto lo vio, Beba comenzó a correr hacia el lago. Giurlà, en cambio, esperó media hora y luego bajó también él. Delante de la tienda grande, Anita estaba recostada sobre una toalla y Beba estaba de pie, a su lado. La joven llevaba un albornoz ligero, color cielo, debajo se entreveía un traje de baño a rayas azules y blancas que solo le dejaba al descubierto los brazos y la mitad de las piernas. En la cabeza llevaba un gorro celeste de encaje y en los pies, un par de extraños zapatos, hechos de tela azul y sin tacón.

—¿Vamos? —preguntó, levantándose en cuanto vio aparecer a Giurlà. Incluso con los pantalones Giurlà se sentía incómodo delante de ella.

—Sí, señora.

—Hagamos así. Usted comienza a nadar y yo le sigo con la barca.

—Está bien.

Entró en el agua, dio algunas brazadas y luego se volvió para ver en qué punto estaba Anita, la cual ya se había subido a la barquita, pero tenía un problema. Beba también quería embarcarse, mientras que la intención de Anita era dejarla en tierra. Así que Anita la alejaba con el remo, y la cabra, inmediatamente después, volvía a avanzar. Después de cinco minutos adelante y atrás, Anita se cansó y la dejó subir. Al llegar a un cierto sitio, Giurlà se detuvo. Sabía que en aquel lugar había más peces que en otras partes. Esperó a que la barquita llegara a su lado y se sumergió. Debía de estar emocionado, porque enseguida comprendió que iba a poder resistir menos de lo habitual. En efecto, tras agarrar el primer pez, tuvo que subir a toda prisa. Un momento antes de sacar la cabeza, vio a pocos centímetros de su cara la de Anita, que se asomaba de la barca para mirarlo y le sonreía.

—¿Está cansado?

—No, vuestra merced.

Beba, en cambio, que se había vuelto hacia la parte contraria, se quedó así, ni siquiera se dignó a mirarlo.

Había limpiado la habitación a primera hora de la mañana, pero para estar seguro, apenas volver de la pesca, la limpió de nuevo. Después fue al pozo, troceó los seis peces, les sacó las entrañas, con el cuchillo les quitó todas las escamas que pudo y los lavó. Luego encendió el fuego y enharinó los pescados. Salió fuera y dijo:

—Está listo.

Comenzó a freír los pescados solo cuando oyó llegar a las dos mujeres. Sidonia

cubrió la mesa con el mantel sacado de la cesta que había llevado consigo. Primero sirvió a Anita, luego a Sidonia. Cuando también él se sentó con su plato delante, Beba se puso a su lado. Pero en vez de quedarse de pie, se acurrucó con la cabeza debajo de la mesa. Anita, que se había cambiado de vestido, comenzó a comer. Giurlà la miró y comprendió inmediatamente cómo debía usar el tenedor.

—Exquisito —dijo la joven—. Como el que comía en Suiza. Y además está muy bien frito, enhorabuena al cocinero.

—Gracias —dijo él, sonrojándose.

Y un momento después se puso aún más rojo. Porque Beba le había mordido la pantorrilla, como si fuera un perro, provocándole un fuerte dolor. Menos mal que también él se había cambiado y se había puesto los pantalones largos, si no le habría salido sangre por aquel tremendo mordisco.

La advertencia de Beba había sido clara como el sol: cuanto menos hables con Anita, mejor para ti.

—¿Sabe cómo se llaman estos peces?

Virgen santa, ¿por qué hacía preguntas?

—No lo sé.

Esta vez el mordisco le hizo pegar un saltito de la silla.

—¿Tú lo sabes, Sidonia?

—No, vuestra merced.

—Está buena esta ensalada. ¿Tiene un huerto?

Pero ¿no podía comer en silencio?

—Sí, vuestra merced.

Esta vez el dolor del tercer mordisco le llegó al cerebro. Se levantó con la excusa de lavar los platos sucios de pescado, pero Anita lo detuvo.

—Ya se ocupa Sidonia.

Giurlà se despidió de su pierna. Si la mujer le hacía más preguntas, seguro que cojearía durante muchos días. ¡Qué buena pareja habrían hecho, Anita y él, los dos cojos! Estimó que era más prudente quedarse de pie hasta que se fueran. Luego se levantó Sidonia y comenzó a lavar los platos. Entonces, Anita dijo:

—Yo bajo. Gracias por el almuerzo. Estaba buenísimo. Ven, Beba.

Fue al almacén, porque don Sisino, el sábado pasado, le había dicho que quería saber cuánta comida quedaba y para cuánto tiempo alcanzaría. Al oscurecer, oyó el carruaje que llegaba y partía. Pero Beba no regresó. Y tampoco se dejó ver a la hora de cenar. Esta vez no se preocupó: sabía que lo hacía aposta, para hacerle pagar el hecho de que él hubiera pasado demasiado tiempo con Anita. Se fue a acostar, dejando la puerta abierta. Y cada tanto, en sueños, tanteaba con la mano para notar si había llegado. Nada.

Solo cuando se levantó a las siete de la mañana para ir a lavarse al pozo, la vio acurrucada al lado de la puerta. No había querido pasar la noche con él.

—No fue culpa mía —le dijo—. Ella me hablaba y yo, en tu opinión, ¿no debía responderle?

—Bee —espetó Beba, desdeñosa.

Se levantó y se encaminó hacia el huerto a comerse la hierba fresca.

El 24 de agosto, que era un domingo, la jornada se presentó traicionera desde las primeras luces. El cielo se cubría de nubes, luego llegaba el viento, las quitaba de en medio como una escoba atareada, y resurgía el sol. Ni siquiera un cuarto de hora más tarde, el cielo se cubría de nuevo. Pero cada vez que las nubes regresaban, eran más negras y pesadas, y parecía que el viento tuviera que esforzarse más para conseguir borrar el negro y hacer reaparecer el celeste. Hacia las nueve de la mañana Giurlà se persuadió de que el carruaje de Anita no llegaría; también en Castrogiovanni debía de hacer el mismo tiempo, aquella no era una jornada para darse un baño en el lago. Y tampoco era una jornada para ir a coger peces para los cabreros; cocinaría pasta con salsa, porque era probable que, de un momento a otro, se repitiera la tempestad de julio. En cambio, menos de una hora después, el carruaje llegó y Beba bajó, contenta, al encuentro de Anita. Mientras esperaba a que llegaran los cabreros, Giurlà salía cada cuarto de hora para ver qué hacía Anita. Estaba inquieto. Pero dado que no la veía en la orilla, se calmaba bastante, pensando que quizá estaría dentro de la tienda grande jugando con Beba. Mejor así. Mientras la barquita estuviera en tierra, no había peligro. Luego llegaron los cabreros y no tuvo más ocasión de salir a mirar, aunque fue lo primero que hizo en cuanto se fueron. En aquel momento, no había nubes y el sol calentaba, pero la barquita seguía en la orilla. Estaba claro que Anita no se fiaba. Volvió adentro y se puso a escribir en el registro el dinero y las cosas que había entregado a cada cabrero. Como las cuentas no le cuadraban, tuvo que empezar de nuevo. De pronto, un gran estruendo lo hizo saltar de la silla: era la puerta, que se había cerrado por un gran golpe de viento. Se levantó, fue a abrir la puerta y le dio un vuelco el corazón. A pesar de que el viento empujaba las nubes con violencia, estas seguían en su sitio, de tan cargadas y turbias que eran. Y en medio del lago estaba la barquita, bailando borracha, con Anita y Beba encima. En la orilla, Sidonia hacía señales y daba gritos desesperados. La joven debía de haberse dejado engañar por el sol, cuando había vuelto a salir, y había decidido coger la barca. Y ahora se encontraba en un peligro mucho mayor. Giurlà echó a correr hacia el lago quitándose la ropa y tirándola al suelo donde cayera, le importaba un pimiento si Anita lo veía en calzoncillos.

—¡Sálvela! ¡Sálvela! —le imploró Sidonia, juntando las manos, mientras él pasaba a su lado.

—¡Voy! ¡Voy! —gritó con todo su aliento hacia la barca, antes de tirarse al agua.

Pero ni Beba ni Anita lo oyeron, quizá porque estaban demasiado asustadas, quizá porque el viento se llevaba las voces.

En las primeras brazadas, se percató de que no sería fácil llegar hasta la barca. La corriente contraria era demasiado fuerte, prácticamente lo mantenía parado y en cada

brazada avanzaba, poco más o menos, veinte centímetros. Apretó los dientes, cerró los ojos para concentrarse en sentir su cuerpo, pidió ayuda a toda su juventud, a toda su musculatura y redobló las fuerzas. Cuando calculó que debía de encontrarse a una decena de metros de la barca, se detuvo para descansar un poco y mirar. La situación le pareció mucho peor: el viento pegaba alaridos de mala bestia, las corrientes chocaban como los chivos en celo, le dio tiempo de ver a Beba y a Anita abrazadas y enmudecidas por el miedo. Cerró los ojos y siguió nadando. Ahora le costaba levantar los brazos, era como si pesaran cien kilos. ¿Durante cuánto tiempo más lograría tener la fuerza para moverlos? De pronto, su mano tocó la madera de la barca. ¡Lo había conseguido!

Abrió los ojos y se sintió aún más helado que antes.

La barca todavía estaba a flote, sí, ¡pero se había dado la vuelta! ¡Había volcado! ¡Anita y Beba se habían caído al agua y ahora se estaban ahogando! Sin coger aire, se sumergió. Bajó tan recto que parecía un huso, con los ojos desorbitados mirando a diestro y siniestro, pero apenas se veía, porque las aguas eran demasiado turbias. Confió en que Anita y Beba aún no hubieran llegado a la altura de aquella especie de floresta submarina; si entraban en ella, nunca las encontraría.

Finalmente, las vio.

Iban cayendo hacia el fondo con tanta lentitud que al principio le pareció que estuvieran detenidas, como suspendidas a media altura. El silencio, abajo, era absoluto. Anita, con el pelo abierto en abanico y hacia arriba, las manos a lo largo de las caderas, descendía como si estuviera de pie, sin hacer un movimiento. Beba también parecía que estuviera de pie sobre el suelo, pero había acabado con la cabeza a la altura de la de la joven.

Por eso, las caras de Anita y de Beba estaban muy cerca la una de la otra, se miraban a los ojos como si estuvieran hablando, en confianza, de un secreto que solo ellas sabían.

Durante algunos segundos se quedó quieto mirando la escena, hechizado.

Luego saltó, en dos brazadas llegó a su lado, dio un empujón bajo la tripa de Beba, esperando que sirviera para hacerla subir, mientras con la otra mano aterraba a Anita por el pelo y estiraba de ella hacia la superficie.

Apenas sacó la cabeza fuera del agua, con la mano libre puso la barca del derecho y arrojó dentro a Anita, siguiéndola. Respiraba, estaba viva. Y saber que había conseguido salvarla renovó sus fuerzas. Se zambulló de nuevo, se sumergió disparado hacia el fondo, pero cuando llegó a agarrar a Beba en el límite de la floresta, comprendió enseguida que no había nada que hacer. Estaba boca abajo, con las patas hacia arriba y los ojos cerrados.

Beba estaba muerta.

La abrazó y, apretándola con fuerza, comenzó a subir.

Pero una vez con Beba también dentro de la barca, ya no había sitio para él. Se quedó en el agua, porque lo único que restaba era empujarla desde la popa con las

manos, nadando solo con los pies. Comenzó a hacerlo, pero después de un momento la proa, cogida por una corriente contraria, en vez de acercarse a las tiendas, apuntó hacia otra parte de la orilla, mucho más lejana. Por eso, después de cada cuatro o cinco brazadas, debía corregir la ruta, haciendo acopio de todas sus fuerzas. Finalmente, llegó a la orilla, más muerto que vivo. Le faltaba el aire y cada tanto las rodillas se le doblaban, pero consiguió coger entre los brazos a Anita, que seguía desvanecida, y llevarla al interior de la tienda grande, seguido por Sidonia, que ya no entendía nada y, llorando, preguntaba continuamente:

—¿Está viva? ¿Está viva?

—Sí —le respondió cuando posó a Anita sobre una toalla.

De golpe, a Sidonia le fallaron las fuerzas y se cayó al suelo, con un gemido, desvanecida. ¿Y ahora qué hacía sin su ayuda? No perdió el tiempo: se agachó al lado de la mujer y le soltó dos bofetadas.

—¿Eh? —espetó la mujer, abriendo los ojos.

—Debe ayudarme. ¿Tiene vinagre?

—¿Vinagre? —repitió Sidonia, asombrada—. ¿Para qué?

—Para hacerla volver en sí.

—¡Tengo sales! —dijo la criada, levantándose.

¿Qué eran esas sales? Daba igual, lo esencial era que sirvieran. Sidonia fue a buscarlas a la cesta, sacó un frasquito, lo destapó, se arrodilló al lado de Anita, se lo pasó una y otra vez por debajo de la nariz.

Y Anita, después de un momento, soltó un largo suspiro, abrió los ojos y comenzó a vomitar. Luego dijo:

—Tengo frío.

—Séquela y cámbiele la ropa, yo vuelvo enseguida —dijo Giurlà.

Salió y se puso a correr hacia la casa, la tempestad no amainaba, encendió la chimenea de manera que prendiera una buena llama, cogió un hule y volvió a la tienda.

Anita no se sostenía en pie. Entonces la cogió en brazos.

—Cúbrala con el hule. Vamos a mi casa, aquí hace demasiado viento, esta tienda no es segura.

Salieron. En efecto, no habían dado ni cuatro pasos cuando la tienda cedió, un palo se rompió, se abrió una brecha, el viento penetró en el interior, la levantó de un costado, la arrancó y salió volando hacia el lago.

Apenas estuvieron en casa, sentó a Anita en una silla al lado del fuego, llenó un vaso de vino, se lo tendió.

—No me apetece.

—¡Bébaselo!

Se le había escapado un tono imperativo y Anita se lo bebió sin rechistar. En este momento fue él quien no pudo más. Con las piernas que le vacilaban como las de un borracho, fue a echarse sobre el jergón.

El carruaje llegó un cuarto de hora después.

## Cuatro

En cuanto Anita y Sidonia se marcharon, bajó al lago, se la traía floja si el agua del cielo lo empapaba. También la tienda pequeña, que servía de retrete, había sido arrancada. La orilla estaba llena de cosas de la tienda, desperdigadas: cojines, toallas, cestas, botellas... Parecían los restos de un naufragio. Fue a la barca, cogió a Beba y la llevó a la casa, abrazándola. Luego la dejó sobre el jergón, salió, abrió el almacén, cogió una azada, volvió a la casa y se puso a excavar una fosa justo al lado del jergón, en el sitio exacto donde Beba se echaba cada noche. Le costó mucho, porque la tierra batida se había vuelto demasiado compacta. Al final, al fondo de la fosa extendió un hule, cogió a Beba, la besó largamente en la boca, la metió dentro, la cubrió con el hule y comenzó a llenar de tierra la fosa. Cuando terminó, la pisó para emparejarla, después agarró el jergón y lo posó encima. La fosa no se veía, así podrían seguir durmiendo cerca.

La primera lágrima le brotó en medio de la noche. Hasta entonces, nada. Durante todo ese tiempo se había sentido seco por dentro, árido, un desierto.

Luego debía de haberse dormido más por cansancio que por sueño, y de pronto había hecho el gesto de siempre, el de alargar la mano y acariciar a Beba. Ese gesto en vano había sido como una cuchillada en medio del pecho. Y después de aquella primera lágrima, vino un diluvio.

A la noche siguiente, cuando estaba con los ojos desorbitados en la oscuridad, una pregunta le vino a la mente a traición:

—¿Por qué elegiste a Anita?

Al principio, él mismo no entendió cuál era el sentido de la pregunta que se le había ocurrido hacerse. Se la repitió, no con el pensamiento, sino con la voz:

—¿Por qué elegiste a Anita?

El sonido de sus palabras le aclaró el sentido. Cuando, dentro del agua, había visto a Anita y a Beba cayendo hacia el fondo del lago, había elegido, sin pensárselo, salvar a Anita.

Sí, es cierto, también le había dado un empujón a Beba, pero en su fuero interno sabía perfectamente que no habría bastado para hacerla salir sola a flote.

No, ese empujón solo había sido un descargo de conciencia, mientras que agarrar por el pelo a Anita y estirar de ella hacia arriba había sido, eso sí, una precisa voluntad de salvarla.

Había elegido, no cabía duda, no había que montarse historias. En aquel momento, el ser humano que era había decidido naturalmente salvar a un igual, a otro ser humano. Y esto solo significaba una cosa.

Que en ese instante de verdad, ante la vida y la muerte, Beba había vuelto a ser, a sus ojos, no la criatura amada, la compañera amorosa de los días y de las noches, casi

su mujer en los últimos tiempos, sino solamente una cabra, un animal. Pero una cabra a la cual él había negado la posibilidad de ser cabra. La había transformado a la fuerza. No dejándola aparearse con el chivo, como quería la ley de la naturaleza («¿Y qué haces leyendo a Lucrecio?», se preguntó), le había negado la posibilidad de tener crías, de dar leche. La había desnaturalizado, extrañado, vuelto completamente estéril. Y ella nunca se había rebelado ante esta terrible violencia, por amor, sí, el amor que sentía por él. No había otra palabra. Y esta vez lloró, desesperado, por el gran remordimiento que lo azuzó.

Al sábado siguiente, don Sisino le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Sí, señor.

—¿Entonces por qué tienes esa cara?

Él no tenía espejo y desde aquel día maldito no había vuelto a bajar al lago.

—¿Cómo tengo la cara?

—Estás amarillento, con ojeras, la piel estirada...

—Quizá aún no se me haya pasado el miedo.

Era una mentira, no se trataba de enfermedad; el hecho era que, desde hacía seis noches, no conseguía pegar ojo pensando en Beba. Pero don Sisino pareció convencido. Y Giurlà se aventuró a hacer una pregunta:

—¿Cómo está la señorita?

—Parece que bien.

—¿Ya volvió a Suiza?

—Debía, pero dicen que cambió de idea. Oye, el lunes el marqués te espera a las diez de la mañana.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Quizá quiera darte las gracias.

—¿Y qué necesidad hay de agradecimiento? De todos modos, si quiere hacerlo, basta con que me lo mande a decir con usted.

—El marqués lo quiere hacer en persona.

—¿Vendrá también usted?

—No, te quiere solo a ti.

Como la otra vez, el criado vestido de oro lo acompañó al estudio del marqués. Este estaba sentado en el escritorio leyendo un libro, pero se levantó en cuanto entró Giurlà y fue a su encuentro, tendiéndole la mano.

—Gracias. Sidonia me lo ha contado todo.

—Por favor —espetó Giurlà, que no sabía qué decir.

—Siéntate —dijo el marqués, volviendo detrás del escritorio.

Él se sentó en un sillón. El marqués prosiguió la lectura.

«¿Y ahora qué hacemos?», se preguntó Giurlà después de un rato.

¿Quería decir que el agradecimiento había terminado? Pero, entonces, ¿para qué le había dicho que se sentara? De pronto, pensó que quizá el marqués era tan vergonzoso y de pocas palabras como él. Y quizá no sabía cómo decirle lo que quería decirle. Pero ¿podían continuar así?

—Si vuestra merced me permite, yo... —dijo, comenzando a levantarse.

También el marqués se levantó. Tenía en la mano un gran sobre, de color amarillo.

—Esta es una señal tangible de mi reconocimiento —dijo tendiéndole el sobre, pero sin mirarlo a los ojos.

Sí, debía de ser vergonzoso, a pesar de ser marqués.

Sin duda, dentro del sobre había dinero. Incluso mucho. De inmediato, decidió no cogerlo. Con ese dinero no le pagaba la salvación de Anita, pensó, sino la muerte de Beba. Y esa no se podía pagar ni a peso de oro.

—No, perdóneme, excelencia, no se ofenda, no puedo aceptarlo. Beso sus manos.

Le dio la espalda y salió de la habitación. El marqués se quedó atónito, mirándolo con el sobre en la mano.

Una noche, mientras caminaba campo a través al no conseguir coger el sueño, le volvió a la mente que, la primera vez que lo había visto, el marqués le había preguntado si recordaba algo de Lucrecio y él le había repetido aquellas dos líneas donde estaba escrito que la muerte no es sufrimiento porque quien no existe no lo puede experimentar. Por una parte, tenía razón, pero Lucrecio no había tomado en consideración el sufrimiento de quien quedaba vivo tras haber perdido al ser amado. Y que a veces este sufrimiento se hacía tan fuerte, que uno habría preferido encontrarse en el lugar del muerto. Y lo extraño era que los días pasaban y el dolor por la muerte de Beba, en vez de disminuir, aumentaba.

Ahora estaba lo menos posible en la casa, porque aquella soledad, que antes nunca había advertido, en esos momentos no solo comprendía qué era, sino que la sentía como una especie de enfermedad que le encogía el corazón, hacía que se le quitaran las ganas de comer y le llenaba de repente los ojos de lágrimas. Intentó que se le pasara permaneciendo más tiempo en los rediles para volver a casa lo más tarde posible, solo el tiempo suficiente para lavarse y acostarse. Es más, una tarde no regresó, se quedó a dormir en la cabaña de Giovanni, pero se pasó toda la noche en vela pensando en Beba, sola en la casa fría.

A menudo, antes de dormirse, se ponía boca abajo y comenzaba a hablarle a Beba, que estaba a medio metro de él, y le contaba lo que había hecho durante la jornada.

Ninguno de los cabreros, cuando iban a las reuniones de los domingos, le preguntó nunca por Beba. ¡Y, sin embargo, habían visto cómo caminaba por la casa y lo encariñada con él que estaba! Pero en el fondo, reflexionó, los cabreros veían cada

día a cabras que morían y una más o una menos para ellos no significaba nada.

No sabían que lo que había pasado entre Beba y él había sido algo tan especial que no se podía contar a nadie.

—El marqués, pobrecillo, estos días está muy preocupado —le dijo un sábado don Sisino.

—¿Por qué?

—Por su hija. Desde que la salvaste del lago, ya no come, no duerme y no quiere hablar con nadie.

—¿Pero si han pasado tres meses! ¿Cómo es que está todavía viva?

—Han hecho venir a propósito a un doctor suizo que la trata. Duerme en el palacio. ¿Sabes qué hace para mantenerla viva? Coge la comida y se la pone, líquida, en una especie de enema que acaba metido en una vena del brazo.

—Pero ¿han descubierto cuál es la enfermedad?

—Parece que no. Pero el lunes llega otro médico de Alemania. El marqués se está arruinando para pagar a estos doctores.

Giurlà recordó aquella bonita jornada pasada junto a Anita cuando había ido a comer pescado con él. ¡Tan sana y llena de vida! Lo único era que...

—¿Usted sabe por qué cojea? —Se le ocurrió preguntarle a don Sisino.

—Es así de naturaleza. La conozco desde que nació y siempre la he visto cojear.

Aquella noche le contó a Beba que Anita estaba enferma. Y esa misma noche tuvo un sueño.

Sin saber cómo había llegado, estaba sumergido en el lago, pescando. De pronto, el agua comenzaba a hacerse menos líquida, más densa, un poco gomosa, aunque seguía siendo transparente. Era un agua que mantenía su cuerpo detenido y suspendido a media altura, sin necesidad de hacer el más mínimo movimiento. Los peces habían desaparecido, tampoco estaba la floresta submarina. Tuvo la impresión de encontrarse dentro de esa media esfera de vidrio que, de pequeño, había visto sobre el escritorio de don Pitirino. Estaba llena de agua, dentro había algunas montañitas y, si le dabas la vuelta a la media esfera e inmediatamente después la enderezabas, sobre las montañitas comenzaba a caer la nieve. Tenía la sensación de que el lago había empequeñecido. Se volvió a mirar a su alrededor y, en efecto, notó que el agua por todas partes se volvía redonda, como dentro de una gran esfera. De pronto, vio a Anita y a Beba. Estaban en la misma posición de cuando se habían caído al lago. Las dos caras pegadas, casi en contacto, mirándose con los ojos abiertos. Trató de dar una brazada para ir hacia ellas, pero no pudo moverse, el agua ahora demasiado densa se lo impedía. Pero oyó claramente las voces de Beba y Anita. Porque se estaban hablando, aunque no lo pareciese, dado que ninguna de las dos abría ni cerraba la boca.

—¿De acuerdo? —preguntaba Beba.

—Sí, de acuerdo —respondía Anita.

Entonces pegó un gran grito para llamarlas. Quería saber qué se estaban diciendo. Pero su propia voz lo despertó.

Después de unos quince días se convenció de que quizá habría sido mejor volver a Vigàta durante algunos meses. No iba desde que había pasado la visita del reclutamiento y le había entrado nostalgia, no tanto de su padre o de su madre, sino más bien de su hermana, de cómo había crecido, cómo se había vuelto. Cuando Beba estaba viva, nunca había pensado en ella. Comunicó sus intenciones a don Sisino.

—¿Cuánto quieres estar fuera?

—Un mes.

—Si es solo por un mes, no es necesario llamar a nadie de fuera para tu puesto. Me ocuparé yo.

—Gracias.

—Pero antes se lo debo decir al marqués. El sábado que viene te doy la respuesta. Se lo contó también a Beba.

—No puedo más, debes creerme. Te echo demasiado de menos. ¿Sabes algo? En el rebaño donde te conocí, todo está igual, la cabaña está como la hemos dejado, el jergón, la lámpara, aún está la caja con las cosas de Ramunnu. Y yo, cada vez que tengo que ir, necesito todas mis fuerzas. A menudo, cuando me encuentro allá, siento que me brotan las lágrimas y tengo que buscarme excusas para estar lejos de los demás cabreros. No puedo continuar así. Tu falta me atormenta, me hace la soledad más solitaria. Me voy solo durante un mes. Y tú puedes esperarme aquí, nadie te descubrirá, estate tranquila. ¿Me prometes que no te enfadarás?

—¿Le contó al marqués que quisiera irme a Vigàta durante un mes?

—Sí.

—¿Qué respondió?

—Ni sí ni no. Me dijo que quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Y qué quiere?

—No lo sé. Te espera el lunes por la mañana, a las diez.

—¿Cómo está la señorita?

—Peor que antes. Dicen que ya no hay esperanzas.

¿Debía decirle al marqués que lo sentía mucho por Anita? ¿O al señor marqués no le habría agradado que un cabrero como él mencionara el nombre de su hija? Tenía esta pregunta en la cabeza mientras iba detrás del criado y no sabía qué camino coger.

Entró en el estudio y el criado le dijo:

—Espera aquí.

Al no saber qué hacer, se puso a mirar los cuadros con las mariposas. Luego se encontró ante la fotografía de Amta de cuando tenía dieciséis años. No había duda de que, al crecer, se había hecho mucho más hermosa. En aquel momento, llegó el

marqués y Giurlà se extrañó. Había cambiado mucho desde la última vez. El pelo blanco lo era aún más, tenía la espalda encorvada, una larga barba y, cuando caminaba, arrastraba los pies.

—Beso sus manos —lo saludó Giurlà.

El marqués no respondió, estaba con la cabeza gacha mirando el pavimento. Luego levantó los ojos. Y Giurlà en aquellos ojos leyó desesperación, dolor y rabia.

—Sígueme.

Lo hizo, extrañado. ¿Qué quería de él? ¿Adonde lo llevaba?

Pasillos que no acababan nunca, escalinatas que subían y bajaban. Aparte de ellos dos, parecía que en aquel palacio no hubiese un alma y el silencio era casi igual al que había en el fondo del lago. El marqués se detuvo delante de una puerta cerrada. Le habló sin mirarlo.

—Aunque no quieras, debes hacerlo.

A Giurlà no le dio tiempo de pedir explicaciones cuando el marqués abrió la puerta, lo empujó dentro y la cerró a sus espaldas. Comprendió de inmediato que era la habitación de Anita porque su olor se notaba más fuerte que el hedor de las medicinas, que había en enorme cantidad y todas desperdigadas encima de la cómoda, de la mesilla de noche, de dos mesitas.

Había una cama con la mosquitera levantada. De la joven se veía la cabeza hundida en la almohada y el brazo izquierdo, en el que tenía metido una especie de tubo que acababa en un trípode al lado de la cama. El trípode sostenía una especie de enema, como había dicho don Sisino, lleno de un líquido rojizo que caía gota a gota.

Reflexionó un momento. ¿Qué había querido decir el marqués? ¿Qué debía hacer incluso contra su voluntad? ¿Le estaba pidiendo un favor? ¿Se refería a su hija? ¿Y qué podía hacer él por Anita, si no lo habían conseguido los médicos suizos y alemanes? Desde donde se encontraba no la veía bien. Entonces se adelantó tres pasos y se detuvo.

La carne de la cara de Anita había desaparecido, su piel se había vuelto amarillenta y parecía pegada directamente a los huesos.

Su pena fue tan fuerte que, de golpe, las piernas le temblaron y tuvo que sentarse en la silla que había al lado de la cama, del lado opuesto al trípode.

La notaba respirar. Le costaba, emitía breves jadeos acompañados por un rumor carrasposo. Pobrecilla, ¡cómo se había reducido! En aquel momento oyó que la puerta se abría despacio y se volvió a mirar. Era Sidonia. También ella le parecía más vieja. No le dijo nada, no lo miró, quería ponerse entre la silla y la cama, y Giurlà, para facilitárselo, se puso de pie.

Sidonia sacó de debajo de la manta el brazo libre de Anita, lo descubrió con delicadeza. ¡Virgen santa! ¡Era verdaderamente un esqueleto! Luego Sidonia le hizo señas de que se sentara, cogió la mano del joven, la levantó, la posó despacio sobre la de Anita, que estaba con la palma hacia arriba, y salió.

Giurlà se quedó así, atónito, apenas inclinado hacia delante, temiendo que el peso

de su mano pudiera romper los huesecillos de la de Anita, que debían de ser tan frágiles como los de un gorrión.

## Cinco

Después de un cuarto de hora de estar así, el brazo le comenzó a hormiguesear. Usando la otra mano, acercó la silla, al menos para estar más cómodo.

Pasada media hora, no aguantó más, necesitaba caminar.

Comenzó a retirar la mano, escurriéndola despacio sobre la de ella, y casi lo había conseguido cuando ocurrió algo que no se esperaba. El pulgar de la mano de Anita aferró el meñique de su mano. Lo aferró sin ninguna fuerza, era como si una mosca se hubiera posado sobre aquel dedo; más que un gesto, era una intención, un deseo, pero bastó para que Giurlà pusiera enseguida la mano como estaba antes. El pulgar de la muchacha siguió posado encima.

Después de otra hora en que, por momentos, le dieron ganas de gritar, de tanto que le dolían los huesos, entró Sidonia. Vio las dos manos entrelazadas y se puso a llorar en silencio. Luego se secó los ojos y dijo en voz baja a Giurlà:

—Arrodíllate.

El joven estaba tan aturdido con lo que ocurría que obedeció sin rechistar.

—Llámala suavemente al oído.

Giurlà le acercó la boca.

—¡Señorita!

—¡Llámala por su nombre!

—¡Anita!

—Dile que eres tú.

—Soy yo, Giurlà.

—Continúa así —ordenó Sidonia, volviendo a salir.

—Anita, Anita, soy Giurlà, Anita, Giurlà.

Perdió la noción del tiempo. Hacía horas que repetía la misma frase. Le dolían las rodillas, tenía la boca seca. Debían de ser las cinco de la tarde cuando Sidonia volvió y le dijo:

—Ven conmigo.

Tuvo que apoyarse en la cama para levantarse. En el pasillo, esperando a que saliera de la habitación, estaban el marqués y un señor alto y gordo con una gran barba. Hablaba de una manera extraña con el marqués, debía de ser el doctor alemán; en efecto, en la mano tenía un frasco de ese líquido rojizo.

Mientras seguía a Sidonia, sus ojos se posaron en un espejo.

¡Virgen santa, también él se había transformado! Amarillo, enjuto, barba larga, ojeras negras, una mirada medio enloquecida. Desde aquel horrible domingo, una especie de maldición había caído sobre el palacio y sobre la casucha del lago.

—¡Camina! —lo instó Sidonia.

Lo llevó a la cocina, cinco veces más grande que su casa del lago.

—Siéntate y come.

Un plato de pasta con salsa de jabalí y una salchicha asada.

No tenía apetito. Comió cuatro bocados de pasta y un trozo de salchicha, bebió un vaso de vino solo para complacer a Sidonia.

—Quisiera lavarme.

Nunca había visto un retrete tan grande y bello, con agua corriente. Y también había una bañera de zinc que se llenaba de agua y en la que uno podía meterse.

—¿Ahora puedo irme? —preguntó a Sidonia cuando salió.

La mujer lo miró, desconcertada.

—¿Irte? ¿Adonde?

—A mi casa.

—¿No te dijo nada el marqués?

—Nada. ¿Qué debía decirme?

—Que te quedas aquí.

—¿Hasta esta tarde?

—Esta noche duermes aquí.

—¿Para hacer qué?

—Para continuar haciendo lo que le haces a Anita.

—Pero ¿de qué sirve?

—Sirve, sirve.

Para pasar la noche, le dieron una almohada que ponerse debajo de las rodillas y una jarra llena de agua porque, a fuerza de hablar sin parar, la boca se le secaba. Consiguió no dormirse. Por la mañana, a las siete, entró Sidonia con el alemán, que rellenó nuevamente de líquido esa especie de enema y luego le hizo señas a Sidonia y a Giurlà de que salieran fuera.

—Ahora la visitará. Tú ve a asearte y a comer.

La segunda noche, mientras la llamaba, tuvo la impresión de que Anita empezaba a volverse hacia él. Pero dado que el movimiento no se repitió, pensó que se había equivocado. A las cinco de la tarde, cuando Sidonia lo llamó para ir a comer, le dijo que el doctor alemán estaba contento porque había encontrado una ligera mejora en la enferma.

—¿Entonces me puedo ir?

—Aún no.

Desde que había llegado al palacio no había podido conciliar el sueño y así, la tercera noche, hacia las tres de la mañana, se convenció de pronto de que el cansancio lo estaba haciendo delirar. En efecto, comprendió que desde hacía horas se dirigía a Anita no llamándola por su nombre, sino con el de Beba.

—Beba —le decía—, Bebita mía, guapa, sol mío, corazón mío, soy yo, Giurlà. ¿Por qué no abres los ojos y me respondes? ¡No me hagas desesperar, Beba, amor

mío!

Su cuerpo necesitaba un poco de reposo. Sin casi darse cuenta, se quitó los zapatos y se tumbó al lado de ella, al borde mismo de la cama.

—Anita, soy yo, Giurlà. Estoy aquí, a tu lado, Anita, abre los ojos, Beba, mírame. ¡Otra vez se estaba confundiendo! El cansancio lo venció y se adormeció.

Luego, mientras dormía, tuvo la sensación de que una mosca le pasaba alrededor de la boca y abrió los ojos. No era una mosca, sino el aliento de Anita, que había conseguido acercarle la cara y ahora lo miraba, finalmente, con los ojos abiertos.

Apenas la vio despierta, salió corriendo de la habitación para ir a decírselo a alguien, pero se perdió entre pasillos y escaleras, hasta que por fin encontró la cocina, donde estaban Sidonia y dos criadas que nunca antes había visto.

—La señorita despertó.

—¡¿De veras?!

Sidonia pegó un grito de felicidad, corrió a advertir al marqués y luego volvió a la cocina.

—¿Ahora puedo irme?

—No.

—Pero si la señorita comienza a despertarse...

—El marqués dijo que aún debes quedarte.

Pero ¿qué más quería de él?

—¿Puedo ir a lavarme y después salir un momento?

—Está bien. Pero a mediodía debes regresar.

Se recreó en el baño. Después se hizo acompañar por el criado vestido de oro hasta el portal y salió fuera. Se puso a caminar por una calle totalmente en subida.

¡Cuánta gente y cuántas tiendas! Ahora ya no estaba habituado a estar entre las personas y cada tanto tropezaba con alguien. Y los carruajes, ¿cuántos había? Después de tres días y tres noches encerrado en una habitación, el aire fresco le aligeraba el paso. El camino acababa delante de un gran castillo medio en ruinas. Y desde allí se veían pueblos y campos. Trató de descubrir dónde estaba el lago, pero no lo consiguió. Le entró una gran inquietud por volver a su casa, hacía demasiado tiempo que había dejado sola a Beba.

A mediodía volvió al palacio, encontró él solo el camino de la cocina.

Sidonia había terminado de preparar una menestra de pollo.

—¡Esperemos que se la coma! —exclamó, saliendo con el plato en la mano.

Volvió pasados unos diez minutos.

—Ven conmigo.

Lo llevó a la habitación de Anita. La joven estaba sentada en medio de la cama con tres almohadas detrás de la espalda. Le habían quitado el tubo del brazo. El marqués estaba de pie al lado del lecho, sosteniendo el plato en la mano. El doctor

alemán estaba sentado en la silla cercana al cabezal.

—Espera aquí.

Giurlà se detuvo apenas pasada la puerta. Sidonia fue hasta Anita, se agachó para decirle algo al oído. Lentamente, la cabeza de la joven se volvió hacia Giurlà. Entonces Sidonia le quitó el plato de las manos al marqués, se sentó al borde de la cama y comenzó alimentar a Anita, cucharada tras cucharada.

El marqués se decidió a hablar después de haber estado mirando durante un cuarto de hora hacia la ventana del estudio, desde la que solo se veía el cielo. Giurlà no podía más.

—¿Has entendido por qué no puedo dejarte marchar?

—No, señor.

—Desde ese domingo, cuando tú la salvaste, Anita se ha convertido en otra persona. Tiene un capricho, eso es, o mejor, tiene lo que yo pensé que era un capricho pasajero. Pero Anita, en cuanto se dio cuenta de que no la tomaba en serio, se negó a comer y a hablarme. Mi hija tiene una voluntad tan fuerte como la mía. Yo me obstiné en negarle lo que quería y ella no ha retrocedido un paso. Luego, vistas las condiciones a las que se había reducido, casi a punto de morir, debí ceder.

Se detuvo, volvió a mirar hacia la ventana. De todo el discurso, Giurlà solamente había entendido que Anita quería algo que su padre se había empeñado en no quererle dar.

—¿Qué piensas? —preguntó el marqués.

—Perdone, excelencia, ¿de qué?

—De lo que te he dicho.

—Mire, yo aún no he entendido qué quería Anita.

—A ti. Te quería a ti.

Fue como un leñazo en la cabeza. Giurlà se levantó de golpe, dio un paso hacia delante, la habitación le empezó a dar vueltas y tuvo que sentarse de nuevo.

—¿Bro... bromea, excelencia?

—Por desgracia, no. Lo has visto tú mismo. No quería la menestra porque tú no estabas. Cuando viniste, se la comió.

¡No, no era posible! Quizá el miedo que había pasado al caer al lago la había hecho desvariar, pero sin duda era una chifladura que se le pasaría. Fue como si el marqués le hubiera leído la mente.

—No, no se le pasará, conozco bien a mi hija.

¿Qué había que ver en la ventana, que la miraba continuamente?

—Pero ¿qué quieren todos de mí? —chilló Giurlà, entre asustado y piadoso.

—Llagamos una última prueba —dijo el marqués—. Ahora vuelve a casa. Si Anita no reacciona mal, te dejo en paz. Pero si Anita vuelve a enfermarse, te mando llamar.

No había otra solución. Volvería a la casa y, al día siguiente por la mañana, se

fugaría a Vigàta. Si el marqués lo mandaba llamar, no encontrarían a nadie. Pero, una vez más, le pareció que el marqués le leía la mente.

—Y no pienses en escaparte: se trata de la vida de mi hija, por la cual estoy dispuesto a todo. A todo.

¿Está claro? Si te escapas, mandaré a don Sisino a buscarte. Y tú conoces a don Sisino.

Sabía perfectamente cómo era don Sisino. Y también el pobre Randazzo lo había sabido.

—Beba mía, ¿me oyes? ¿Entiendes lo que me está ocurriendo en mis propias carnes? ¿Qué debo hacer? ¡Estoy desesperado! ¡Ayúdame! ¡Dame una señal y haré lo que quieras! ¡Por Dios, Beba!

Y lloraba, con la boca apoyada en el jergón. De pronto, el sueño lo cogió a traición, no tuvo tiempo ni de cerrar los ojos y ya se había dormido.

Se despertó cuando el sol ya estaba alto. Se sentía reposado, con la mente lúcida, los pensamientos serenos. Era demasiado tarde para ir a ver un rebaño, así que descendió al lago. La barquita de Anita aún estaba allí y parecía entera. La metió en el agua y vio que se sostenía. Se subió a ella y comenzó a remar.

De pronto, comprendió que, sin darse cuenta, había vuelto al punto exacto donde había ocurrido la desgracia. Y entonces tuvo muchas ganas de sumergirse en el agua. ¿Por qué, si no sentía ningún deseo de pescar? Se quitó la camisa y los pantalones y se zambulló. El agua estaba clara. Nadó hacia el fondo, hasta el límite de la floresta submarina. Notó justo encima de una rama algo rojo, que al principio le pareció coral. Pero ¿cómo era posible un coral en un lago? Alargó una mano, lo tocó. No era coral, era una especie de cinta roja entrelazada. La desenredó y la cogió. Sí, era una cinta roja a la que estaba atado un cascabel. De golpe, sintió que le faltaba el aire, porque se había acordado. Salió a toda prisa del agua, se subió a la barquita. El sábado anterior a la desgracia, Anita había llegado con aquella cinta y la había atado al cuello de Beba. Entonces se persuadió de que esa era la respuesta, la señal que había pedido. Desde aquel momento, la llevaría siempre en el bolsillo. Por eso, cuando tres días después se presentó don Sisino y le comunicó que debía regresar al palacio llevándose sus cosas, él dijo, sencillamente:

—Sí.

Porque había tenido la impresión de que el cascabel había sonado dentro del bolsillo, aunque no fuera posible. Le prepararon un dormitorio al lado del de Anita. Giurlà, al día siguiente de llegar al palacio, fue a comprarse dos trajes nuevos, un par de zapatos, camisas, calcetines y calzoncillos. Por la mañana, cuando se despertaba, se aseaba y luego iba a la habitación de Anita a esperar que abriera los ojos. Lo primero que hacía ella era sonreír y coger la mano de Giurlà con la suya. Luego entraba Sidonia con un tazón de leche de cabra.

—¿Sabes una cosa? Antes no me gustaba, ahora no puedo prescindir de ella.

Luego Giurlà salía y volvía una hora después, cuando a Anita la lavaban y le cambiaban el camisón. A mediodía comían juntos, Sidonia preparaba una mesita para él mientras que para Anita, que aún no se podía levantar, llevaba una bandeja. Lo mismo se hacía por la tarde. Después de quince días Anita se sentó por primera vez en la cama. Dio un paseo por el pasillo del brazo de Giurlà, pero se cansó enseguida. Y cuando estuvo otra vez acostada comenzó a hablar, contándole a Giurlà lo que más quería en la vida. Y al muchacho le pareció que el cascabel había sonado siempre.

Unos diez días más tarde, el marqués, al que nunca había visto en todo ese tiempo, lo mandó llamar al estudio.

—Anita me ha dicho que habéis hablado. ¿Estás completamente de acuerdo?

—Sí, excelencia.

—Oye, ante todo deja de llamarme excelencia.

—¿Y cómo debo llamarlo?

—Como te parezca, pero nada de excelencia y beso sus manos. Recapitulemos. Os casáis dentro de dos meses en nuestra capilla, aquí en el palacio. Ningún invitado, solo los testigos. ¿Quieres que vengan tus padres y tu hermana?

—No, señor, excel... No, señor.

Nunca habrían venido a verlo casarse con la hija de un marqués. Se habrían avergonzado mucho de los trajes que llevaban y de las caras que tenían.

—Continúo. Después de la boda, iréis a vivir a la casita junto al lago y tú seguirás haciendo lo que hacías. ¿Es así?

—Sí, señor.

—No me opongo a la voluntad de mi hija. Pero hay algo que debes entender. La casita debe ser ampliada y puesta a punto.

—Pero Anita dice que...

—Ahora dice que le parece bien, pero créeme, no está acostumbrada. Al cabo de un tiempo comenzaría a sufrir. No digo hacer una villa, pero al menos enladrillarla y añadir dos habitaciones.

Esta vez estuvo seguro de que el cascabel había sonado. Era verdad, Anita no podía dormir en un jergón, debía tener un mínimo de comodidades.

—De acuerdo —respondió Giurlà—. Pero a condición de que yo diga a los albañiles qué tienen que hacer.

Le interesaba que, cuando enladrillaran, no pusieran patas arriba el sitio de Beba. En efecto, tenía la intención de hacer poner la cama allí donde estaba el jergón.

En un mes la casucha estuvo lista. Los albañiles siguieron las órdenes de Giurlà. La primera habitación se convirtió en una sala para cuando venían los cabreros, el dormitorio siguió siendo el de antes, solo que había sido enladrillado, a la izquierda estaba el comedor con la cocina, a la derecha una habitación solo para Anita, donde ella iría a leer y a hacer lo que quisiera. Detrás del dormitorio habían construido un

retrete. En resumen, Beba se había quedado en su sitio: antes había tenido encima un jergón, ahora tenía la cama de matrimonio. El día antes de la boda, le dijo a Anita que quería pasar la noche solo en la casa nueva y la joven no le replicó.

—Beba mía, ¿lo ves? Nada ha cambiado. Solo te quiero decir que, a partir de mañana, será difícil hablar contigo. Pero pensaré en ti siempre, en todo momento. Y nunca me olvidaré de ti, te lo juro. Llevo siempre tu cascabel en el bolsillo. Cuando haga algo que te disguste, házmelo saber. Es más, hagamos enseguida una prueba. ¿Lo ves? Tengo la cinta en la mano. Si tú no quieres, no me caso con Anita, haz sonar el cascabel y yo te juro que lo dejo correr todo, a costa de hacerme matar por don Sisino. Cuento hasta diez.

Contó, pero el cascabel no sonó.

—Buenas noches, Beba, amor mío.

La boda se celebró a las diez de la mañana del día siguiente. Sidonia era la testigo de Anita, y don Sisino, el testigo de Giurlà. Aparte de ellos, solo estaba el marqués. El anillo lo había comprado él a un orfebre de Castrogiovanni. Cuando el cura le preguntó si quería aceptar por esposa a Anita, respondió que sí, sin sentir ninguna emoción. Desde la mañana le parecía que hacía las cosas como si estuviera soñando, le parecía que era un muñeco que realizaba gestos y decía palabras porque un titiritero invisible le sugería qué debía hacer y decir. El comedor del palacio era enorme, eran cinco sentados en una mesa larguísima, porque Anita había querido que Sidonia comiera con ellos y les habían servido el criado vestido de oro y tres criadas.

Después de comer, partieron hacia el lago en dos carruajes. En el primero estaban los novios y Sidonia. En el segundo, un baúl y cuatro maletas de Anita. El primer carruaje volvió enseguida atrás, el otro esperó a que Sidonia acomodara las cosas de Anita. Para comer, la criada había traído dos ollas con parte de lo que había sobrado del almuerzo. Bastaba calentarlo. A continuación, partió. Giurlà fue al establo a mirar el caballo y la mula, luego abrió el almacén para ver si había sido aprovisionado. Cuando volvió a la casa, no vio a Anita. La llamó y no obtuvo respuesta. Salió fuera. Anita estaba en la orilla del lago, le daba la espalda y parecía hechizada, mirando el agua. El sol estaba cayendo y una parte del lago parecía teñida de rojo. Después la vio regresar y entró en casa.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —le preguntó.

—No, no tengo apetito. Pero si tú...

—Tampoco yo tengo apetito.

—¡Mira! —espetó Anita, agachándose para levantar del suelo la cinta roja con el cascabel.

Se le debía de haber caído del bolsillo. Sin decir nada, Anita se la ató al cuello. Se miraron. Un instante después se encontraron abrazados.

¿Cómo era que no sentía ninguna vergüenza al desnudarse delante de ella?

¿Y cómo es que ella se desvestía delante de él como si hubieran estado casados desde hacía años?

Luego Anita se sentó en la cama con solo el cascabel al cuello y se quitó los zapatos y los calcetines. Fue entonces cuando Giurlà vio su pie izquierdo. ¡Por eso cojeaba! ¡Qué extraño era! Se agachó, lo cogió entre las manos para verlo de cerca. Anita miraba lo que hacía Giurlà, clavándole los ojos. Era igual que un pie de cabra. No tenía dedos porque precisamente tenía la forma de una pezuña, solo que no estaba hecha de hueso. La piel era delicada; la carne, rosa y tierna. Le dieron ganas de besársela y se la besó.

Ella entonces estiró los brazos y se lo echó encima.

—Apaga la luz.

Él se inclinó hacia la mesilla donde estaba la lámpara y la apagó.

Apenas comenzó a acariciarla, se maravilló. ¿Cómo es que le parecía conocer aquel cuerpo desde siempre? ¿Haberlo visto largamente desde mucho tiempo antes? Era como volver a un sitio y recordar cómo era el paisaje y cómo olía y cómo brillaban los colores. Una tierra conocida, amiga, de la cual sabía de memoria el recorrido del sol, las estaciones y los puntos de la luna. De pronto, ella lo apartó, se dio la vuelta, se apoyó sobre las rodillas y las manos.

—Amor mío —dijo Giurlà, tumbándose encima de ella y abrazándola.

—Bee —espetó entonces Anita con la misma voz de Beba.

Y se rió.

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela concluye un ciclo iniciado con *El beso de la sirena* y continuado con *El guardabarrera*. Son tres historias que cuentan tres metamorfosis más o menos logradas. En los tiempos antiguos las metamorfosis eran más fáciles de decir y de hacer.

A. C.

*Fin*